

CURROS

PANAMA

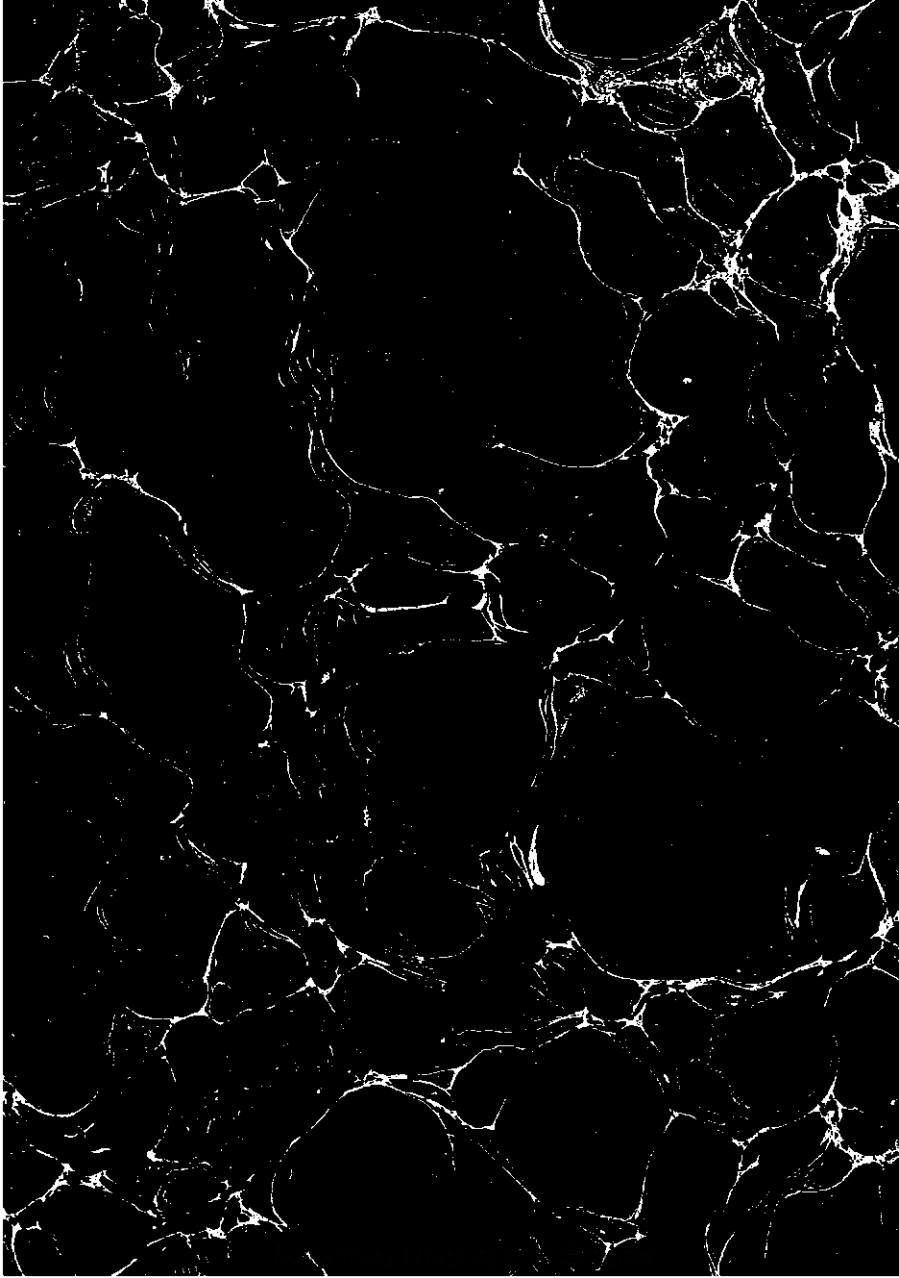
COMPANIA

25510

\$10-9

1

25,580



~~Nota~~

ABAD, EDITOR.

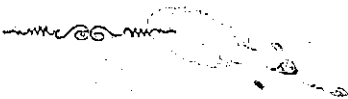
PANIAGUA Y COMPAÑIA

AGENCIA DE SANGRE,

(MEMORIAS DE UN CORRESPONSAL PERIODISTICO)

POR

M. CURROS ENRIQUEZ.



CORUÑA.

Impreso a, estereotipia, galvanoplastia, cincografía y encuadernación

DE VICENTE ABAD.

PLAZA DE SANTA ÚRSULA.

1878.

PANIAGUA Y COMPAÑIA
AGENCIA DE SANGRE.

Es propiedad del Editor.

BIBLIOTECA DE EL TELEGRAMA.

PANIAGUA Y COMPANIA

AGENCIA DE SANGRE.

(MEMORIAS DE UN CORRESPONSAL PERIODÍSTICO.)

POR

M. CURROS Y ENRIQUEZ.



CORUÑA:

Establecimiento tipográfico de V. Abad.

Plaza de Maria Pita.

1877.

DEDICATORIA.

A mi querido é inolvidable amigo
y compañero,

LEONARDO MÁRMOL,

le ofrece, como prenda de cariño, este
trabajo literario.

Manuel Curios y Enriquez.

Madrid 1877.

Habian sonado las nueve de la noche del 31 de Julio de 1875.

Las avenidas del paseo conocido con el nombre de Canton de Porlier en la Coruña, estaban completamente obstruidas por una inmensa muchedumbre, ávida de respirar las frescas emanaciones de la brisa.

La noche era á propósito, porque un calor sofocante, poco frecuente en la ciudad herculina, hacia agradable aquel paseo, cuya proximidad á la bahía le convierte casi siempre, y en especial durante la estación calurosa, en centro de reunion de la sociedad elegante que suele encontrar en él ese solaz tan necesario á las organizaciones demasiado delicadas, para soportar sin protesta las iras de un riguroso estío.

El paseo del Canton, así como el de la extensa esplanada del muelle que lleva el nombre de *Mendez Nuñez*, estaban magníficos.

Toda la riqueza, todo el esplendor que en su vasta área encierra la capital de Galicia, toda la belleza y elegancia de aquel pueblo eminentemente comercial y burocrático, se hacia admirar allí bajo la triple accion de los reverberos de gas, los rayos de la luna y la lejana irradiacion de las linternas colgadas en hilera fantástica en el mesana de los buques surtos en la bahía casi siempre agitada en una convulsion de oleages y espuma como respondiendo á los sonidos de un arpa inmensa eternamente dócil á la inspirada pulsacion de ese poeta mónstruo que se llama Orzán.

Hemos dicho que era grande la animacion del paseo la noche en que principia nuestra historia.

Con efecto, infinidad de parejas ricamente engalanadas discurrían por aquel ancho salon saludándose unas á otras, ó pasando de largo, ya indiferentes, ya embebidos en dulces y amorosos coloquios.

Todos los labios sonreían, todos los ojos revelaban esa serenidad de espíritu propia de los que nunca tocaron de cerca los dolores que combaten la existencia del hombre, y á juzgar por las sonrisas de los unos y las animadas conversaciones de los otros, la ciudad de la Coruña era dichosa, completamente dichosa aquella noche.

Y sin embargo, no léjos de aquel sitio, no léjos de aquellos corazones felices y despreocupados, habia álguien que devoraba las torturas de un dolor supremo; álguien que se retorcia en el parosismo de una angustia infinita, y misera excepcion del general contento, atravesaba esa crisis espantosa del que tie-

ne que renunciar á su patria y á su hogar, por ir en busca de un porvenir que ofrecer á su indigente familia, dulce objeto de sus desvelos, santa personificación de todas nuestras glorias, arca sacratísima de todos nuestros recuerdos y de todas nuestras esperanzas.

Entre aquella gente, cegado por aquella profusion de luz, ofuscado ante aquella perspectiva de oro y pedrería, como un espacio oscuro entre un mar de chispas de fuego, detrás de una de las estátuas del Canton, un jóven como de veinte años, de grandes ojos negros y cuya fisonomía contrastaba notablemente con su humilde blusa de batelero, fijaba sus ardientes miradas en cuantos discurrían á su lado, como si buscase entre tanta gente una persona conocida y con interés esperada.

Cubría su cabeza perfectamente modelada y provista de una abundante cabellera negra que adornaba como un marco de ébano la mate palidez de sus facciones, esa graciosa gorra azul con cenefa blanca, peculiar de los marineros de nuestras costas, y ceñía su cintura ámplia faja de lana, sobre la cual descendían los pliegues de su blusa azul oscura.

Completaba su traje un pantalon estrecho de tosco tejido y llevaba al brazo, en el momento en que le presentamos á nuestros lectores, una pequeña maleta de viejo cuero, á través de cuyas roturas se veían, ó más bien se adivinaban, algunas prendas de ropa.

No había pasado un cuarto de hora en aquella actitud, cuando de una de las calles que desembocan en el Canton, vió nuestro jóven venir en dirección á él un hombre, ya entrado en años, de grandes bigo-

tes grises, alto, seco, decentemente vestido y de maneras un tanto desenvueltas.

—Conque, muchacho, te encuentras dispuesto para la partida?—dijo el recién llegado al joven batelero que no pudo ocultar un estremecimiento de horror al escucharle.

—Ya lo vé V., D. Ambrosio,—contestó el interpe-lado.—He prometido á V. que á las nueve estaría en este sitio y aquí estoy.

—De modo que ya nada tienes que hacer en la Coruña, ¿verdad?

—Nada absolutamente. Me despedí de mi padre á quien rogué buscase otro remero para su bote durante mi ausencia; di á mi hermana la mitad del dinero que V. me entregó, y nada me resta por hacer.

—Habrás ocultado á tu padre el verdadero objeto de tu salida, como te lo he encargado?

—Le he dicho únicamente que volveré hecho un hombre, y que entónces no tendremos necesidad ni de alquilar yo mi bote para los trasbordos, ni él de mendigar para curarse y mantenernos. Ah! ¡Cuánto trabajo me ha costado vencer su resistencia á mi partida! Me ha suplicado, me ha rogado que no le abandonase: me ha dicho que pronto se moriría de pena y de miseria, porque la caridad pública ya no le socorre y el bote nada produciría desde hoy, y por último, ha querido arrastrarse desde el lecho para pro-la salida. Pero él no puede andar, no puede hablar apénas. Lloraba, se deshacía en lágrimas bajo las envolturas de sus vendajes, y mi hermana me miraba asombrada. Tenia que hacerme superior á todo por su propio bien y lo conseguí alejándome

de aquel lugar, despues de haber recogido la poca ropa que llevo en esta maleta.

—Así me gusta, hombre, así me gusta. Eres un chico escelente, y solo cifiéndote á mis intrucciones y no olvidando en ningun caso la obediencia debida á tus superiores, es como podrás realizar tus esperanzas y llegar á ser algun dia útil á tu familia y á tu pátria. Eres jóven y brioso, quíeres ayudar á tu familia y nada más natural. Yo envidio tus condiciones. ¿Quién sabe lo que puedes ser mañana? Por de pronto entras con buena pié en la carrera de las armas. Te hacen teniente de un golpe, y esto te abre las puertas de un porvenir soberbio. ¡Oh! y tan soberbio! Como que ya me parece verte figurar en el número de nastras glorias nacionales, y leer tu nombre en los periódicos y en la *Guia oficial de Madrid*. Lo dicho, Juan, lo dicho: envidio tu porvenir. ¿Y qué otra cosa puedo hacer que envidiarte, yo pobre viejo que cuenta terminada la última jornada de sus triunfos, lobo jubilado de la guerra, ya sin garras ni dientes y completamente inofensivo bien á pesar suyo...? Ea, no hagamos esperar más la barca que ha de llevarte á bordo del *Elvire*. Un abrazo, mi teniente,—haz cuenta que me tienes ahora á tus órdenes,—un abrazo y... hasta la vista.

—¡Teniente!:.. teniente yo, que hubiera sido hoy quinto á no haberme eximido la enfermedad de mi padre y la menor edad de mi hermanita...! ¡Mi padre y mi hermana! ¿Porqué he de sentir separarme de ellos, si sólo por ellos voy á sacrificar acaso mi vida, si es su pan más que mi gloria lo que ambiciono? Ah, señor, perdóneme V. si las lágrimas se agolpan

á mis ojos en este momento, último de mi estancia en mis patrias riberas. No es arrepentimiento lo que revelan, no:—acepto todo cuanto pueda sobrevenirme,—es algo que siente el corazón y que no puede expresar mi lengua.

—Emociones naturales en quien como tu no salió nunca mas allá de la puerta de casa. Apostaría que jamás te has arriesgado á mas empresas que á alguna ligera escursion de pesca con tu bote á media milla del puerto. ¡Qué diablo! no hay que acobardarse. Despues de todo no vas á hacer un viaje al Ecuador ni al Polo Norte.

—A propósito, Sr. D. Ambrosio, ¿no podría saber ahora, que acabo de romper cuantos lazos me unian á esta tierra, á qué punto de la costa me dirijo? Es tan triste navegar sin saber que rumbo se lleva...

—En cuanto al rumbo... solo puedó decirte que llevas el mismo del buque que vá á conducirte. Esta es una de las cosas comprendidas en el catálogo de condiciones que te ligan á mí y sobre la cual te encargo la mayor prudencia. A nadie se lo preguntes por que nadie te lo dirá. Cuidate bien durante la travesía y no hagas caso de lo demás. ¿Para qué? El capitán del vapor francés que ha de conducirte, tiene órden mia de tratarte á cuerpo de rey y de facilitarte una de sus lanchas para arribar al punto de tu destino. Vas á tener una travesía muy divertida. Te esperan á bordo nada ménos que veinte compañeros de viaje.

Esto diciendo, D. Ambrosio y Juan, puesto que ya conocemos sus nombres, salvaron la distancia que les separaba del muelle, y una vez en él

—Vaya, dijo D. Ambrosio al jóven señalándole una pequeña lancha atracada en el embarcadero, dentro de la cual dormitaban dos marineros,—esos dos tripulantes del *Elvire* te esperan con encargo de conducirte á bordo. Buen viaje y... ¡que mates mucho! ¡Entiendes? ¡Cuánto más, mejor!

Juan estrechó con cierta repugnancia la mano que le tendia su Mecenaz, formuló por única contestacion una palabra parecida á un sollozo, y dirigiendo una triste mirada á su ciudad natal en que dejaba los tesoros mas queridos de su alma, bajó vacilando los escalones del embarcadero y saltó á bordo.

Los marineros que cabeceaban en la lancha, víctimas de esa borrachera hebdomadaria, de lúnes á lúnes, que constituye, por decirlo así, el tipo del grumete francés, despertaron inmediatamente, hicieron virar el bote, y cambiando estre sí señales de inteligencia, condujeron á Juan hasta el vapor que se levantaba como una esfinge á la entrada del puerto, insensible á los violentos golpes de resaca y envuelto en un manto de bruma, producida por el constante reflujo de las olas.

D. Ambrosio contempló algunos momentos aquella lancha desde la orilla, con una sonrisa que nos sería imposible describir, y cuando aquella se desvaneció en las sombras, dirijiose paso á paso hácia la poblacion, perdiéndose al poco rato en uno de sus arrabales.

Pocas horas despues el vapor *Elvire* abandonaba el puerto de la Coruña.

III.

Cuando D. Ambrosio llegó á su casa y tiró del cordon de la campanilla, un hombre de mezquina estatura, extremadamente obeso, lampiño y colorado como una remolacha, apareció en la puerta, sosteniendo en una de sus manos un quinqué de bronce, cuya luz cayendo á plomo sobre su pecho, dejaba ver parte de su vestido que consistia en una sotana negra no desprovista de mugrientas manchas, medias de lana del mismo color y grandes zapatos de hebilla.

Su nariz achatada, cuya estremidad se retorcia en una horrible desviacion hácia el carrillo derecho, efecto de una ecrescencia carnosa que hacia recordar la berruga de Mariannet, fealdad divinizada por Victor Hugo en su Quasimodo, y sus ojos redondos y

pequeños de cuyas pupilas verdes se exhalaban á veces relámpagos de luz siniestra que se desvanecian en fosforescencias subterráneas, espantosas, sombrías, daban al conjunto de su semblante algo de feroz y crudo, un no se qué de alevoso, que hacía á la par temible y repugnante su presencia.

Era imposible contemplar un momento aquel hombre sin sentir el corazón preso de instintivo miedo.

Hay deformidades que predisponen el ánimo á la compasión, y detrás de las cuales no vé otra cosa nuestra caridad que un alma mártir resignada á su martirio.

Detrás de la fealdad de aquel rostro se adivinaba solamente al tigre.

—Buenas noches, *Pater*, dijo D. Ambrosio entrando, y despues de cerrar tras si la puerta. Te tendría impaciente mi tardanza, lo comprendia, y por eso me apresuré á venir tan pronto como terminé mis asuntos.

—Estaba con efecto impaciente, repuso el de la sotana. Hoy es último dia de mes y debemos hacer balance, para lo cual necesito de tu concurso.

Ambos interlocutores se dirijieron por un estrecho pasillo á una habitacion espaciosa modestamente amueblada, y despues de atravesarla, penetraron en un gabinete inmediato en cuyo fondo se levantaba una mesa de escritorio llena de libros y papeles, al lado de la cual habia dos sillas de gutapercha.

Una vez en este local, el *Pater* colocó sobre la mesa el quinquécon que habia salido á alumbrar tomó

asiento y señalando á D. Ambrosio la otra silla, continuó:

—¿Puedes decirme á cuánto ascienden los desembolsos ocasionados este mes por la recluta de que eres jefe?

D. Ambrosio sacó una inmensa cartera verde del bolsillo interior de su levita, y recorriendo algunas de sus hojas, dijo fijando su dedo índice sobre la última página anotada:

—A veinticinco mil ochocientos treinta reales, justificados en parte por veintin recibos.

—¡Como! Esa cantidad excede á la marcada como *máximum* del tipo en nuestras instrucciones reglamentarias... Según nuestro reglamento particular, solo pueden ofrecerse mil reales á cada mozo, y esto en casos extremos, cuando por ejemplo se trata de individuos cuyas circunstancias les pudieran hacer aparecer como verdaderas adquisiciones para la causa. Tú has invertido veinticinco mil ochocientos treinta reales, en veintin reclutas, y esto—permíteme que te hable así—esto á más de revelar en tí poco celo por la buena gestion de los fondos que nos han sido encomendados, es cometer abiertamente una trasgresion del espíritu y letra de nuestras atribuciones, trasgresion que nunca censurarán bastante nuestros jefes. Por mi parte, yo no estoy dispuesto á autorizar con mi firma esa estafa de cuatro mil y pico de reales.

—¡Estafa! A buen hora te las echas tú de funcionario digno y probó. ¡Ah, hipócrita! ¿Crees por ventura que no conozco yo tus ajios tan bien como tú, ó mejor? ¡Bah! Llamar estafa á lo que no es más que al

inclusión en el balance de este mes del importe de una mensualidad que me cobro por adelantado. Si yo quisiera hablar...

— Tu paga de teniente coronel en comisión no llega á cien duros, y tú tomas por adelantado cerca de trescientos.

— Tomo lo que me da la gana y todo lo que necesito, ¿entiendes? Y á mí no me vengas con roncas, porque con salirme á la calle y denunciarte está todo concluido.

— Denunciarme... ¿por qué?

— Vamos, hombre, tengamos la fiesta en paz y no nos busquemos las cosquillas. Si tú no autorizas mis libramientos, yo tampoco autorizo los tuyos. Como yo en tus garras estás tú en las mías. Entre nosotros, al punto en que han llegado las cosas, ya no puede haber más que una amistad, ó un odio eterno. Elige de esto lo que mejor te plazca. Este mes ha sido para mí uno de los más fatales del año. ¡Maldita ruleta! Y eso que, vamos, estas últimas noches no me ha ido del todo mal. Ya ves... hice tres plenos de á duro. Gracias á esto mi *déficit* resulta mucho menor de lo que pudo haber sido...

— ¡Siempre el juego!

— ¿Qué le hemos de hacer. ? A mí me dá por ahí, como á ti te dá por otro lado... Y á propósito, ¿cómo has salido de aquella cuestión judicial en que te viste envuelto hace algunos días? ¡Ah, truhan! Como te lo has callado á pesar de la ilimitada confianza que mutuamente nos debemos.

A estas palabras, pronunciadas por D. Ambrosio con la intención más sangrienta, el rostro del *Pater*

perdió su habitual matiz rojo, sustituyéndole una visible palidez, y su frente se contrajo con un marcado gesto de disgusto.

—¿Cuestion judicial...? No recuerdo...

—Pues ahí tienes lo que son las cosas, yo lo recuerdo perfectamente. ¡Oh, ha sido un golpe funesto para tí! Tú, tan acreditado en este país como varon virtuoso, como sacerdote puro, sábio y manso, de la noche á la mañana perdiste los estribos y te revelaste en toda tu fealdad á los ojos de la poblacion.

—Luego sabes...

—Toma... ¿Pues no he de saberlo hombre? Como lo sabe todo el mundo. Yo mismo he sido el que te arrebató la presa... Pero en fin, el hecho es que tú estás en tu casa y el proceso duerme en su archivo el sueño del sobreesimiento. ¿Cuánto te ha costado evadirte de presidio y sobreeser tu expediente, declarando las costas de oficio? También lo sé: dos mil duros, como dos mil soles. Ahora bien, tu no puedes disponer de dos mil duros así como se quiera, y forzosamente habrás tenido que distraer esa suma de los fondos de la caja; por lo cual, y á no ser que prefieras quedar en descubierto con el Tesoro, tendrás que justificar con documentos falsos, ó cosa parecida, la inversion de esa cantidad en la obra que te ha sido encomendada. Esto no tiene vuelta. Y ahí verás tu como, sin soñarlo, vienes á declararte convicto y confesó de delito de estafa y de poco celo por la causa que defiendes, que es precisamente lo mismo de que tú me acusas.

—De suerte...

—De suerte que tú y yo somos tal para cual, y tú

mintiendo amor á tu soberano, despues de tu secularizacion de la órden de Calasanz y yo vendiendo absolutismo, despues del perjurio y la traicion á mis banderas, estamos haciendo un pan como unas hostias con el dinero de San Pedro y el de las exacciones con tanto trabajo realizadas por nuestros ilustres cabecillas.

Y todo esto—continuó D. Ambrosio—proviene de lo que yo me dije siempre: ¿Quién os mete á vosotros en cosas que no entendeis? ¿Qué pitos ni qué flautas teneis que tocar los curas en asuntos de guerra? La guerra se hizo para nosotros los militares, y si nuestro soberano os tratara á vosotros como D. Pedro de Castilla, que algunos enterró vivos, otro gallo nos cantara. Ya estaría harto de ocupar la silla de San Fernando.

—No toquemos ese asunto, por que...

—Es necesario decirlo todo cuando llega la ocasion. Tú, sin atribuciones para ello, porque al cabo no eres más que un mero administrador, como yo, de fondos que ni á tí ni á mí nos pertenecen, te atreves á censurar mi gestion administrativa, y yo no me creo en el caso de morderme la lengua; por eso á mi vez te recrimino y te hecho en cara tus faltas.

—Nada tengo hasta ahora de que arrepentirme respecto al cumplimiento de mi deber. Buena prueba de ello el no haber merecido nunca la más ligera censura en mi conducta. Se me dice: «ahí vá dinero, hágase la propaganda,» y yo la hago en la medida de mis fuerzas y en la posibilidad de los medios con que cuento para ella.

—Esas son pamplinas, repuso el de los bigotes gri-

ses, mal avenido con el tono apologetico que habia adoptado su compinche. No me digas á mi lo que tu haces, porque te conozco mucho. ¿Si creerás que no sé yo que en las cuentas que rindes mensualmente metes la mano hasta el codo? ¿Si creerás que no sé yo que los sermones políticos, furiosamente absolutistas que encargas á los curas rurales y á los que no lo son, te cuestan mucho ménos de los veinte duros con que los haces aparecer en tus balances? Hombre... no parece sino que no nos conocemos aún, y eso que hace un año que comemos á mesa y manteles.

—Me parece que estamos completamente fuera de la cuestion,—objetó el *Pater* disgustado por el rumbo que las cosas tomaban.—Tratábase de formalizar el balance de cuentas de este mes y extrañaba yo una pequeña informalidad en tu data. ¿Quieres que justifiquemos de una plumada el exceso que resulta de 4,830 reales sobre los 21,000 á que deben ascender este mes los gastos de recluta?

—Lo mismo dá. Yo creo que una cantidad está plenamente justificada desde el momento en que está perdida, tanto para el que la pierde como para el que la encuentra.

—Llevarémos, pues, ese exceso al capítulo de *Adquisicion de armamento*, y dirémos:

Por 200 fusiles Berdan que se utilizarán en la próxima insurreccion de la Coruña, 4,830 rs.

—Es un precio muy bajo, y resultarian esas armas casi de balde. No estamos en el caso de ser tan económicos. A más de esto, suponte tú que ahora se le antoja al gobierno de Estella exigirnos esas armas antásticas... ¿Cómo ibamos á salir de! compromiso?

—Muy sencillamente: en el momento de embarcarlas cayeron en poder de los liberales, ó se fué á pique la lancha y cuento concluido.

—Ah!

—¿Ves como entienden ménos los militares que los curas, de estos asuntos...? ¡Los curas! ¡Ojalá les dejarais el campo libre! ¡Con su sólo auxilio, ha tiempo que se hubiera consolidado en España la monarquía legítima!

El diálogo anterior habrá dado alguna idea del carácter y antecedentes de los personajes presentados. Desde luego se habrá reconocido en ellos dos emisarios de la corte del funesto Pretendiente Don Carlos de Borbon y de Este, encargados de la propaganda y fomento de una guerra civil que manchó con arroyos de sangre gran parte de nuestro territorio.

Los que ántes ó despues de su pacificacion se hayan dedicado á recojer notas y á estudiar las causas que mantuvieron enhiesta á los ojos de Europa la bandera de rebelion en nuestra pátria, habrán encontrado indudablemente tipos parecidos á los que acabamos de bosquejar, tan repugnantes como el jefe de la recluta carlista en la Coruña conocido por D. Ambrosio, y el apóstata escolapio *Pater*, encargado de concitar desde el púlpito el fanatismo de los pueblos contra todas las instituciones progresivas y todas las ideas sanas y regeneradoras. Digamos algo acerca de sus antecedentes.

Como el mismo nos ha dicho, D. Ambrosio habia pertenecido al ejército liberal; pero dominado por el juego hasta el punto de arriesgar un dia sobre el

tapete los caudales de la caja del Regimiento de que era Habilitado y que consiguió perder, temiendo la justa repulsa de sus jefes y el condigno castigo que habría de sobrevenirle forzosamente, desertó de sus banderas y se pasó á los carlistas con armas y bagajes.

Proceder entonces de esta manera sería muy deshonroso, pero fuerza es confesar que era muy lucrativo. Compuesto el ejército carlista en su mayor parte de gente bisoña y sin instrucción militar de ningún género, el que llevase á sus filas algunos conocimientos de esta clase, era considerado *a priori* como una verdadera adquisición, y el cabo desertor de nuestro campo, ó poco había de poder, ó había de sentar plaza de capitán de buenas á primeras en el bando enemigo, acabando por morir de jefe de brigada en la revuelta de cualquier sendero.

Así se comprende que el capitán de húsares Don Ambrosio Paniagua, que había abandonado su regimiento para ingerirse de comandante en el ejército rebelde, fuese inmediatamente nombrado teniente coronel y agregado al estado mayor de D. Carlos.

En honor de la verdad, hay que confesar que Don Ambrosio Paniagua sentía muy poco entusiasmo por la causa del Pretendiente. Hombre positivo ántes que todo, no podía ver sin repugnancia aquella turba de soñadores serviles que le rodeaban, y pocas veces dejaba escapar la ocasión de protestar contra sus adulaciones, manteniéndose en una austerísima reserva, y observando en todo una actitud pasiva desde una decorosa línea equidistante del monarca y de sus servidores.

Favorablemente interpretada por D. Carlos esta austeridad que creyó característica en D. Ambrosio, y adivinando tras las enérgicas líneas de su semblante siempre serio, cierta predisposición á las empresas arriesgadas para cuya consecución se necesitaban especiales dotes, llamóle un día á su despacho y le dijo:

—Paniagua, tengo que hablarte.

—Vuestra Magestad dirá.

—Quiero darte una prueba de mi real afecto.

—Estoy á las órdenes de V. M.

—Voy á confiarte una misión digna de tus raras condiciones. Te he elegido para representar mi causa en las provincias rebeldes de Galicia, con el carácter de jefe de reclutas. Hoy, como nunca, necesito de los buenos servicios de mis leales vasallos. Próximo el día en que he de tomar posesión del s^olío que la Providencia me ha destinado, y que la perfidia de Vergara arrebató á la legítima representación de mi abuelo (q. s. g. g.), quiero tener en cada una de las provincias de España un núcleo de hombres afectos á mi real persona que contribuyan con su eficaz propaganda al aumento de mi ejército, y representen mi gobierno cuando sea llegado el momento del triunfo. Todas las provincias tienen ya mis representantes que favorecen por todos los medios la augusta causa de mi reinado, excepto las de Galicia. Galicia, á pesar de cuanto se diga, es un país eminentemente liberal. El espíritu moderno revolucionario vive entre aquellas montañas, como la salamandra en el fondo del lago tranquilo. Es necesario estirpar ese monstruo, es necesario sorprenderle en su guarida y

asesinarlo á traicion. No se me oculta el grave riesgo en que coloco tu existencia; pero con la ayuda de Dios y tu prudencia, todo peligro desaparecerá. Por ahora tu destino se concreta á buscar gente para mis filas. En todos los dominios liberales reina en la actualidad general descontento: la insurreccion cantonal, el estado económico del gobierno de Madrid, los excesivos impuestos que gravan la propiedad y la familia, han producido un contingente de hombres escépticos y fatigados, cuya desesperacion debemos aprovechar, y esos hombres más que en ninguna parte se encuentran en Galicia. El carácter gallego se distingue por cierto iustinto aventurero, que determina todos los años una emigracion creciente á los países de América. Vete, pues, á Galicia; utiliza estas circunstancias que favorecen tu comision, y todos los meses un buque mercante de la matrícula francesa irá á recoger los individuos que figuran en tu alistamiento, á quienes ofrecerás el dinero y los despachos que juzgues oportunos. Para esto se necesitan caudales y los tendrás. Contigo partirá en la misma direccion y con una mision análoga, uno de los más virtuosos miembros de mi clero, depositario de los fondos que vosotros administrareis hasta donde alcancen.

Recibidas estas instrucciones, D. Ambrosio recogió de manos del Pretendiente un pliego de bases para la inversion de las sumas cuya gestion se le encomendaba en parte, y haciendo un ligero movimiento de hombros, como el que se resigna á todo con tal de ir ganando, salió de la estancia despues de hacer un cortés saludo á su rey y señor.

Al día siguiente D. Carlos hizo á Paniagua presentación de su co-sócio y compañero de viaje, y ambos pasaron aquella misma noche los Pirineos y se dirigieron á Bayona, desde donde se embarcaron para la Cornüa á bordo de un buque francés que hacía la travesía del Cantábrico.

III.

Apenas pusieron el pié en la Coruña los dos emisarios carlistas, trataron de buscar una casa en condiciones para instalarse é inaugurar en ella el *modus vivendi* que con tanto provecho habian de ejercer en lo sucesivo.

Dado el carácter criminal de su cometido, convenientes una habitacion retirada y modesta, tanto por esconderse á las miradas investigadoras de los curiosos, cuanto para ocultar fen el misterio los nudos de la trama que iban á tejer con su infame especulacion y desvanecer toda sospecha de culpabilidad en sus actos.

Por consiguiente diéronse á buscar casa, y despues de algunos infructuosos paseos por los alrededores de la poblacion, hallaron en el barrio de Riazor una de

pobre apariencia con vistas al mar, que se levantaba en la misma línea de una extensa calle formada por barracas de pescadores.

Aquella casa que era la misma cuyo interior hemos descrito á grandes rasgos, constaba de un solo piso y parecía de reciente construcción á juzgar por la blancura de la argamasa que revestían sus paredes laterales, y la frescura de labrado que se observaba en los sillares de su puerta de entrada y los entrepisos del frontispicio.

En uno de los tres balcones de la fachada veíase un papel arrollado á dos de sus balaustres, signo elocuentísimo de alquiler en todas las poblaciones de España.

Como enclavada en el arrabal, aquella casa reunía todas las condiciones apetecibles para los dos agentes secretos de D. Carlos.

Hablaron estos con el propietario y se instalaron en ella pasados algunos días, no sin que antes hubieran adornado sus habitaciones con un modesto y nada sospechoso moviliario.

Desde aquel momento ambos correligionarios se consagraron á sus trabajos de exploración, uno sondeando y escitando el ánimo de la gente moza útil para sus planes, con cuyo objeto se le veía en los sitios públicos á todas horas, sosteniendo polémicas y conversaciones animadísimas que más tarde habian de producir su resultado, y el otro haciendo excursiones por las ciudades y aldeas de Galicia, visitando las abadías y proponiendo á los párrocos temas políticos para sus sermones dominicales, á cambio de un puñado de plata que él ofrecía como de su bol-

sillo particular, llevado de su celo por el triunfo de la iglesia de Dios y estirpacion de la heregia reinante.

Así se explican aquellas proclamas fogosas que llenando de terror el corazon de los sencillos fieles convertian en club la cátedra del Espíritu Santo, desde donde no sólo se condenaba irrevocablemente la ciencia moderna, la libertad y el progreso de las naciones, sinó que se llamaba al arma y se izaba el estandarte de guerra, como si se tratase de una nueva Cruzada.

No era entónces difícil escuchar desde el púlpito, haciendo alarde de una elocuencia adquirida en quince semanas de ejercicio oral sobre un mismo tema, á reverendos prelados que fulminaban anatemas con toda la ira de sus pulmones contra la *sabiduría del siglo*, entendiéndose por esto la ciencia filosófica contemporánea, desviada segun ellos del camino de la verdad, como si el error no fuese el puente necesario para llegar á ella y la escala de Jacob por medio de la cual se levanta el espíritu de lo contingente y terreno á lo inmaterial y absoluto en una constante ascension desde lo criado al Criador, desde lo mortal á lo infinito y eterno. Ni era tampoco maravilla escuchar en una de las Basílicas mas renombradas de Galicia un parangon entre el monarca esperado y el Apostol patron de España, cuya espada vengadora habia heredado el incógnito Mesias para exterminar falsos cristianos, del mismo modo que aquél habia exterminado moros, segun la piadosa tradicion católica.

A todo esto alcanzaba la influencia de nuestro

Pater, quien como su amigo, si maldita la fé que poseía en la eficacia de sus esfuerzos para el triunfo de su causa, conocía perfectamente todo el valor del dinero como buen traficante, y sabía que el oro es la línea más corta para llegar á cualquier lado.

Por otra parte, para realizar su empresa ofrecián-sele pocas dificultades.

El punto más delicado que podía tener su cometido cerca de los priores y abades de Galicia, era, á lo ménos para una persona que conserva algun decoro personal, la posibilidad de una negativa á sus pretensiones, tan natural y tan terrible cuando se trata de convertir el poder espiritual de la Iglesia en auxiliar de otro poder tan terrenal y mundano, tan reducido y mezquino como el poder real, cuyas fronteras tanto se han escatimado, que apenas se extienden hoy más allá del horizonte de los intereses civiles. Pero el *Pater* conocía al clero español; era astilla de esa madera; conocía sus tradiciones simoniacas, habia estudiado sus vicios constitutivos; sabía halagar las pasiones rencorosas, la sed de venganza y la ambicion; y al acercarse á uno de sus miembros para rogarle con el carácter sacerdotal que tambien él poseía, trazase una filípica ó un sermón de desagravios para arrojarlo desde el púlpito á las masas, de antemano poseía el convencimiento de que nadie habia de rehusar la sangrienta moneda que, robada al cadáver del liberal morador de la alquería, ó arrebatada á la herencia del hijo en el último estertor de la agonía de su padre, se atreviese á ofrecer en pago de aquel finnesto servicio).

El *Pater* habia sido escolapio ántes de haberse ido

con D. Carlos, y nada más fácil para él ni acaso más grato que la tarea de tener que habérselas con gente que llamaba de casa.

Los hijos de Calasanz tienen algo de los hijos de Ignacio de Loyola: aquella mirada teodolítica, aquella precisión con que penetran el corazón de las gentes y sorprenden en sus entrañas los secretos de la voluntad en germen. ¿Será que entre el jesuitismo y los escolapios hay algo de común?

Durante los primeros meses de su estancia en la Coruña, el *Pater* y D. Ambrosio vieron progresar rápidamente su obra.

Unidos sus esfuerzos para cooperar á una tarea de destrucción, veían satisfechos huir de sus hogares á bordo del *Elvire* innumerables jóvenes que dejaban tras sí larga cosecha de llanto á sus familias, y notaban con deleite que en el templo, donde había dejado de resonar aquella palabra de perdón y misericordia que ántes cayera como vivificador rocío sobre una humanidad desconsolada, ya no se escuchaba más que el grito de maldición del sacerdote, cien veces repercutido cual un himno de muerte en las techumbres, y cuyos ecos hacían estremecer en sus altares las severas efigies de los santos.

Consecuencia de ese sombrío espolio ejercido siempre desde el misterio por los dos agentes del absolutismo, Dios había huido de su tabernáculo y la paz del seno de las familias. El hogar era un cementerio y el templo un reducto.

Saboreando los magníficos resultados de sus primeras gestiones, en las cuales habían agotado todo el caudal que trajeran de la corte de D. Carlos, es

Pater y D. Ambrosio suspendieron respectivamente sus faenas reclamando más fondos, y uno y otro se propusieron esperarlos dándose buena vida con los ahorros que su administración les había producido.

Decididos á echar, como suele decirse, una cana al aire, D. Ambrosio, á quien hasta entónces nadie conocia en la Coruña más que como carlista furibundo y si se quiere platónico, por lo cual, así como por su carácter, hasta cierto punto franco y abierto, contaba con esa pasiva simpatía que á todo lo extravagante y prehistórico conceden las personas ilustradas de todos los pueblos, entregóse de lleno á la vida del juego que constituía su única pasión, dominándole por completo, y pasaba las noches y los días en espectación de la sota y el caballo ó del 11 negro, su número predilecto en la ruleta.

Mientras tenía en el bolsillo una peseta que apuntar á un naipe ó que echar á un pleno, era inútil hablarle por que á nadie oía.

Diríase que estudiaba el medio de adivinar el número sobre que había de caer la bola, ántes todavía de que la mano del banquero la arrojase en el disco.

Parecía magnetizado, absorto en la contemplación de aquel aparato con el que se hubiera creído que sostenía á veces cariñosos diálogos y energicas disputas, revelados por sonrisas tiernas ó miradas de reconcentrada ira.

Por su parte el *Pater* se divertía también.

Solo que, más hipócrita y ménos partidario del azar que su compañero, se divertía á su modo y sin testigos.

Y la verdad es que no exigian ménos la dignidad

de sus hábitos y su edad que casi frisaba en los cincuenta.

Como á D. Ambrosio Paniagua, al *Pater* le dominaba una sola pasion; pero esta pasion como la de D. Ambrosio, era violenta, tenaz, persistente, implacable, horrible. Ya la conoceremos.

No amaba, no podia amar.

Habia sido educado en un seminario, y allí habia sufrido la amputacion del alma.

Y la herida producida en el alma del *Pater*, habia sido cicatrizada con cauterio.

El hierro calcinó sus entrañas; y lo que hubiera sido fibra y tejidos, sentimiento y belleza, lo que hubiera sido santuario de pasiones y de afectos, nido de ternuras y de amores, era un harapo inmundo, un callo suplantado á un corazon en el pecho de un hombre.

—Abomina el amor—le habian dicho en el seminario.—El amor es Eva y Eva es el pecado,

—Refrena tus pasiones, le habian repetido: la pasion es Adam y Adam es la trasgresion de la Ley.

—Destruye la materia; solo anulando la carne se levanta el espíritu,—habia oido siempre.

El seminarista convirtió la orden en precepto, el precepto en dogma, el dogma en costumbre, y la costumbre fecundó y produjo el vicio.

Los rios contenidos en su corriente ó estrechados en su cauce, se desbordan.

La pasion con exceso refrenada, mina sordamente los organismos y cuando se la cree muerta rompe sus quebradizas barreras y aparece trasformada en furia.

Como la del *Pater*.

Repitámoslo: el Pater no amaba.

Todos los atractivos de la belleza ideal reatizados en una mujer; todas las perfecciones de la forma y del espíritu fundiéndose en una turquesa y constituyendo un tipo de soberana hermosura; el fuego del rayo ardiendo inextinguible en una pupila negra defendida por largas pestañas; una cabellera prendida como un astro de oro á una cabeza venusina, enérgica, magestuosa y altiva; un cuello de cisne modelado sobre un seno turgente, sonrosado, tibio y palpitante; unos labios de esos cuyas líneas obedecen á la geometría de los sueños rojos, húmedos, celosos el uno del otro y ambos unidos en un eterno beso; una frente genial; un cutis nevado con transparencias azules; una voz dulcísima que recuerda sonidos celestes y plegarias de ángeles; un verbo elocuente, inspirado, cariñoso; nada de esto hubiera bastado á despertar en el pecho del *Pater* el menor sentimiento de simpatía.

No hubiera amado á una mujer así.

Ni siquiera la hubiera deseado.

Para él la mujer propiamente dicha era un cadáver.

.

Ah! Se resisten á la pluma ciertas aberraciones, ciertas monstruosidades que hacen abominable nuestra naturaleza, pero es fuerza analizarlas por lo mismo que se observan con demasiada frecuencia.

Hay algo en los niños que nos obliga á respetarlos en la tierra.

Sin duda se les adora por algo más que por que s

nuestros hermanos, nuestros hijos ó nuestros nietos.

Se les adora porque son encarnaciones jóvenes de almas que llevan menos tiempo en la tierra que las nuestras, y que por tanto están más cerca que nosotros del cielo, de donde son recién venidas.

Se les adora porque como son extranjeros que vienen á visitarnos de lejanos climas, todavía no pueden ni saben hablar nuestra lengua, ni conocen nuestros usos, ni preven nuestras perfidias.

Se les adora, porque no se defienden de nuestras agresiones, ni hacen más que llorar cuando les reñimos, ó morir si los matamos.

Poseer un niño, tener un niño en la familia, es tener á Dios en el corazón, es tener el paraíso en el hogar, es tener ángeles convidados á comer y á dormir bajo nuestro techo.

Nuestro niño en la cuna sonríe sin que nadie sepa por que sonríe.

Nuestro niño llora en nuestros brazos sin que nadie sepa por qué llora.

Pero él lo sabe, que está más cerca que nosotros de su origen.

Las almas por Dios creadas al tiempo de la de nuestro niño y que esperan encarnación, vienen acaso á saludarle á la cuna y á posarse sobre sus manitas, cuyos dedos se mueven dulcemente como si jugaran con algún objeto invisible á nuestros ojos. El coro de sus compañeros entabla con él pláticas inefables; le acompañan todo el día; le preguntan quizá las impresiones de la vida de la materia que él no puede satisfacer completamente, y se alejan des-

pues, llamados por la voz del Eterno, diciendo desde los aires á la que se queda:

—Hermanita, adios, hasta que te volvamos á ver allá arriba. ¿sí, querida?

Y hé ahí por que los niños suelen sonreirse en la cuna y llorar en nuestros brazos.

¿Quién no ha de amarles? ¿Quién no ha de velar su sueño si duermen, sonreírles si velan, consolarles si lloran?

Y sin embargo, ¡hay quien persigue á la niñez! ¡Hay quien se oculta trás de la cuna para asaltarla al menor descuido! ¡Hay quien la persigue de muerte para devorarla! ¡Hay quien la espía con ojos lascivos, con respiracion jadeante, con lividinoso continente! ¡Horror!

¿Es que se trata de una bestia, de un sátiro ó de un vampiro?

¡Quién sabe si hay hombres peores que todo eso!

IV.

En una de las barracas de Riazor próxima á la vivienda que conocemos, habitaba una familia pobre de pescadores.

Componíase esta familia de cuatro individuos.

Un anciano conocido por Ignacio Comba, y sus hijos Lúcas, Juan y María.

Ignacio había navegado desde sus primeros años.

Los trabajos de su profesion consistentes en la carga y descarga del buque que tripulaba, amarre de cables, baldeo y otras maniobras de este género, habían debilitado grandemente sus fuerzas y alterado su constitucion que, aunque vigorosa, se resistía á soportar por más tiempo las rudas tareas á que hasta entónces la había sujetado. Y es que Ignacio se sentía presa de un padecimiento vago, sordo, pero

no por eso ménos persistente que le aquejaba al pecho, extraordinariamente inflamado y cubierto de granulaciones rubicundas, á consecuencia de un fuerte golpe recibido tiempos atrás, contra un arrecife, en el momento de arrojarle desde la baranda de popa de su barco, para socorrer á un pasajero que habia caído al mar, logrando salvarlo con grave riesgo de su vida.

Ínútil para el trabajo á que hasta entónces se dedicara, viejo y enfermo, reunió los mezquinos ahorros de toda una existencia consagrada á las rudas faenas del mar, y un dia, de regreso de una larga excursion por el Occéano, saltó á tierra y se dirigió á su barraca en busca de la salud y de los cariñosos cuidados de su mujer y sus hijos.

El mayor de éstos, Lúcas, habia caído soldado y se hallaba en el servicio.

Apénas traspuso Ignacio el umbral de la barraca sintió que la sangre se paralizaba en sus venas y que le faltaba aire para respirar.

Su mujer no le esperaba, como solia, sentada en el quicio de la puerta, ó velando el sueño de las tier-
nas prendas de su alma en la alcoba que les tenia destinada para el reposo.

Ignacio penetró en la casa.

Recorrió sus ennegrecidas habitaciones, registró detenidamente todos los rincones, todos los desvanes de aquella miserable vivienda que encontró completamente trasformada, y no vió á nadie por ninguna parte.

—Pues, ¿y mi mujer y mis hijos? ¿Dónde están

mis dos Marias, donde está mi Juan? gritó dirigiendo á todos lados sus inquietas miradas.

—Aquí estamos padre, dijo una voz infantil dulce y melodiosa que parecía partir del techo del hogar. Aquí estamos en el tablado de las gallinas, porque hace mucho frio y no tenemos lumbre.

El viejo marino dirigió sus ojos hácia el sitio de donde salía aquella voz, y vió á sus hijos que descendían del gallinero para abrazarle.

—¿Y cómo es eso que no teneis lumbre? Si quereis dormir no teneis gergones? ¡Vaya una manera de recibirme! A ver, ¿dónde está vuestra madre?

Al pronunciar Ignacio estas palabras, ya sus hijos habían bajado del desvan y corrían á abrazarle.

Juan tendría entónces quince años, y María su hermana seis.

A Juan ya le conocemos.

María era una niña angélica, de ojos azules que contrastaban con los de su hermano, y cuya cabellera rubia como esas hebras finísimas de oro que defienden la sávia de las espigas de maiz, descendía en opulentos rizos sobre sus torneados y purísimos hombros.

—¿Por qué no hablais?—volvió á preguntar Ignacio, mientras sus hijos le abrazaban con efusion sin atreverse á contestarle.—Os he preguntado por vuestra madre, respondedme.

¶ Juan entónces dejó ver su semblante bañado en lágrimas.

—Ha muerto, repuso. ¡Ayer nos la han llevado al cementerio!

Un rayo no hubiera causado más efecto en el desgraciado marino.

Su faz perdió instantáneamente el tostado matiz que adquiriera por la continua acción de la intemperie, faltó á sus ojos un momento la luz, y hubo de apoyar su brazo contra el muro de la estancia para no venirse á tierra.

—¡Ha muerto! continuó Juan sollozando, y como no teníamos dinero para pagar el entierro, los cura^s lo vendieron todo, se lo llevaron todo... y...

—Y no hemos comido desde ayer, interrumpió la niña plegando sus manecitas sobre el pecho y quedando en una actitud de candorosa tristeza, no hemos comido nada desde ayer; y tenemos mucha hambre, y yo le decia á Juan que no llorase y Juan no quería.

Desde entónces Ignacio tuvo que renunciar al cuidado de su salud quebrantada, y trabajar de nuevo y sin descanso para mantener á sus hijos.

Con los escasos recursos que le quedaban compró una barca y se dedicó á la pesca.

Esto producía poco, y apenas las ganancias le bastaban para pagar las *matriculas*, ese ogro de los pescadores de nuestra costa que ha sido y seguirá siendo causa de tantas ruinas

No obstante, trabajó.

Trabajó sin descanso, sin interrupción por espacio de dos años.

Le amenazaba el hambre, le pedían pan sus hijos, y él sería capaz de soportar por ellos todos los tormentos de Prometeo encadenado á la roca y devorado por el buitro.

Pero si el amor paternal le estimulaba al trabajo, la muerte le perseguía de cerca y él desfallecía.

Y aun trabajó, así y todo.

Por fin una noche amarró su barca en el muelle, dirigióse vacilante a su barraca, y dejándose caer sobre un escaño dijo tristemente;

—Juan, hijo mio, yo me siento muy mal. Mi frente y mi pecho son dos volcanes, un fuego infernal muerde mis sienes, y parece que mis venas se dilatan como si por ellas circulara veneno en vez de sangre. Avisa inmediatamente á un médico, y si mañana estoy peor vete al muelle y encárgate de la barca: trasbordo ó pesca, haz con ella el comercio que más te produzca.

El médico vino; observó al enfermo, torció la boca en un gesto desconsolador y mandó que Ignacio fuese trasladado al Hospital.

Así se hizo en efecto.

Y pasaron algunos meses durante los cuales ni la niña abandonaba la cabecera del lecho de su padre, ni Juan la barca que éste le había confiado.

El marino fué dado de alta en el hospital por inenrable.

¿Qué tenía, pues, el infeliz Ignacio?

Cuando salió del hospital no se le conocía.

Había entrado con piés y salía sin piés, había entrado con brazos y salía sin brazos, había entrado con ojos y salía sin ojos.

Había entrado hombre y salía tronco.

Había entrado íntegro y salía mutilado.

Pero mutilado horriblemente.

La ciencia se apoderó de él; analizó la inflamación de su pecho que se había propagado á todos los músculos del cuerpo; estudió aquellos tumores ebúrneos, á través de cuyos poros podían distinguirse corrientes espesas de amarillentos jugos pugnando por perforar los vasos que les servían de cáuce; presenció el sordo desmoronamiento arterial y fibroso, que en abundantes hemorragias, constantemente se realizaba sobre aquel plano de carne, agitado á intervalos por estremecimientos pungitivos, dolorísimos, crueles; y después de exclamar: — ¡El cáncer! — requirió sus cuchillos, afiló sus sierras, y el carnicero sajó, cortó, amputó, desgarró, seccionó en pedazos los miembros de la víctima, y luego descansó satisfecho...

El cáncer, sin embargo, se reproducía.

Sorprendido por el contacto del hierro, se detenía un momento; pero más enfurecido cambiaba de dirección, asaltaba otra zona y continuaba su obra de estrago.

Nada más espantoso que aquella lucha de la ciencia con la enfermedad.

El cuchillo persiguiendo al cáncer y el cáncer persiguiendo al cuchillo.

¡Qué espectáculo!

Parecían dos enemigos batiéndose á muerte sobre un terreno que palpitaba y gemía.

Empero, en aquella lucha ninguno de los dos debía caer.

Y más bien que enemigos resultaban dos parciales confabulados para destruir la existencia de un héroe.

La enfermedad decia á la ciencia:

—Yo voy por este camino.

Y la ciencia contestaba:

—Yo te seguiré.

Y al cabo de una escursion lúgubre como un viacrucis, á través de células, músculos y fibras, tejidos y arterias, tendones y huesos, el cáncer se paraba y volvía á decir á la ciencia:

—He llegado al cartilago, que es el término de mi viaje; no tengo más que roer.

Y la ciencia respondía:

—He tocado á la médula; no tengo mas que cortar.

Y entonces el cáncer y la ciencia descansaban de sus fatigas sobre el monton de huesos que acababan de desecar y ambos prorrumpian en una carcajada, exclamando la ciencia:

—¡Soy mucha ciencia!

Y diciendo el cáncer:

—¡Soy mucho cáncer!

Efecto, pues, de esta doble persecucion, Ignacio que como hemos dicho habia sido alta en el hospital por incurable, mandó construir una especie de cajon con ruedas, rogó que le colocasen dentro de él sobre un poco mullido, y en esta disposicion se hizo trasladar por su hija desde el hospital á la puerta de un templo.

El carro tenia una cuerda en uno de sus testeros y María lo guiaba tirando de ella.

De este modo, Ignacio se vió precisado desde entonces á implorar la caridad pública.

Era un cuadro espantoso, una cosa sombría contemplar sobre aquel fúnebre vehículo transportado por una niña de angelical belleza y melancólico semblante, algo que se agitaba, algo que palpitaba y parecía vivir, algo que se suponía un hombre, pero que en realidad no era más que un montón informe de sangrienta carne, un manojo de tegumentos reunidos bajo una repugnante trabazón de apósitos y vendas.

No se podía suponer, era imposible concebir que bajo aquel cerebro dosollado, en que no quedaban más que órbitas, y del cual habían desaparecido todas las membranas; tras aquella garganta abierta á puñaladas; dentro de aquel pecho cuya región torácica estaba en gran parte descubierta por una in-

mensa boca que dejada ver por dientes dos hileras de costillas asomando al exterior, era imposible, decimos, que entre aquella postema, entre aquella plaga de gusanos en incesante hervor, se encerrase una existencia y viviese un alma augusta, pura y acrisolada como la de un mártir.

Y sin embargo, nada más cierto.

Aquel monton de cieno y heces, vivía.

Vivía; por que á veces, cuando alguna mujer devota penetraba, volviendo la cabeza, en la iglesia, en cuyo pórtico se exhibía el mendigo, y rozaba con la cola de su vestido alguna de sus heridas, del fondo de aquel carro se levantaba una tristísima queja y una voz cavernosa articulaba con trabajo estas palabras:

—Una limosna por Dios... para esta necesidad...

Con efecto, aquello era una necesidad muy grande.

Una necesidad de caridad, una necesidad de ciencia, una necesidad de progreso reclamada por aquel hombre para esta generación envuelta en sombras, desposeída de amor y de esperanza.

Ignacio vivió un año de la caridad pública.

Pero su presencia horrorizaba y ultimamente eran, muy contadas las personas que se acercaban á él para socorrerle.

¡Hería las miradas!

El amor al prójimo en algunas gentes vive de la satisfacción que ese amor reporta á nuestros semejantes y en cuanto puede contribuir á socorrerle en sus tribulaciones.

Inspirada la caridad en esta idea utilitaria en cierto modo, el que ofrece una limosna solo la ofrece

cuando sabe que con ella ha de producir un bien. Si con ella no ha de producir nada, ó ha de producir un mal no la ofrece.

De aquí que fueran pocos los que socorrieran al desgraciado marino.

—¿Qué consuelo podemos dar con nuestro óbolo á sus males? —se decían;— acaso vamos á prolongarlos. Le haría Dios mil favores llevándosele.

Y de esta suerte, aquella criatura que el mar habia arrojado como una escoria sobre la playa, que la playa habia arrojado á un hospital y el hospital á las puertas de un templo, era á su vez lanzada desde el templo al abismo de la desesperacion.

Es decir, el mar y la tierra, las olas y los hombres, la ciencia y la caridad en inteligencia, en tratos, para sofocar una existencia vieja, augusta, venerable; toda honradez y ternura.

¡Monstruoso conciliábulo!

Pero en esta conspiracion no entraba el cielo.

En esta gran villanía no podia entrar Dios.

El mendigo no se desesperó.

—Maria, dijo á su hija al cerrarse una noche la puerta de la iglesia, sin que en todo el dia hubiese caido dentro de su carro una limosna—coje la sogá y tira: vámonos á casa. Nadie me socorre ya, todos huyen de mí como de un maldito. Oh! ¿Por qué no se compadecerá de mí el Señor? ¿Qué hago yo en este mundo, Dios mio?

—Padre, repuso la niña, no se aflija V., no llore... Yo no quiero que V. se muera, porque entónces ya no podia tirar de su carrito como la *xubenca* del tío Anastasio. Vamos, vamos á nuestra casa despaci-

to. ¿Verdad que yendo despacio no se hace usted daño, padre?

Maria recojió la soga, se ciñó con ella el brazo y condujo á su padre á la barraca.

Tras ellos, á pocos pasos iba un hombre.

Este hombre habia salido de la iglesia en el momento de cerrarse sus puertas.

Era el *Pater*.

Habia ido al templo con objeto de encargarse al capellan una pastoral del género que él las queria, y al salir habia visto á Maria, merced á un rayo de luna naciente.

Maria tenia ya nueve años.

Era una niña de escaso desarrollo corporal, como todas lo son á su edad y especialmente las de la costa de Galicia.

Su seno impúber apenas dibujaba la rudimentaria forma de sus pechos.

Sus piés descalzos y desnudos, la humildad de su traje, la tristeza habitual de sus facciones, la espontánea negligencia de sus movimientos, nada revelaban, inspirando únicamente ese sentimiento de compasion que todo pecho noble experimenta en presencia de la infancia desvalida y obligada á apurar prematuramente la amarga gota de hiel que la vida ofrece en la edad del vigor á la eterna sed de los hijos del trabajo.

Maria era hermosa.

Pero su hermosura no tenia nada de carnal, nada que hablase á los sentidos.

Viendo sus ojos, fijándose en la luz de sus pupilas, se descubrian lontananzas celestes, atmósferas azu-

les pobladas de creaciones angélicas, vislumbres de rimbos y matices de alas.

Era tranquilo, era dulce, era tierno todo cuanto inspiraba; superterrenal, divino.

No podía ser un hombre el que sintiese otra cosa. Debía ser un mónstruo.

Tirando del vehículo en que iba su padre, María atravesó algunas calles de la ciudad y llegó á la barraca.

Sus alrededores, según costumbre, estaban desiertos.

Para hacer penetrar el carro, era preciso salvar un pequeño escalon de piedra que había á la entrada, y María abandonó la sogá, colocóse á la espalda del vehículo y por medio de un ligero movimiento, las ruedas delanteras avanzaron.

Iba á imprimir al carro otro movimiento para ponerlo dentro del umbral, cuando de pronto se contuvo.

Había sentido en su carrillo el chasquido de un beso y la presión de una tenaza en una de sus desnudas pantorritas.

—¡Dios mío! murmuró sorprendida y volviendo instantáneamente la cabeza.

—¿Qué tienes, hija? le interrumpió su padre.

—Soy yo, tontuela..., soy yo... ¿No me conoces? El señor cura, tu vecino; el que te ha dado rosquillas tantas veces.... ¿Y ese valor, Ignacio, que tal ese valor? exclamó el *Pater*, dirigiéndose tan pronto á María como al mendigo.

—¡Ah, señor... ¡muy mal! ¡Cada vez peor! Esto se vá á pique! replicó Ignacio que no se había aperi-

bido de nada y que reconoció en la voz del *Pater* al vecino que solía acariciar á su hija y socorrerle algunas veces.

—Vaya todo por Dios, hombre; vaya todo por Dios. ¡Dichoso tú si sabes sobrellevar con paciencia tantos males! Acaso ellos sean la purificación de tus culpas en la tierra y te aseguren la bienaventuranza.

—En descargo de mis culpas los ofrezco, padre mio.

Mientras el sacerdote hablaba con Ignacio, Maria procuraba explicarse la brusca acometida de que acababa de ser víctima.

En su santa inocencia no sabia que el corazon humano es la solfatera en que hierven las pasiones más inmundas y nada para ella más natural que la demostracion de cariño que envuelta en un beso le habia prodigado el *Pater*.

—Todos los viejos besan á las niñas—pensaba ella recordando escenas análogas, y apelando por primera vez al tesoro de su jóveu experiencia.—Por qué entónces he de asustarme?—Este Sr. Cura, nuestro vecino, nos quiere mucho. Siempre que nos encuentra nos dá una limosna y una golosina... Ahora me ha dado un beso... Mi padre tambien me los daba cuando aún el cancer no le habia comido los labios.

Y Maria abandonaba sus meditaciones, apareciendo un momento satisfecha. Dijérase que sonreía.

—Pero el señor cura me ha hecho daño en una pierna; mi padre nunca me hacia daño cuando me besaba,—volvía á pensar la niña.

Y entónces sus cejas se fruncian instintivamente

y sus ojos se clavaban con cierta expresion de horror en las groseras facciones del *Pater*.

—¿Por qué me habrá hecho daño? ¿por qué me habrá besado? Las niñas besan la mano á los curas; pero los curas no besan á las niñas.

Como se vé, Maria apuraba todos los recursos de su razon en gérmen para encontrar una solucion favorable al problema que acababa de ofrecer á su criterio la negra mano del infortunio.

El sentimiento no discute.

Y Maria que habia visto siempre en el *Pater* un alma bienhechora que le daba limosnas y dulces, á vuelta de algunas soluciones negativas, sacó este producto del problema:

Limosnas, más dulces, más besos, más pellizcos: igual á cariño.

¡Sublimes conclusiones de las almas puras!

El *Pater* que habia seguido por algo el carro del mendigo, sacó de uno de sus bolsillos un porta-monedas, ademan que premeditadamente hizo notar á la pequeña Maria, y dijo dirigiéndose á Ignacio:

—Voy á ver si tengo unos cuartitos sueltos. La limosna es lo más grato á los ojos de Dios, y siento no ser poderoso para remediar todas las necesidades posibles.

Ignacio formuló débilmente una palabra de gratitud.

—Ah, no, no me des gracias—volvió á decir el *Pater*, consultando el portamonedas, miéntas con sus pupilas verdes devoraba las purísimas facciones de Maria. ¡Por vida del... ¿Pues no me he dejado la calderilla en casa? En fin, mi casa no está lejos.

PANIAGUA.

4

Vete esta noche á verme, Maria, y te daré una limosnita para tu padre.

—Ahora mismo, señor, si á V. le place, _replicó Maria penetrando con el carro en la barraca. Mi padre me esperará un ratito, mientras vuelvo.

—Si, hija mía, vete con el señor Cura y vuelve pronto porque Juan aún no vino del muelle y necesito que me renueves las hilas de estas llagas que me están matando. ¡Dios le dé salud al señor Cura que tanto se interesa por nosotros!

Maria trasladó cuidadosamente á su padre desde el carro en que le conducía á un jergon que se hallaba tendido en el suelo, único lecho de aquel desgraciado, y despues de arrebujarlo cuidadosamente en una manta, salió de la barraca, en cuya puerta la estaba esperando el *Pater*.

—Cuando V. guste, señor Cura.

—Vamos, pues, hija mia.

Maria siguió al *Pater* y ambos avanzaron hácia la casa de éste que, como sabemos, estaba próxima á la barraca.

En aquel momento un hombre saltó como una fiera desde la acera opuesta y se les interpuso.

—¡Miserable! prorrumpió deteniéndoles y amenazando al *Pater* con el puño cerrado. ¡A dónde lleva Vd. esta niña? ¡Ah, infame! ¡Quiere Vd. perder un alma inocente y pura, valiéndose de la caridad cuyo nombre profana!... Dios me ha colocado en este momento entre Vd. y mi hermana para salvar mi honor y el de ella, y si no le mato á Vd. es por respeto á esos hábitos que viste... Maria, vamos á casa! ¡Renuncia á la caridad de ese hombre! Su limosna te mataría.

El que de este modo se presentaba era Juan.

Juan habia notado la anterior escena desde la acera opuesta de su casa, por donde paseaba á la sazón en compañía de D. Ambrosio á quien habia conocido aquella tarde en el muelle.

Proponíale Paniagua una buena colocacion en las filas carlistas, y hacia todo lo posible por catequizarle. Juan se resistia.

—Tengo á mi padre enfermo y una hermanita que quedaria desamparada.

—Si, pero los tienes en la miseria, y de tenerlos bien á tenerlos mal vá mucha diferencia. No seas tonto y mira lo que te conviene.

—Léjos yo de su lado no podrían seguramente vivir sin mí.

—Si... ¡Para lo que ganas con tu barca!

Allí por de pronto eres teniente, al mes serás capitán, á los dos meses comandante, á los tres meses coronel y en fin, en poco tiempo puedes llegar á general porque de ménos nos hizo Dios; y hombres hay allí que valen mucho ménos que tú, y son lo que quieren, lo que les dá gana.

Aquí llegaban en su conversacion cuando D. Amrosio se detuvo. Habia visto venir al *Pater* por la acera de enfrente persiguiendo el carro del mendigo.

—Es mi padre que regresa de la puerta del templo, observó Juan.

—Es tu padre? Es tu padre aquel desgraciado? Y aquella niña que tira del carro?

—Mi hermana.

—Pues, hijo, ¡para que veas lo que es la miseria!.. Allí tienes á tu hermana perseguida por aquel hombre que no la dejará á sol ni á sombra hasta que la pierda.

—¿Qué dice V. señor? El que viene detrás del carro es un señor sacerdote....

—Ríete de cuentos ¿No ves? Fíjate. Mira como la besa.... Mira como la ofrece dinero....

—Oh!....

—Tranquilízate y observa. Ahí le tienes... saca el portamonedas.... dice que no tiene dinero suelto... Invita á la niña á que le acompañe á casa.. ¿Qué tal?.... Eh?....

—Deje V., deje V. que me entere!.... Oh! ¡Imposible! ¡imposible!

—Chist! silencio!... No quiero que ese hombre nos oiga. Aguarda, y le cazarás á tiempo. ¡Héle ahí! Está esperando que salga tu hermana. Oh! Le ciega la pasion y por eso no nos vé... La niña sale.. él sonríe... echan á andar. ¡Esta es la ocasion! Vete y vuelve. Yo te espero.

Todo esto habia ocurrido cuando Juan pudo salvar la distancia que le separaba de la puerta de su casa é increpó como hemos visto la criminal conducta del *Pater*.

Obediente Maria á las indicaciones de su hermano, cuyo lenguaje no comprendía, volvió al lado de su padre, mientras el sacerdote que habia escuchado á Juan sorprendido, comprendiendo que habia sido cazado en la trampa, bajó la cabeza y sin replicar palabra se metió en su casa.

—Sí, váyase V. mal sacerdote; pero no crea usted que esto ha de quedarse así... ¡Seducir á las niñas de los pobres! Mañana nos veremos ante el juzgado!

Despues de esto Juan se dirigió paso á paso en direccion á D. Ambrosio que le esperaba.

—Vamos á ver, ¿te obstinas aún en no aceptar mis proposiciones?

—No, señor. ¡Acepto!

—Haces bien! Solo así puedes conjurar la miseria de tu casa que, como ves, puede ser la deshonor de tu familia.

D. Ambrosio y Juan se separaron prometiendo volver á tratar definitivamente del asunto que habia de dar por resultado el embarque de Juan para el Norte.

Al día siguiente de estos sucesos uno de los juzgados de la Coruña entendia en una causa sobre conato de estupro á instancia de Ignacio Comba, padre de Maria.

VII.

Tal era el estado de las cosas cuando comienza nuestra historia.

Don Ambrosio Paniagua y el *Pater* habían recibido una nueva remesa de dinero y continuaban su propaganda con el sigilo y la cautela que exigía un asunto de tanta gravedad,

Ya los hemos visto reunidos en su casa, haciendo el balance mensual de cuentas y tratando de justificar del mejor modo posible la inversión de unos fondos que no siempre eran religiosamente consagrados al objeto que se les señalaba.

Y es que ambos emisarios, si como depositarios de la confianza de D. Carlos podían, previa la asignación que éste les había señalado, resignarse á desempeñar oficios para los cuales contaban con la sagacidad truhanesca y la hipocresía de las almas

viles; como hombres tenían sus pasiones y sus neccidades, y con tal de halagarlas y atenderlas, lo de mónicos era cometer una estafa que á la corta ó á la larga había de pasar desapercibida al gobierno económico de su rey y señor, como pasaban tantas otras de mayor calibre.

—El cura Santa Cruz, se decian, ha comprado el año pasado una casa en Bayona y acaba de adquirir otra en Sille por 200.000 francos. Y qué era ayer? Un miserable párroco de Hernio.

Pues ¿y el conde del Pinar, triste secretario de una junta foral de Vizcaya, [elevado de la noche á la mañana á Ministro de Hacienda de D. Carlos? Hoy tiene 9.000,000 en el Banco de Lóndres y un palacio en París, cuyo alquiler le produce 12.000 duros de renta.

Pasando de este modo revista á todos y cada uno de los servidores del Pretendiente, y analizando con la seguridad del que conoce el terreno el origen de las fortunas improvisadas al calor de su nombre, el teniente coronel de las filas carlistas, y el esculapio se creian autorizados para dar á los fondos el destino más adecuado á su capricho, procurando, sin embargo, que en los estados de fin de mes apareciesen convenientemente invertidos.

Tenian una mina de poderoso filon que ellos sabian explotar como mejor les parecia.

Para esto ni el *Pater* ni Paniagua necesitaban consultar á su conciencia.

Blen es verdad que no la poseian.

El balance del mes de Julio habia sido funesto para ambos.

Hasta allí cada uno habia trabajado por su propia cuenta con entera libertad, y aparentando un excesivo celo por los progresos de la causa que defendian.

Pero en el balance de Julio se habian notado desfalcos y robos; los dos administradores se habian erigido en fiscales, se habian acusado, habian censurado sus propias gestiones, y desde aquel momento la independencia mútua de sus trabajos era insostenible y debia ceder el campo á la inspeccion minuciosa de los actos del uno por el criterio libre del otro.

¿Era esto posible?

La autoridad supone ley, y allí nadie podia invocarla porque nadie la conocia.

¿Qué autoridad podia tener el *Pater* sobre D. Ambrosio ni D. Ambrosio sobre el *Pater*?

Si D. Ambrosio derretia en el juego el dinero que debia dedicar á la recluta, el *Pater* consagraba al soborno de la infancia y al sobreseimiento de una causa de estupro, valiéndose de la insaciable avaricia de una curia venal, dispuesta siempre al cohecho, el que debia invertir en alocuciones político-religiosas.

Asi es que, conociéndose como se conocian, ni D. Ambrosio podia someterse al *Pater* ni el *Pater* á D. Ambrosio, sin reconocerse implícitamente una superioridad que en punto á moral estaban muy lejos de concederse el uno al otro.

Ambos eran dos piratas en tierra; dos merodeadores, entre los cuales no podia haber otro lazo de

union que la mútua responsabilidad de sus asaltos y pillajes.

Su situacion, por consiguiente era cada dia más difícil. Comprendiéndolo así D. Ambrosio, á la mañana siguiente de realizar el balance de que hemos hablado levantóse más temprano de lo que tenia por costumbre y se dispuso á pasar á la habitacion de su amigo con objeto de despertarle y celebrar con é una importante conferencia.

—Ahora, pensaba D. Ambrosio Paniagua mientras daba una mano de cosmético á sus largos mostachos grises—ahora estará durmiendo como un bendito, ageno completamente al golpe que le espera. Miserable curilla! Atreverse á pedirme cuentas á mí de lo que á él no le importa... ¿Se las pido yo á él por ventura? ¿Me meto yo en averiguar su conducta y mucho mécos en censurarle sus descuidos administrativos? Y sin embargo tanto derecho tengo yo como él, que quiere echárselas de apoderado inteligente y celoso. ¡Yo le daré su celo y su inteligencia! Diantre, diantre ¡pues no faltaba más!... ¿En qué pais vivimos?

Nada, le hablaré muy claramente: Estoy dispuesto á trabajar por mi propia cuenta, sin que nadie se meta en si lo hago bien ó si lo hago mal. De una manera ó de otra él no ha de responder por mí. No quiero comanditas cuando se trata de intereses... El diablo las carga... y ese mozo tiene vicios que á mí mismo me deshonorarian. El mejor dia comete un crimen de los que hasta ahora le han salido bien, me lo trincan, la curia se apodera de la caja y yo me quedo en la calle tomando el fresco... No quiero

compromisos, no, señor. Hacienda, tu Jueño te vea. Le reclamaré la mitad de los fondos existentes, encomendados á mi gestion, y yo sabré dar cuenta de ellos. Y lo de Juan Palomo: yo me lo guiso, yo me lo como.

Si ese imbécil de Cárlos no fuese tan dado á las sotanas más cuenta le tendria. Y es lo que yo digo: la causa carlista se ha de perder en España por los curas. Quieren meterse en todo y ellos no sirven más que para tocar el violon, ¿Qué ha de resultar de un estado de cosas en que los curas zascandilean por todas partes? El *ejército de la corona* no ha ganado una solá batálla desde que aparece en la historia. Sus barbaridades levantaron contra el principio de autoridad los pueblos de la edad media y su ambicion trajo sobre España siete siglos de guerra que empieza con la traición de un obispo y acaba con el establecimiento de la inquisicion en que tostaron á mi abuelo. Luego se mezclan en las comunidades y las comunidades mueren en Villalar y en Simancas, en el tajo y en la horca. Quieren defender la monarquía absoluta y nos traen á España 100.000 franceses amamantados en el seno de la revolucion que dieron al traste con el reinado da Fernando VII y no evitan el reinado liberalprogresista de su hija. Traen de asesinar á ésta, y Merino se deja ahorcar como un santo en Madrid, cuyos habitantes van á aventar sus cenizas junto á las tapias del cementerio general. ¡Ni para regicidas sirven! Quieren luego consolidar el trono de Francisco II de Nápoles y lo pierden; quieren hacer lo mismo con el imperio de Maximiliano y dejan que Juarez lo fusile y ama-

se con su sangre los cimientos de una república; quieren declarar infalible al Papa y el Papa pierde el poder temporal y se declara prisionero de Victor Manuel ¡Si tuvieran vergüenza no saldrian de la sacristia! En hora buena que conspiren y que suelten por la boca, desde el púlpito, todos los sapos y culebras que se les antoje: no me importa. Pero esto de que han de querer mandar más que los militares; servir de consejeros del rey en la corte y de generales en el campo; esto de que sean ellos los preferidos, los niños mimados en todas partes, y sobre todo, esto de venirme á reprender á mí y á decirme que soy esto y lo de mas allá.... ¿quién? un curita que no sabe donde tiene la mano derecha.... No, francamente, no lo aguanto.

Como se vé Paniagua poseía algunas nociones de historia, que él, llevado de su ódio al clero, no perdonaba ocasion de recordar, aunque como sucedía en este caso, no encajasen completamente dentro de la tesis que trataba de defender.

Pero ese ódio en él era tan grande, tan cordial, si cabe la palabra, que muchas veces tomaba la parte por el todo, el detalle por el conjunto, y en el exceso de su saña, cometía anacronismos sensibles que envolvian graves injusticias históricas, y que en realidad no debian recaer en desprestigio del clero.

Paniagua no entendía una palabra de filosofía, de la historia, ni estaba acostumbrado á sorprender el espíritu de las cosas.

La pesca de la verdad—permitasenos el simil— es como la de la perla. Para ésta necesita el buzo descender al fondo de las aguas, perderse en un la-

berinto de vegetaciones submarinas y distinguir entre mil semejantes, el molusco en cuyo centro se ha formado la concrecion de la perla, esa hermosa enfermedad de los testaceos, oportunamente comparada á la viruela.

Para aquella se necesita un criterio poderoso que supla al pulmon del buzo; y tras el maduro exámen de los hechos levantar de entre mil errores confundidos, aquel bajo cuyas apariencias se oculta la verdad que se persigue.

Porque como la perla en la concha, la verdad suele estar siempre dentro del error.

El criterio de Paniagua no era todo lo resistente para un trabajo de esta índole, y por eso discurría como hemos visto.

Así que acabó de atusarse los bigotes, sacó la petaca, encendió un cigarro y se dirigió á la habitacion del *Pater*, decidido, segun él mismo ha dicho, á reclamar la mitad del capital y trabajar separado de la fiscalizadora tutela de su correligionario.

El *Pater* tenia su alcoba en el fondo del gabinete consagrado á despacho, y estaba separado de éste por dos puertas — vidrieras revestidas de visillos blancos.

D. Ambrosio penetró en el gabinete que estaba á oscuras, se dirigió á la ventana que daba á la calle y abrió de par en par las maderas.

—Como, truhan, dijo mientras hacia esta operacion y dirigiéndose en alta voz á su amigo, para despertarle— ¡Las ocho de la mañana y esto cerrado todavía? ¡Ese es tu interés por el cumplimiento de tus deberes!

Abiertos los entrepaños de la ventana, el gabinete se inundó de luz, y don Ambrosio se encaminó hacia la alcoba, cuyas vidrieras permanecían cerradas.

—¿Acabarás de dormir? volvió á exclamar tosiedo fuerte y adoptando una actitud dramática como quien tiene que habérselas con otro.

Y luego levantó el picaporte, abrió una de las vidrieras y se introdujo en la alcoba.

La cama del *Pater* estaba vacía, intacta.

—Hola... ¿Se ha levantado ya, ó es que no se acostó? exclamó asombrado paseando una mirada escudriñadora por la habitación.

—¡Caila! Ha descolgado de la percha toda su ropa... Aquí no está el baul ni la maleta... ¿Si habré soñado alto esta noche... y habrá madrugado más que yo?

Tendría que ver que se me hubiese escapado con el dinero. Ah!... Pero no, allí está la caja, sobre la mesa de despacho. Lo que es la imaginación; ya estaba pegando á ese hombre cuatro tiros por infame... Traerá entre manos alguno de sus trapicheos...

Durante el anterior monólogo, el semblante de don Ambrosio había pasado sucesivamente del color moreno al negro, del negro al rojo y del rojo al pálido, y un temblor de ira agitaba todo su cuerpo, que iba calmándose á medida que sus ideas se serenaban con la esperanza de recobrar los fondos que ha poco creía perdidos.

En tal estado, salió de la alcoba y avanzó en dirección á la mesa del despacho.

En uno de sus ángulos se levantaba un cofrecillo

de hierro de alguna extension, cuya llave se colocaba siempre en una taquilla próxima.

D. Ambrosio registró con avidez la taquilla, dió con la llave y la metió en la cerradura del cofre.

—Por lo que pueda importar, retiremos religiosamente la mitad de las existencias, dijo á media voz, y luego continuó como refiriéndose al *Pater*: serás un santo, pero no te creo....

Y abrió el cofre.

D. Ambrosio dió entónces un puntapié en el suelo, é hizo un gesto de suprema desesperacion.

El cofre no contenia nada.

Unicamente habia en su fondo un papel manuscrito.

D. Ambrosio lo cogió entre sus manos crispadas y leyó:

«Coruña 1.º de Agosto de 1875.

Amigo mio y correligionario: una de mis grandes fatalidades es la de conocer, sin pretenderlo muchas veces, á simple vista la gente con quien trato. Va á hacer un año que D. Carlos me puso en relaciones contigo. Figúrate, pues, si habré tenido tiempo de conocerte y estudiarte! Hace algunas horas tú y yo hemos sostenido un pequeño altercado y recuerdo que me amenazaste con una delacion cuando te corregí amistosamente un abuso que te permitías con un dinero por todos conceptos sagrado. La posibilidad de que esa delacion se realice, porque en tí una amenaza es la vispera de un crimen, y por otra parte, la noticia del proceso que se me ha formado y que hoy preocupa á toda la Coruña, dificultan gran-

demente mi permanencia en este pueblo, del cual pienso alejarme muy pronto.

Las necesidades de mi viaje han de ser muchas, y tanto para atender á ellas cuanto para evitarte responsabilidades, he resuelto alijerar el cofre en que hallarás esta carta, llevándome los treinta mil duros que constituyen la segunda consignacion que nos hizo D. Carlos, deducidos los gastos ocasionados en el pasado mes.

Tuyo de corazon

PATER.

P. D.

Como yo no estaré tranquilo hasta que te vea seguro y disfrutando de los altos premios á que tus méritos te han hecho acreedor, he creído oportuno, adelantándome á haer en tu obsequio lo que tu quisiste hacer en el mio, denunciarte al gobernador civil de la provincia como agente carlista y jefe de la recluta en todo el reino de Galicia, ántes de abandonar este pais.

Y échame un galgo.»

—Ah belitre! exclamó D. Ambrosio despues de leer este procaz documento.—Ah, bandido! ¡Canalla! ¡Infame! Y yo que te creía dormido, ladron, mal endjendro, cobardel Olfateabas un asalto, y eso que tenias aplastadas las narices como tu alma. ¡Asesino!.. Sólo tú pudiste haberme engañado!

Paniagua estrujó el papel entre sus manos y se dejó caer sin aliento en uná silla.

Su rostro se habia cubierto de una amarillez mortal.

Sus ojos brillaban como dos centellas.

Estaba feroz, violento, convulsivo.

Trascurrieron algunos segundos, durante los cuales solo se oía en la habitación su resuello precipitado, y el estridente castañeteo de sus mandíbulas agitadas por movimientos de cólera.

De pronto se escucharon pasos en la sala.

—Quién vá? gritó D. Ambrosio fuera de sí, echando mano á la cintura segun la costumbre militar tan arraigada en él, pero buscando en vano con que defenderse.

—No hay que asustarse, contestaron á un tiempo dos agentes de policia que habian penetrado en la casa con el mayor sigilo. Es cuestion de un tiro si V. se mueve.

Y ambos le amenazaron con sus rewolveres.

—¿A quién buscáis aquí, zopencos?

—A Vd. Vd. es un *carcunda* y tenemos orden de conducirle á la cárcel.

—Siempre haceis lo mismo. Dejais la carne y os roeis el hueso. Bárbaros, ¿porque no habeis venido anoche, y os hubierais aprovechado de treinta mil duros?

D. Ambrosio se puso á merced de los agentes, y éstos le condujeron á la cárcel por primera providencia.

VIII.

Al día siguiente del suceso que acabamos de narrar, era objeto de todas las conversaciones en la Coruña, la noticia de haber sido sorprendido y reducido á prision el agente carlista D. Ambrosio Paniagua, á quien se le habían ocupado entre otros documentos, varios despachos de oficiales del ejército rebelde, firmados por D. Carlos y una lista de individuos reclutados por soborno, comprensiva de las cantidades que les habían sido ofrecidas y de los puntos en que debían prestar respectivamente su servicio.

La noticia, detalladamente publicada por los periódicos de la localidad que, digámoslo para honra suya, reprobaban sin excepcion, y del modo más enérgico este hecho escandaloso, produjo, como era consiguiente la mayor indignacion en todas las clases sociales y en especial en el pueblo trabajador y

honrado, cuya sencillez acababa de ser tan cobardemente sojuzgada.

Como sucede siempre, el suceso corriendo de boca en boca, se exajeraba, se abultaba y llegaba á tomar proporciones gigantescas, sin que por eso se desnaturalizase.

Gentes habia que al saber que se trataba de la prision de un carlista, no se contentaban con darle este nombre, sinó que para hacer más interesante y más heróico el hecho, aseguraban que el preso era D. Cárlos, cosa disculpable en los pueblos que, como el Coruñés, se han distinguido siempre por su implacable ódio á la causa que aquel nombre representa.

Pero ello es que la infame traicion del *Pater* denunciando á Paniagua habia producido los efectos que aquel saboreaba de antemano al trazar la *post-data* de su carta, escrita como se habrá adivinado desde luego, inmediatamente despues de haber tenido lugar las explicaciones con D. Ambosio y que este, sujeto por de pronto á un expediente gubernativo, era el blanco de las iras populares, horas despues de su detencion.

Para que así se comprenda, necesitamos trasladarnos á la barraca de Ignacio, en la mañana siguiente al de la partida de su hijo.

La barraca de Ignacio, heredada de sus abuelos, constaba de un solo cuerpo, y se dividia en tres pequeñas habitaciones; dos de estas colocadas á ambos lados de la puerta de entrada y destinadas á dormitorios, y la restante, en el fondo, dando frente á la calle, destinada á cocina.

La humedad constante que se desprendia del

piso, que era terreno, y el frío que penetraba por las grietas de sus ruinosos muros hacían peligrosa bajo el punto de vista higiénico la permanencia en aquel recinto de todo ser viviente y acaso habían contribuido no poco á la muerte de la mujer de Ignacio y al progresivo y rápido desarrollo de la horrible enfermedad que éste padecía.

Por lo demás el mobiliario de la barraca quedaba reducido á un jergon en cada dormitorio, un escaño junto al fogón y algunos pucheros de madera y barro enmohecidos que adornaban la espetera de la cocina.

Lo mismo la techumbre de éste, que la de los otros departamentos, desaparecían casi del todo tras una confusión de redes y remos viejos, lonas y cables rotos, colocados horizontalmente y sostenidos desde las vigas por ristras de ajo desgranadas, que constituyen en Galicia las cuerdas de los pobres.

Perdientes de las paredes veíanse algunas pieles disecadas de pescados deformes, haces de bocinas de caracoles marinos y retazos de tela tricolor plegadas sobre astas quebradas que acusaban restos de banderas nacionales salvadas acaso del naufragio en las borrascas equinocciales del mar.

¡Sagradas panoplias, timbres brillantes de esos oscuros héroes del trabajo cuyos nombres no se graban en mármoles ni bronce, cuyas luchas no cantó ningún Homero, y cuya esclavitud no redimió ningún Mesías!

Tal era en conjunto, el interior de la barraca que hasta ahora no hemos tenido tiempo de examinar.

A la sazón, Ignacio acababa de curarse con el

auxilio de su hija las infinitas heridas que dilaceraban sus carnes y decía sacando su cabeza completamente vendada fuera de la manta que le cubría:

Gracias, hija mía, gracias. Tú eres la única que lo me abandonas, la única que sientes mis dolores. Has mudado las hilas de mis llagas sin causarme tormento alguno. ¡Alabado sea Dios! Parece que quedé en la gloria...

—Está usted á gusto, padre?

—Sí, María, ya puedo sosegar un poco. Ah! Estas heridas del pecho y de la cara no me dejaban respirar, no me dejaban quejarme siquiera. ¡Bendita seas mil veces, hija mía!

A estas palabras sucedió un momento de silencio.

Debemos advertir, por muy molesto que nos sea descender á detalles que sobre repugnantes pudieran parecer de poco interés para el conjunto de nuestra historia, que aunque Ignacio había perdido en el hospital la mayor parte de sus órganos invadidos por el cáncer, entre los cuales figuraban los de la vision, los labios y aún parte de la lengua; podía sin embargo, aunque con gran trabajo, articular palabras que, si por cierta eufonía gutural y cavernosa con que las emitía, resultaban ininteligibles para todos, no lo eran para su hija que acostumbrada á oírle, había logrado habituarse á su metal de voz, si puede llamarse así el ruido que resulta de una violenta contracción del epigastrio ejerciendo presión sobre una laringe carcomida, para formular sonidos.

Estaba la pobre niña tan identificada, tan adherida por los brazos del amor filial, tan cerca, en una palabra, de aquella existencia miserable, de aquella

perpétua agonía, que aún sin escucharle, María hubiera comprendido el deseo más recóndito de su padre por el solo latido de sus heridas, bien así como se reconoce el corazón en las palpitaciones del pecho.

No es, pues, de estrañar, y antes por el contrario, parece natural que el desgraciado Ignacio, para quien en la tierra no había una esperanza, ni un consuelo, tuviese en su hija, que al fin era carne de su carne y alma de su alma, un sér que le amase, le consolase, y comprendiese.

—María, volvió á decir Ignacio despues de exhalar un profundo suspiro. Dame ahora un poquito caldo del que sobró anoche porque tengo hambre. Ya sabes como me lo has de dar... mojado el hisopo de trapo y aplicándolo despacito, muy despacito á la llaga de la garganta. De otro modo no puedo aprovechar el alimento.

La niña se levantó, dirigióse á la cocina y volvió al poco rato con una escudilla llena de un rancio brévaje que habia sido condimentado el dia anterior.

En seguida se acercó al lecho de su padre y humedeció con algunas gotas su garganta horadada por todas partes.

El enfermo parecia animarse á medida que el hisopo de trapos y estopa recorria los bordes de sus irritadas llagas sobre las que dejaba algunas gotas de caldo que eran absorbidas con ánsia, desapareciendo en las sangrientas fosas de su exófago.

—Basta, no me des mas, María. Ahora bésame, ya que yo no puedo besarte. ¡Dios mio! que triste es para un padre querer besar á su hija y no poder; querer

abrazarla y no tener brazos, querer mirarla y no tener ojos!....

Maria levantó un apósito del pecho de su padre é imprimió un beso sobre su corazón.

—Quisiera dormir ahora, pero no puedo. No se aparta de mi cabeza la idea de la partida de Juan. ¡Abandonarnos así á los dos de la noche á la mañana sin decirnos siquiera á donde va! El, que era la ayuda de esta casa, mi única esperanza, tu único escudo! Si al ménos estuviere Lucas á nuestro lado.... Pero este ha muerto, ha muerto en la guerra.... Yo bien sabia que nos lo iban á matar.

—¿Quién sabe, señor; quién sabe? Aun no tenemos noticias ciertas.

—Si, es verdad, pero tres años sin escribirnos.... tres años sin acordarse de su padre...

Aquel soldado licenciado que nos dijo hace poco que vivía, que estaba en Guetaria, acaso nos engañó. ¡Qué desamparo el nuestro! Todos nos abandonan, todos nos dejan cuando no servimos para nada. Ayer aún tenias tú quien defendiese tu honor, pobre hija mia, de las asechanzas de un mal hombre, y yo quien atendiese con su trabajo á mis necesidades... ¡Ahora, nada! No nos queda nada á que volver los ojos; ¡ni ojos siquiera para volverlos á ningún lado!

Ignacio entónces se revolvió dentro de la manta que le cubría, en una convulsion horrible. Se oían crujidos de huesos y desgarramiento de tendones, estridores de nervios y silbidos aflautados de aire que invade vasos y arterias.

Era que Ignacio lloraba.

—Padre, padre mio, no lllore V., no lllore V. por

Dios, si no quiere V. que tambien yo llore. Ya sabe V. lo que dijo el médico la última vez que estuvo á verle, hizo ayer ocho dias. Me encargó que no se pusiera V. triste, porque la tristeza irrita los humores; sí, esto mismo dijo, lo recuerdo bien. No llore Vd., padre. Juan se marchó, es verdad; pero nos ha dejado algun dinero y dijo que se iba en busca de más porque con la lancha no se gana nada. Juan es muy bueno y nos quiere mucho. Ya verá V. que pronto se acuerda de nosotros.

—Para qué queremos su dinero? Qué me importa á mí su dinero? El que anoche nos dejó y con el cual comeremos unos dias, es para mí un veneno porque no sé en que pudo haberlo ganado. Yo he de morirme muy pronto, y el dinero ya no me hace falta. Cuanto más pobre mejor, porque más pronto tendrán fin mis males. Pero tú, Maria... tú que te quedarás huérfana y sin amparo cuando todavia eres una niña... ¿qué va á ser de tí? ¿Quién te pondrá á cubierto de la miseria y de la deshonra que es peor que la miseria? ¿Quién desafiará entónces con mi barquilla las tempestades del mar? ¿A quién irá á parar la choza en que nacieron mis abuelos? No, no quiero dinero, quiero á mis hijos que me abandonan, quiero á mi Juan que es ya el único varon que me queda.

—Bueno, bueno; pero no se aflija V. porque sino nunca se pondrá bien.

—Yo bien.... ¡Ay! No tengo ya esperanzas....

—Pues yo, mire V., las tengo. El médico nunca me dice que V. se morirá.

—La muerte nunca avisa, hija mia: teme que le

arrebatan su presa. El mejor día me llamarás y no te responderé porque habré muerto.

—Pues no se cura el cáncer?

—Ya ves como me lo han curado; aserrándome y llevándose mis pedazos.

—Y eso qué importa? Ya le nacerán á V. otros.

—Eres muy niña, Maria, y por eso dices esas cosas.

—Pues los árboles crecen aunque los cortan.

—Sí, pero eso es porque Dios hace milagros con los árboles. ¡Los hombres somos menos que los árboles!

—Pues no debia ser así.

—¿Qué sabemos nosotros de todo eso? Aquí no hay más que dejarse cortar y dejarse morir poco á poco.

Hasta aquí llegaban padre é hija en su conversacion, cuando un nuevo personaje penetró en la estancia.

Era otro marinero vecino y amigo de Ignacio que á la sazón traía un periódico en la mano.

—¿Con que tu hijo era carlista, Ignacio? ¿Y tú te atreviste á aconsejarle que se fuese? ¿Cómo permitiste esta iniquidad, tú que eras ántes más liberal que Riego? exclamó con ira el recién llegado apenas penetró en la habitacion del canceroso, mientras clavaba en él miradas terribles y coléricas.

Ignacio que conoció por la voz á su amigo, dejó escapar un espantoso grito al escucharle.

Acababa de explicarse la misteriosa desaparicion de Juan del modo más vergonzoso para él y más inesperado.

•¿Qué? te sorprende que tus amigos la sepamos?

¿Querías tenértelo oculto para evitar una vergüenza? Pues te salió al revés; toda la ciudad lo sabe y pronto lo sabrá toda España. Tu hijo, el hijo de Ignacio Comba, nombrado teniente del ejército de ese arenque de Carlos *Chapa!* Y su padre consintió esta ignominia! ¿De qué te han servido cincuenta años de mar, sino aprendiste á tener hijos liberales? No te pongas á ahullar debajo de esa manta... lo que tú has hecho dejando marchar á tu hijo es una picardía, y esas picardías no te las enseñó el mar, que cuando hace algo lo hace muy noblemente y levantando siempre la cabeza, ¡porque puede!

Ante estas terribles acusaciones Ignacio parecía desesperarse y hacia esfuerzos supremos para formular en una sola palabra todo el dolor que sobre los que ya tenía le proporcionaba aquella triste nueva.

Maria que comprendió el estado de su padre acercóse á él y le rogó nuevamente que no se violentase por nada.

Ignacio dirigió algunas palabras á Maria y ésta reveló al forastero todo cuanto sabía acerca de la partida de Juan.

El marino entónces, deponiedo el airado tono en que hasta etnónces se había expresado:

—De modo que Juan, continuó, se ha ido sin decirnos á dónde? Pues aquí está *El TELEGRAMA* que os lo va á decir inmediatamente. Pobre Juan! ¡Lo han engañado, sin duda!

Y desdoblándole el número del periódico que traía en la mano, leyó el siguiente suelto puesto á continuación de la noticia en que se daba cuenta de la captura de Paniagua:

«Entre los individuos reclutados últimamente en Galicia, que debieron haber salido ya de uno de nuestros puertos, merced á la alevosa gestion del cabecilla á quien nos hemos referido en la noticia anterior, figura Juan Comba que á juzgar por una nota puesta al márgen de la lista en que aparecia suscrito, debe ser hijo de esta poblacion y de oficio bate-lero.

»Averiguaciones hechas en la sumaria gubernativa que se instruye al detenido, hacen suponer que éste ha proporcionado al Comba un despacho de teniente y algún dinero, señalándosele el puerto de Bermeo (Vizcaya) por punto de residencia.

»De desear sería, dada la impunidad con que vienen realizando esta y otra clase de alijos los eternos perturbadores del órden, quienes como es sabido reciben por la costa Cantábrica siempre que se les antoja, armas, dinero y hombres, que nuestra escuadra redoblase su vigilancia para impedir este criminal abuso, ó se retirase á los puertos cediendo el camp al enemigo.»

—Ya lo veis, volvió á decir despues de la lectura el vecino de Ignacio—ya lo veis. Juan está en Bermeo, puerto de la costa que yo conozco mucho, situado entre Guetaria y el cabo Machichaco.

—¿Está cerca Guetaria, señor? preguntó Maria.

—Si, cerca de Guetaria, solo que Guetaria es de Guipúzcoa y Bermeo de Vizcaya.

—Pues entónces, padre, continuó la niña dirigiéndose al enfermo que la escuchaba, si Lucas está con su batallon en Guetaria y Juan en Bermeo, Lucas y Juan están cerca el uno del otro.

—¡Sí María, sí,.. articuló el desventurado Ignacio.—cerca el uno del otro, sí, ¡pero luchando los dos en opuestos bandos!.. Oh! Sólo me faltaba esta amargura que apurar, sólo me faltaba este suplicio, Dios mío!

El vecino se enteró del estado de Ignacio y salió.

Cuando el padre y la hija quedaron solos, dijo Ignacio:

—María, recoge el dinero que te ha entregado Juan, cóselo á tu justillo y vuelve.

La niña obedeció. Cuando terminó esta operación.

—Llévame al carro, María, volvió á decirle su padre.

María levantó del gergon con gran trabajo aquel monton de fragmentos humanos, y los colocó dentro del carro,

—Ahora, vámonos de aquí, hija mía; cuando hayamos salido, cierra la puerta de la barraca y guárdate la llave.

—Pero, á dónde vamos, padre?

¡A la guerra, María, á la guerra! Voy á colocarme entre mis hijos, puestos el uno frente al otro; voy á morir en paz después de decirles: «no os asesineis, no os destruyais, no hagais que mis cenizas se avergüencen de haberos enjendrado» Dios nos dará resistencia para llegar hasta ellos, porque Dios no es un lobo y los lobos dejan algun resto de sus víctimas.

María recogió la cuerda que servía para tirar del carro, salió de la barraca, cerró la puerta, dió vuelta á la llave que guardó en su seno, y haciendo rodar el vehículo se alejó con su padre aquel mismo día de la Coruña.

Su peregrinacion debia ser por tierra y por consiguiente tenian que atravesar Galicia y Castilla ántes de llegar al teatro de la lucha.

No les sigamos en esa titánica jornada. Ni nuestro corazon ni nuestra pluma podrian seguirles aunque quisieran. El poema de los héroes necesita ánimos heróicos y el nuestro desfallecería ántes de embozar todo el sublime horror, todo el magestuoso martirio de una empresa que sólo se concibe cuando el que la realiza es un padre.

Por otra parte hay algo de extraordinario y sorprendente, algo de maravilloso é inverosímil en las grandezas de los pequeños. La oruga, de paso torpe y oblicuo, trepando á la hoja del árbol y lanzándose desde allí transformada en mariposa á la ilimitada region de los aires; el caracol arrastrándose en evoluciones pesadas y tardias y logrando tras un trabajo lento y penoso dominar la colina y embriagarse en el calor de las rayos solares ántes de que éstos iluminen la morada de los poderosos de la tierra; la araña tejiendo, la abeja edificando; la flor sintiendo, todo esto no ha pasado de ser fenomenal dentro de la naturaleza, y si la ciencia lo explica, el corazon lo rechaza.

Dejemos, pues, á Ignacio y á su hija aventurarse en una excursion superior á sus fuerzas y á su aliento. Acaso perezcan ántes de llegar al término de su viaje; acaso la muerte que les sigue de cerca acorte su jornada y termine compasiva un suplicio sin precedente en la vida de los seres sensibles

Nosotros tambien nos vemos precisados á hacer una larga caminata.

Despidámonos de Galicia.

Estamos en Bermeo, algunos días después de las últimas escenas.

Bermeo es un pueblo de pescadores situado en la costa cantábrica y enclavado en los límites de la provincia de Vizcaya.

No obstante, su proximidad al golfo de Gascuña y el haberse apoderado de él los carlistas, le ha hecho desempeñar un importante papel durante la última guerra.

Era el punto elegido para verificar el desembarque de cañones procedentes del extranjero que los legitimistas ingleses y franceses regalaban ó adquirían para D. Carlos, no obstante la activa vigilancia que hacía este puerto de la costa ejercía la escuadra del Gobierno.

Pero los carlistas sabían burlar todas las persecu-

ciones de sus enemigos con una audacia que no tiene ejemplo.

En prueba de esto, vamos á citar un hecho muy significativo.

Habian sido batidos en Estella los carlistas con tan mala fortuna para su causa que hubieron de comprender la necesidad de mejores armas que las que hasta entónces habian usado, procedentes en su mayoría de aprehensiones hechas á los liberales. En este estado, D. Carlos escribió á su amigo Mr. William Jefferson, capitán de la marina americana rogándole que por cualquier medio recogiese en la casa J. G. y Compañía de Boston y pusiese en Bermeo veinticuatro cañones que acababan de comprarse, indicándole al mismo tiempo si podria en lo sucesivo encargarse del transporte y desembarque de las armas que se adquiriesen en el extranjero.

Jefferson aceptó desde luego este encargo, exigiendo 10.000 dollars por cada uno de sus viages; recogió las cuatro baterías que se le indicaban, y despues de verificar un depósito de 100.000 dollars, á que ascendía el valor del cargamento, se embarcó en Boston, en el vapor *London* con cuatro pilotos vizcaínos y un jefe carlista.

Iba á partir el vapor cuando un agente del Gobierno de Washington entregó á Jefferson una órden en la cual se le prohibia en atencion á haber sido reconocida la república española por el gabinete de la Casa Blanca, verificar embarques de armas con destino á los enemigos de nuestro gobierno.

Mr. Jefferson no se apuró por tan poco. Antes al contrario, adquirió tres piezas más de artillería de

montaña, grandes, de á 4, cargándose por la recámara, de acero comprimido y peso 160 libras con alcance de 6 kilómetros; y el 25 de Junio de 1874, salió de Boston con rumbo al imperio japonés, despues de haber obtenido por medio de un hermano suyo empleado en la secretaría de Marina una órden para ello.

Al cerrar la noche, el *London* que habia simulado un rumbo contrario al que debia seguir, desanduvo 6 millas N. E. de Boston y desapareció en direccion O.

El 5 de Julio por la mañana dió frente el vapor á la embocadura del Gironde. El jefe carlista en una pequeña lancha se dirigió á Arcachon; por la tarde llegó á Bayona y desde allí se embarcó para Bermeo, en cuyo punto debia verificarse el desembarque bajo la proteccion de cinco batallones acantonados en los alrededores y de ciento veinte lanchas embargadas. El 8 del mismo mes el *London* entre en Bermeo y verificó sin dificultad alguna el alijo, esquivando las celosas miradas de la goleta *Consuelo*,

Hasta aquí no se vé otra cosa que uno de tantos ardidés de guerra incesantemente repetidos en circunstancias análogas á las que hasta ha poco se dieron en España. Lo que hay de asombroso en este caso y que revela la audacia del capitán Jefferson hasta un extremo inconcebible, es que coincidiendo con la partida del *London* para la costa cantábrica, el gobierno de Madrid recibió un parte oficial del de los Estados-Unidos en que se le decia que éstos habian enviado un crucero á nuestros mares para evitar todo embarque de armas intentado por buques

americanos. El Presidente del Poder Ejecutivo, General Serrano, dió las gracias á Mr. Caleb-Cushing, embajador de los Estados- Unidos en Madrid y este, que no habia recibido aviso alguno de su Gobierno relativo al crucero, telegrafió á Washington, desde donde le contestaron que los Estados- Unidos no habian enviado buque alguno á las costas españolas.

Desde luego se comprenderá que este crucero no era otro que el vapor *London*, cuyo capitan habia logrado por mediacion de su hermano, poner á cubierto el cargamento de toda eventualidad.

Lo que pasaba con el *London* pasaba con el *Nieves* y con el *Elvire*, vapor mercante cuyo tráfico no nos es desconocido y que pretestando relaciones comerciales entre la Coruña y algunos puertos de Francia, recojia en Galicia á los jóvenes reclutas y los dejaba en Bermeo trasbordándolos en lanchas atracadas en las inmediaciones para no tener que pararse frente al puerto, haciéndose sospechoso á los buques de nuestra marina que vigilaban la costa.

La última excursion del *Elvire* procedente de la Coruña se habia llevado á cabo con toda felicidad, á pesar de los datos que para su apresion habia suministrado la prensa coruñesa.

Tomadas por su tripulacion todas las precauciones oportunas, á las pocas millas de Bermeo acortaron la velocidad del vapor y con el auxilio de sus lanchas y algunas otras salidas con anterioridad del puerto se realizó el desembarque de los jóvenes reclutados por don Ambrosio en Galicia. Verificada la leva, el *Elvire* continuó su rumbo y á toda máquina se dirigió á la frontera.

Quando los reclutas saltaron á tierra, lo primero que hicieron fué enterarse del punto en que debian inaugurar sus tareas militares. Preguntaron por el comandante de las fuerzas de Bermeo, y se dirijieron á su casa con objeto de hacer su presentacion y ponerse desde luego á sus órdenes.

Este vivia cerca del muelle en una hermosa casa solariega con miradores al mar, que por rara coincidencia era la misma en que habia nacido Alonso de Ercilla, inmortal autor de la *Araucana*, y tan pronto tuvo noticia de la llegada de los jóvenes gallegos les mandó pasar á un espacioso salon que servia de recibimiento.

—A la orden, mi comandante, exclamaron á la vez los reclutas tan pronto se vieron delante de su nuevo jefe, quien se presentó en la estancia precedido de un sargento y haciendo ostentacion de su deslumbrante uniforme azul con boina roja.

—Hola, muchachos! Creí que no acabábais de llegar... ¡Por vida de Dios! Ha tardado más esta remesa que ninguna de las anteriores. Por lo visto mi amigo Paniagua no se mata á trabajar. Hace bien. Algunas veces el que más pone más pierde. Vamos á ver, ¿cuántos sois?

—Veintiuno, mi comandante, repuso uno de los reclutas en nombre de sus compañeros.

—Pues lo dicho, mi amigo Paniagua hace todo lo posible por no darse malos ratos. Se conoce que le va bien en la Coruña. ¡Veintiun hombres: yo que esperaba ochenta para organizar una compañía!... Sargento, estienda Vd. la filiacion de estos indivi-

duos que deben pasar al segundo batallón de Artillería.

El sargento se dirigió á una mesa colocada en el fondo de la estancia, tomó una pluma y dispusose á cumplir la orden de su jefe.

—¿Cómo te llamas? interrogó el comandante á cada uno de los reclutas, mientras el sargento anotaba nombres en la lista.

—Pedro Muñíos, para servir á Dios y á Vd.

—Y tú?

—Gabriel Couselo.

—Y tú?

—Juan Comba.

—Y tú?

—Damian Piteliños.

—Y tú?

—Clodio Labandeira.

—Y t ?

—Felipe Lamela.

—Labandeiras, Couselos, Piteliños!.. dijo el comandante con un gesto de profunda ironía. No ha habido ningún gran guerrero que se llamase así. Vuestros nombres están reñidos con la guerra. Pero, en fin, aunque no sea más que para hacer bullo... algo es algo.

Cuando el sargento hubo anotado los nombres de todos, preguntó:

—Y ahora, mi comandante?

Ahora al cuartel con ellos. Que se despojen todos de sus ropas y que se vistan de uniforme. Golpe de rancho, golpe de instrucción, palo, y luego yo hare lo demás.

— Mi comandante, interrumpió uno de los alistados, sacando de la faltriquera un papel cuidadosamente guardado, permítame Vd. una observacion. Tengo aquí un despacho expedido por D. Carlos en que se me nombra teniente de su ejército. Me ha sido entregado al salir de la Coruña y en mi caso se encuentran casi todos mis compañeros.

Y esto diciendo, el jóven en quien el lector habrá reconocido á Juan Comba, puso en manos del comandante el despacho á que se habia referido

— Ah! Si, efectivamente, repuso el jefe faccioso, tienes razon... no habia caido en la cuenta. Pero es el caso que esto..... como si nó... Ha perdido todo su valor desde el momento que pusiste el pié en tierra. Estos nombramientos se expiden pero no se reconocen. ¡Pues no faltaba más! ¿A dónde iríamos á parar si así no fuera? Mientras se hace la recluta estos documentos son indispensables porque son necesarios... Despues... esto y un papel mojado viene á ser lo mismo.

Estas palabras pronunciadas por el comandante de las fuerzas de Bermeo con una sonrisa de desden irritante, fueron escuchadas con sorpresa por las reclutas, de entre quienes no tardaron en levantarse sordos murmullos de protesta.

— ¡Eh, que es eso? ¿Quién se atreve á levantar el gallo en mi presencia? ¡Cuidadito con la subordinacion! ¡A ver si saco el charrasco y os enhebro á todos de una estocada! ¡Habrás visto imbeciles?... Pues no quieren que se les reconozca el grado de teniente y no saben hacer el ejercicio. ¿Qué se os

ha engañado! Y á mi qué?... Precisamente no es otra cosa lo que se busca.

—Pero mi comandante, objetó el pobre Juan temblando como la hoja en el árbol ante la feroz actitud de su interlocutor, estos nombramientos están autorizados por D. Carlos... No es posible que dejen de tener valor, no es posible...

—Silencio! interrumpió el comandante montado en cólera.—¡Silencio, vive Dios! Cuádense ustedes inmediatamente!

Los infelices reclutas que no comprendían el significado de aquella orden miráronse unos á otros y quedaron mudos, consternados.

—Cuádense ustedes, volvió á decir el comandante cada vez más iracundo.

Pero nadie se movía. Unicamente inclinaron todos la cabeza en actitud humilde, creyendo interpretar así el mandato de aquella furia.

—Puesto que no quereis cuadraros, yo haré que se me obedezca.

Y comenzó á repartir bofetadas á diestro y siniestro, que todos recibían sin atreverse á respirar.

Viendo que este procedimiento no daba resultados porque los reclutas no se disponían á cuadrarse, el comandante sacó su espada de la vaina y arremetió con ella á sus víctimas.

—Por Dios, señor, por las ánimas benditas no no maltrate usted; suplicó Juan levantando la cabeza y dejando ver en su carrillo una herida de la que fluía un torrente de sangre. Si no nos cuadramos es porque no sabemos....

Estas palabras fueron entrecortadas por sollozso

—No os sabeis cuadrar? ¿No os sabeis cuadrar y quereis que se os den honores de teniente? Eh, eh, eh, repuso soltando una feroz carcajada el comandante carlista.

Y dirigiéndose otra vez al sargento continuó:

—Llévese usted esos *gallegos* lejos de mi presencia y no me los deje V. de la mano hasta que sepan bien el manejo del cañon.

—Muy brutos me parecen, mi comandante, para hacer bueno de ellos, dijo el sargento saliendo con los reclutas de la sala.

—Pues nada, ya lo he dicho: ¡palo! ¡Palo, hasta que sepan hacer la puarteria! Luego, si revienta el cañon y los deshace.... ¡á mí qué me importa?

Tal es el éxito obtenido en sus empresas por los ilusos jóvenes que atraídos con la esperanza de un porvenir brillante, ó por atender únicamente á las necesidades de su familia se dejaron seducir por las ofertas de los agentes secretos del carlismo y no vacilaron en aceptar empleos, cuyas credenciales cuando no apócrifas, resultaron sin ningun valor, una vez logrado el objeto apetecido.

X.

Desde aquel día Juan quedó destinado como se ha visto al cuerpo de artillería de D. Carlos, cuya academia estaba en Azpeitia.

La artillería carlista componíase en su totalidad de jefes procedentes del ejército liberal y de algunos oficiales franceses que vestían pantalón negro con franja encarnada, boina azul, blanca ó roja como la infantería y capote ó levita también negro con dos hileras de botones dorados en el pecho y granadas bordadas en el cuello.

Revestido Juan de este uniforme, leyéronsele los capítulos de la ordenanza militar recientemente aprobada en un consejo de generales facciosos y se le envió al cuartel.

El cuartel de Bermeo se hallaba establecido provisionalmente en una de las iglesias del pueblo; y

de las tres naves de que constaba, una había sido destinada á dormitorio de la tropa, otra á almacén de víveres y municiones, y otra á establo de acémilas y bueyes útiles para el transporte de material de guerra.

Separaban estos departamentos otros tantos tabiques de madera que arrancando del pavimento llegaban hasta las cornisas de las columnas centrales, dejando un espacio descubierto que hacía comunes á los tres recintos la bóveda principal del templo.

Por lo demás, el local destinado á cuartel ofrecía muy poco de notable. A derecha é izquierda, entrando, se veían largashuleras de camas improvisadas sobre un entarimado que recorría los cuatro ángulos de la nave, y en el fondo un pequeño pabellón en que se colocaban los fusiles y demás fornituras de los soldados,

Excepcion hecha de un púlpito que se levantaba en el centro y que servía de cantina, y de un altar arrinconado á la entrada, sobre el cual había un can Ignacio de Loyola de tamaño natural, nada se veía allí que hiciese recordar la iglesia de Jesu-vristo.

Cuando Juan penetró en aquel lugar, morada de Dios en otro tiempo, tan impiamente profanada ahora por los que se llamaban defensores de la religion, era ya de noche y un farolillo súcio colgado en medio de la galería, de la misma cadena tal vez que había sostenido la lámpara alimentada por la piedad de los fieles, estendía por todo el ámbito una luz opaca y mortecina.

A su débil claridad, Juan observó desde la puer-

ta del local á que se le destinaba, y al fijarse en la efigie del Santo no pudo ocultar un movimiento de miedo y de sorpresa. La escultura que se le presentaba de perfil y á pocos pasos, tenia un fusil echado á la cara, una mochila á la espalda y la cabeza inclinada hácia adelante y cubierta por una boina cuyo borde descendia sobre uno de sus hombros.

Costaba trabajo convencerse de que tras aquellas apariencias horribles no existía otra cosa que la humilde actitud de una imágen inclinada sobre la cruz que habia desaparecido; porque de tal modo los vizcaínos allí acuartelados, sin duda por simpatías de secta, habian desfigurado á su paisano y patrono, que aquella hermosa escultura lejos de parecerse á un santo, se confundía con un centinela dando el *quien vive* desde una avanzada, ó tratando de fusilar al primero que penetrase en aquel recinto.

Repuesto de su sorpresa, Juan avanzó algunos pasos, y al llegar al altar de la imágen quiso quitarse la boina é hincar una rodilla en ademan de respeto: pero hubo de desistir muy pronto de su propósito, porque al intentar realizarlo notó que estaba siendo objeto de las sangrientas burlas de la soldadesca.

— ¡Estos son los carlistas! pensaba el desdichado jóven, miéntras buscaba una cama vacía para descansar de sus molestias.— Yo habia oido hablar de sus crueldades; sabia que entre ellos la caballerosidad no existe, la religion es una mentira, pero nunca pude suponerme que llegase á tanto su cinismo! Ah! ¡Declarar sin valor la firma de su Rey! ¡Convertir en cuartel el templo, los santos en asesinos!

¿Con qué derecho entónces nos hablan de respeto, de moralidad, de justicia? Oh! Me habrán burlado pero no me engañaron... Les conocía antes de verme entre ellos. El pueblo venturoso, los hombres que no manchan sus manos en sangre, no mentan, no, cuando narraban sus crímenes. Puedo decirlo ante Dios que todo lo vé y todo lo sabe, ante Dios á quien nada se oculta; no me trajo aquí, no me trajo á esta tierra un entusiasmo ni una fé que no siento.. Pero yo no podía permanecer indiferente á las desgracias de mi casa... Mi padre, mi hermana... Dios mio! La miseria, la muerte y la deshonra amenazando lo que más amó en la tierra. ... Verles caer, verles morir y no salvarles, que crimen para un hijo y para un hermano! ¡Qué vergüenza para el mundo!

He querido sacrificarme; he querido con un sacrificio evitar el suyo y... acaso no he hecho otra cosa que aumentarlo, acaso no he conseguido más que precipitarlos en la desesperación y la ruina!

Abrumado bajo el peso de sus tristezas, Juan que acababa de ver hicia uno de los ángulos del edificio varios petates ó jergones hacinados, se dirigió al monton y extendió uno de ellos en el suelo.

Sobre el petate echó una de esas mantas cenicientas que tanto caracterizaban al soldado carlista y que acababa de darle el farriel de su compañía como complemento de su uniforme, y luego se dejó caer pesadamente reclinando la cabeza en una de sus manos.

Entregado á sus reflexiones Juan siquiera se fijaba en el confuso murmullo producido por las animadas conversaciones de los soldados que comentaban en

vascuenca ó celebraban con estrepitosas carcajadas las noticias siempre satisfactorias que para la causa que defendían veían diariamente en *El Cuartel Real*.

Así pasaron algunos momentos.

De pronto se escuchó el toque de queda. Los soldados buscaron respectivamente sus petates, y el cuartel quedó samido en el más profundo silencio.

Juan no tardó en cerrar los ojos.

Hubiérase creído que dormía.

Pero su sueño era inquieto y agitado.

La terrible burla de que acababa de ser objeto; la rotunda negativa de su jefe al pedirle el reconocimiento del despacho de teniente, único móvil que le había obligado á desligarse de su padre; la presencia y el trato de gentes extrañas cuyo lenguaje no comprendía y con las cuales se veía en la necesidad de alternar en lo sucesivo, por mas que su contacto le repugnase; la doble herida que acababa de recibir en el corazon y en la mejilla, las nostálgicas tristezas que acuden al corazon del desterrado siempre que recuerda las dulces horas de la patria, horas pobladas de encantos que ya no volverán á deleitar el alma; todo esto pesaba como losa de plomo sobre el corazon de Juan, cuyo sueño no era otra cosa que una espectral pesadilla sofocando tenazmente todas sus ilusiones y esperanzas.

Permaneció algunas horas en aquel letargo.

Poco á poco su respiracion fué haciéndose mas regular y uniforme, y sus facciones adquirieron ese color animado que revela una completa tranquilidad de espíritu.

Las borrascas del corazón como las de la naturaleza, acaban por descubrir horizontes azules y despejados.

Juan quedó profundamente dormido.

Quando despertó había amanecido y la voz de los clarines que tocaban *Diana* resonaban en toda la población, confundiendo con los lejanos gemidos de las olas que parecían remedar sus metálicos acentos.

Una hora después se le hubiera visto entre una fila de reclutas jurar la bandera, recibir la lección inicial del arma á que se le había destinado, y hacer ejercicios de instrucción, simulacros de ataques y defensas y esa porción de evoluciones militares que constituye el aprendizaje de los quintos.

En estos ejercicios trascurrieron para Juan tres meses.

Pasado este tiempo, el comandante de las fuerzas de Bermeo que le había visto ejecutar con bastante precisión algunos movimientos,

—Oye, tú, gallego, le dijo. ¿Sabes que me gusta tu desenvoltura y la rapidez con que verificas las cargas de las baterías? Apostaría doble contra sencillo que antes de un mes, con un poco de práctica, eres el mejor artillero que ha recorrido nuestras líneas. ¡Falta nos hace buena gente! Esa academia aristocrática de Azpeitia es un nidal de imbéciles, que salen de allí con mucho galon y muchos... humos; y... ¡total... no saben hacer un blanco. ¿Quieres ir á Zarauz? El jefe de la fuerza de aquel cantón me ha pedido algunos artilleros de provecho. Probablemente te destinará al fuerte de

Gárate que está cerca de allí. Es muy buen sitio: allí no hay peligro ninguno. El monte de Gárate es inexpugnable. Con que, te decides, ó no?

—Yo, mi comandante, iré donde Vd. quiera. Lo mismo me dá un sitio que otro; no conozco este país.

—Pues corriente. Esta misma noche te pondrás en camino tú y tres más de tus paisanos. Zarauz no está léjos, doce horas de Bermeo á todo tirar. Ea, cojed las mochilas y andando.

Ante una órden de este género, Juan no debia vacilar.

Unióse, pues, á sus compañeros de viaje y aquella misma noche partió para Zarauz.

XI.

Cuando ocurrían estos acontecimientos, la artillería carlista había llegado á su mayor apogeo y sostenía los bombardeos de Hernani, San Sebastian y Guetaria.

Los vapores *London* y *Nieves* verificaban todos los días alijos considerables por Bermeo y el cabo de Híguer; y esto unido á la incesante y activa fundición de las fábricas de Azpeitia, Vera, Urdax y Baicaicoa, hacía que sólo en el Norte contase el ejército rebelde con 81 piezas de montaña desde las baterías Krupp á los poderosos cañones rayados de á 12 centímetros, y desde las granadas Withworth á las bombas de 27, cuya fuerza explosiva es incalculable.

Con tan poderosos elementos se comprenderá lo peligroso que debía ser un bombardeo, si se atiende á que la artillería enemiga se había apoderado de las

mejores posiciones del territorio vascongado, cuyos desfiladeros servían de guarida á diez y nueve batallones de infantería, mandados por los pretendidos generales Berriz y Egaña; tropas perfectamente disciplinadas y conocedoras del país, como reclutados dentro de las mismas provincias en que prestaban servicio.

Ensoberbecidos los carlistas por el estado cada vez más floreciente de sus armas, habían bloqueado, como hemos dicho, las poblaciones de Hernani, San Sebastian y Guetaria, siendo esta última plaza la más hostilizada por sus fuegos.

Visitémosla.

Guetaria es una villa de escaso vecindario. Patria de Elcano, el primero de nuestros marinos que dió la vuelta al mundo en 1522, agrupa sus viejos edificios en torno de la magnífica estatua de aquel varón ilustre como una madre celosa de la gloria de sus hijos.

Rodeada de fuertes dominados por los carlistas, y defendida únicamente por cinco compañías del batallón reserva de Mondoñedo, compuesto en su mayor parte de soldados gallegos, sus calles presentaban el aspecto de un cementerio y cada una de sus casas era un montón de escombros.

La población, sin embargo, no se rendía. En vano se irritaba el mar impidiendo que los buques arribaran al puerto para socorrerla con víveres; en vano se acababan las municiones haciendo imposible toda defensa. Las cinco compañías del provincial de Mondoñedo se resignarían á una ración diaria de dos galletas por individuo; se dedicarían á la pesca de ti-

burones, y contestarian á pedradas las mortíferas balas enemigas.

De esta manera la poblacion no perecería de hambre, y la guarnicion llenaba uno de sus más sagrados deberes.

En la madrugada del 20 de Octubre, el pueblo de Guetaria ofrecia un aspecto desconsolador.

Los fuertes enemigos no habian cesado en toda la noche de hostilizarle, y sus certeros disparos habian producido veintisiete bajas dentro de la plaza, quedando reducidas á polvo las escasas viviendas que aún se mantenían en pié.

Con este motivo el pánico no podia ser mayor.

El hospital de sangre estaba atestado de heridos, y en el estrecho local habilitado para cementerio no cabian las víctimas del estrago, cuyos cadáveres tenían que ser sepultados de dos en dos, ó arrojados al mar despues de recibir las oportunas honras.

El fuego continuaba todavia, y cada vez era más vivo, más general y más intenso.

Los carlistas ya no enviaban proyectiles fundidos en Vera que las más de las veces no estallaban ó si estallaban sus cascos no se esparcian en mortales círculos, quedando íntegra su mitad inferior; si no que empleaban bombas plasencia de espantoso diámetro, granadas Wolwich y Vavasseur y balas Withworth tan celebradas hoy por sus terribles efectos.

Reunida la oficialidad que mandaba las cinco compañías del batallón de Mondoñedo en una especie de túnel que existía á la entrada de la poblacion, sobre el muelle, y que habia sido habilitado

como el lugar más seguro, para cuartel de la fuerza defensora, deliberaban acerca de la conveniencia de reforzar las guardias y relevar las avanzadas con objeto de evitar lo que se llama un golpe de mano.

— No cabe duda, decía el jefe de la fuerza dirigiéndose á unos jóvenes oficiales, el enemigo conoce nuestro estado y quiere á todo trance apoderarse de la población. De otra suerte no se explica el incesante fuego con que nos asedia desde ayer. No debemos pensar en auxilio porque esto es inútil. Sin comunicaciones con San Sebastian, ni más buques que las lanchas de los pescadores para aventurarnos á pedir refuerzos que el mal estado del mar y el fuego de los fuertes habian de retardar grandemente, no nos queda más recurso que nuestra propia iniciativa. Por consiguiente, creo que lo oportuno en este caso es aumentar la vigilancia en los puntos avanzados y redoblar las guardias de la muralla. ¿No les parece á Vds. lo mismo?

— Eso creo tambien: pero hay un inconveniente repuso uno de los interpelados. La tropa hace tres dias que no prueba el rancho porque se acabaron todas las provisiones, y ya no tiene galletas ni cigarros; hoy no podrá racionarse si no se recoge alguna pesca, y en este estado es muy difícil que uestros soldados puedan soportar el penoso servicio que se les exige.

— No diga V. eso, hombre, no diga V. eso. ¿Acaso nuestros paisanos, acaso los gallegos del provincial de Mondoñedo son como esos alfeñiques de andaluces que se caen desmayados si no están comiendo siempre? Que hace tres dias que no prueban rancho...

PANIAGUA.

7

Triste cosa es por cierto, pero V. debía saber, porque no hace muchos días que aconteció, que después de cuarenta y ocho horas de ayuno, varios soldados pescaron un tiburón y se lo comieron crudo las cinco compañías, quedando tan satisfechas...

—Lo recuerdo perfectamente, pero aquellas privaciones y éstas han dado por resultado la enfermedad de muchos, y la pérdida de fuerzas y la flojedad de todos. Yo soy de opinión que no se exija nunca al soldado más de lo que puede.

—Y entónces, ¿que quiere V.? ¿Quiere V. que demos media vuelta y nos larguemos, y digamos á este héroe vecindario: «ahí queda eso» sólo porque tenemos hambre?

—Dios me libre de pensar semejante cosa; ántes me daría yo la muerte; pero la verdad es que debíamos buscar otro medio ménos penoso.

—Pues, hijo, no lo encuentro. Lo que hay aquí de cierto es que la plaza peligrá, que la noche pasada nos han abrasado esos malditos, y que si no nos damos prisa son capaces de echarse sobre nosotros. ¡Digo! Y segun parece no nos rodean más que 2.300 hombres, entre ellos siete compañías de guías de D. Carlos.

—Haga V. cuenta de que no he dicho nada. Únicamente hice á V. una observación que me pareció oportuna, acerca del estado de las tropas...

—Observación que estaba muy en su lugar, pero que no es preciso tener presente en vista de las circunstancias. Así, pues, ¿tienen Vdes. confianza en sus compañías?

—Completa, contestaron todos.

—Podrán Vdes. entresacar de ellas algunos chicos dispuestos.....?

—Mi compañía entera irá derecha al enemigo á una voz mia, repuso uno de los oficiales.

—Necesito un hombre sobre todo que esté dispuesto á morir.

—Tengo uno que es una alhaja.

—Tráigamele V. aquí, y entanto procedan ustedes desde luego á relevar las guardias, colocandocuatro individuos en aquellos puntos en que hasta ahora no prestó servicio más que uno, con orden de hacer fuego sobre el primero que se acerque al muro, y avisar de todos los movimientos del enemigo.

Los cinco oficiales salieron á complimentar respectivamente el mandato superior, presentándose al poco rato el soldado á quien el oficial se habia referido.

—Me han dicho que eres un valiente, ¿será verdad? le preguntó su jefe apenas le vió delante.

—Eso dicen, mi comandante, pero yo no me acuerdo de haber hecho ninguna valentía.

—¿Como te llamas?

—Lúcas Comba, señor.

—Galla! Comba.... Comba .. ¿Fuiste tú el que recogiste el otro día aquella bomba de mortero que nos arrojó el fuerte enemigo, arrancándole la espoleta en el momento de caer?

—Sí, mi comandante.

—Razon tenia el teniente de tu compañía, ¿eres una alhaja! Aquella bomba pudo habernos hecho trizas á los treinta que nos habíamos refugiado en

la iglesia al sentir el disparo, y gracias á tu serenidad....

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo, mi comandante; penetró por el techo, cayó á mi lado, humeaba la mecha, y yo no hice mas que echarme sobre ella y retorcerla el hocico para que no m rdiese.

—Se necesita tener la cabeza á pájaros como yo la tengo en el dichoso bloqueo para haberme olvidado de tí. Mañana te pones los galones de cabo, ¿oyes?

—Muchas gracias, mi comandante. Hace tres años que no esperaba más que esos galones para escribir una carta á mi casa y dar un alegrón á mi familia

—Ahora voy á darte un encargo. ¿Sabes donde está la poterna de la muralla que dá al campo carlista?

—Si, señor.

—La muralla por esa parte es aucha y sobre ella puede perfectamente pasearse un centinela. Es el punto más avanzado y de más peligro que tiene la plaza. Te atreves á colocarte allí de imaginaria hasta que te se releve?

—¿Que si me atrevo, mi comandante? Pues no parece sino que es aquello la boca de un horno ...

—Te advierto que allí tendrás que estar en Jescuabierta, que á 200 pasos tienes la primera trinchera enemiga, á 300 la segunda, á 400 la tercera, y las cuatro bocas del fuerte á 2.000 metros de distancia.

—Pues sea lo que fuere, V. lo manda y yo obedezco.

Es que no quisiera que te desgraciases, Lúcas.

—Yerba mala no muere; no tenga V. cuidado.

—Bueno, pues ya que te atreves, coje un fusil y vete al muro. Desde allí observas todo lo que pase y cuando ocurra algo grave avisas al reten que mandaré colocar de la parte de adentro de la paterna, á tus mismos piés. ¿Has comprendido?

—Sí, mi comandante.

—La empresa es peligrosa y confío en tu celo.

—A la orden de usted.

—Adiós, Lúcas. Dentro de un par de horas haré que te releven.

Lucas se alejó.

—Malsitio es, iba diciendo para sus adentros, mientras se disponía á partir en direccion al muro— pero, ¡qué diablo! así distraigo el hambre, y al fin, ¡ya puedo decir que soy cabal! ¡Poco contento que se vá á poner mi padre cuando lo sepa! Pues ¿y mi madre? y ¿mi hermano Juan? ¿y Maria? Como si los vie-
ra... ¡van á bailar de contentos!

Como se vé, Lúcas ignoraba los dramas que habían ocurrido en su casa desde su marcha al servicio, y este, en parte, constituía una felicidad para él

Despues de tres años de azares y fatigas léjos de su hogar, al evocar su dulce recuerdo, se figuraba hallarlo aún constituyendo el pequeño paraíso en que había corrido tranquila su niñez, como la nave que se levanta serena é indiferente sobre las irritadas olas; bien ageno de que el nido de la cáudida paloma había sido profanado por el gabilan entre cuyas garras estaban desangrándose los más caros objetos de su alma.

Distraído, ó más bien enajenado por los penosos deberes de la milicia, nunca tan ineludibles como



en tiempos de guerra, unas veces confundido en la lucha y otras verificando marchas, Lúcas había intentado vanamente en esos tres años hallar ocasión para comunicar á su familia noticias de su paradero del cual nada hubiera sabido ésta, á no ser por un soldado cumplido de su misma compañía.

El empleo que acababa de concederle su jefe le proporcionaba el motivo más grato para escribir á su casa, y Lúcas se propuso no desaprovechar la ocasión.

Así, pues, surtió de algunos cartuchos su morral, recogió el fusil, y acompañado de cuatro soldados y un cabo, elegidos para formar el reten de la poterna se dirigió á la muralla, sobre cuya silueta no tardó en destacarse magestuosamente su figura.

El reten se había colocado por la parte interior del muro, quedándose así á cubierto del fuego enemigo.

Una vez en su puesto, Lúcas tendió una mirada de soslayo á las posiciones carlistas y sonrió como se sonríe un soldado veterano de la imbecilidad de un quinto.

—Cabo Louredo, dijo despues en voz baja al jefe del reten que le escuchaba desde adentro.

—Qué ocurre, Lúcas? contestó alarmado el cabo.

Saca tu tintero y escribe una carta que te voy á dictar.

—Y para eso me llamas? ¿Has olvidado que á los centinelas les esta prohibido hablar? Bien podías dejarlo para mejor ocasión.

—Desde aquí nadie me oye. En algo he de pasar el tiempo. Vamos, escribe.

El cabo Louredo que era un buen muchacho y que

ademas debia cierto piquillo á Lúcas, sacó un tintero de cuerno del bolsillo del capote, extendió un pedazo de papel sobre la rodilla, y se dispuso á escribir.

—A quien dirijo la carta? preguntó.

—A mi hermano Juan, que es el único que sabe leer en mi casa.

Lúcas entónces comenzó á dictar desde el muro, no sin tender de vez en cuando una mirada exscrutadora en direccion á los fuertes, cuya vigilancia le habia sido encomendada.

XII.

Mientras esto ocurría en Guetaria, Juan llegaba á Zarauz despues de un viage penoso á través de los desfiladeros y montañas que separan la provincia de Vizcaya de la de Guipúzcoa.

La topografía de estas provincias es de lo más accidentado que se conoce.

Sierras inmensas perfilándose sobre un cielo gris como dentadas bocas de monstruos que bostezans montes elevadissimos cuyas metas se pierden en las nubes semejando espadas de cíclopes preparadas para la venganza; barrancos de una profundidad vertiginosa que parecen conducir á regiones pobladas de miedo; gargantas sombrías donde jamás penetró un rayo de sol, y donde la atmósfera es hielo que paraliza y mata; he ahí todo.

Solo el que haya visto aquella tierra puede comprender la teoría dantesca de los círculos.

Nada más extraordinario, en efecto, que un país sin horizontes y sin llanuras; todo peñascos, todo montañas, todo anfractuosidades y depresiones.

Imprimir la planta en aquel suelo es flotar sobre una borrasca petrificada, que tiene por olas breñas abruptas y abismos espantosos por vorágines.

Visitar aquel país es firmar el acto de justificación del fanatismo religioso y político de sus habitantes.

El absolutismo no se comprende hoy en ninguna parte y se comprende allí. Las montañas de Guipúzcoa y de Vizcaya son barreras, son centinelas, son cerrojos que guardan algo. Donde no hay tesoros no hay candados, porque éstos no hacen falta.

Se ha acusado á esas provincias de carlistas, y esto es injusto.

Fuera igual acusar al erizo por que pincha. El erizo es erizo por que ha nacido entre cardos.

El territorio vasco tiene en sus entrañas un tesoro, ese tesoro que nosotros llamamos el cadáver del pasado; tiene privilegios, tiene fueros.

La raza euskara, su hija, tiene también una consigna; la consigna de guardar ese cadáver.

Por qué recriminarla?

¿Para qué rechazar el efecto si reconocemos la causa?

¿Es triste que haya lobos?

Pues talemos los bosques, y los lobos no podrán vivir en el llano.

La libertad es el lebril de las grandes injusticias: soltarlo en el monte es dar caza á la fiera.

Juan como hemos dicho, acababa de entrar en Zarauz

Habia andado mucho y llegaba sofocado, estenuado de fatiga.

Hubiera deseado descansar pero esto no le estaba permitido en tanto no se pudiese á disposicion de sus superiores.

En Zarauz habia un comandante de Artilleria que era el jefe de las fuerzas diseminadas en los fuertes y reductos de los alrededores, y Juan se presentó á él despues de enterarse de su domicilio.

—Qué traes por aquí, muchacho? preguntóle su nuevo jefe apenas le vió entrar en la habitacion.

—Vengo de Bermeo, mi comandante. El jefe de aquellas fuerzas me ha dado orden de que me presente á Vd. juntamente con otros tres soldados que se quedaron esperándome á la puerta.

—Ah, sí! Le he pedido cuatro buenos artilleros porque hace falta gente... Todos los dias hay deserciones... Bueno. ¿Sabes enfilar bien un cañon?

—Me parece que sí, mi comandante.

—Corriente. ¿Y tus compañeros?...

—Tan bien ó mejor que yo, mi comandante.

—Magnífico! Pues ahora mismo, sin pérdida de tiempo vas á ir donde yo te diga.

El comandante se dirigió hácia una ventana, hizo aproximarse á Juan, y luego

—Ves aquel monte? continuó, extendiendo su brazo en direccion á una gigantesca eminencia que se

destacaba en el horizonte y cuya cima estaba coronada de aspilleras.

—Sí, mi comandante: ese es el fuerte de Gárate según me han dicho á la entrada del pueblo.

—Una de nuestras mejores posiciones; inexpugnable, terrible! Pues bien, ántes de media hora debes estar allí. Te necesita el oficial del fuerte.

—No tiene Vd más que mandarme?

—Nada más. Di á tus compañeros que suban para darles también mis instrucciones.

Juan hizo un saludo y se fué.

—No puedo más! murmuraba al bajar las escaleras. Yo, que venia molido tener que subir ahora, sin descansar, esa cuesta! Esto vine á alcanzar á la guerra, trabajos!

Así diciendo Juan llegó á la puerta de la calle, despidióse de sus compañeros á quienes indicó que subiesen á ver al comandante, y se encaminó poco á poco en direccion al fuerte de Gárate.

—¡Infame D. Ambrosio! pensaba el artillero carlista al comenzar á subir la pendiente, apoyado en una rama de encina que habia traído de Bermeo. ¡Infame don Ambrosio! Ofrecerme un nombramiento de teniente sin valor ninguno para echarme el gancho! Burlarse así de un hombre de bien y de un pobre viejo impedido que está en la miseria! Y ya tres meses fuera de mi casa, sin saber de mi padre ni de mi hermana... sin poder enviarles un ochavo, porque ni el real y medio de plus nos pagan... ¡Qué tormento, válgame Dios, qué tormento tan grande!

Y luego esto de no tener un punto fijo... esto de estar tan pronto á las órdenes de un jefe como de

otro, tan pronto en Bermeo como en Zarauz, como en Gárate... El comandante acaba de decir que los soldados desertan .. Si yo hubiera podido desertar! He jurado las banderas pero ¿esto qué importa? ¿Soy yo carlista por ventura? Además, no me pagan y sobre no pagarme me maltratan y me hacen vivir entre gentes que no entiendo. Pero ¿á donde voy yo, pobre de mí, que no conozco estos pueblos ni sé que puntos ocupan las tropas liberales? En fin, Dios me abrirá camino. Lo que siento es que me hayan separado de mis compañeros, y no pueda hablar gallego con nadie. El único consuelo que me quedaba me lo acaban de quitar...

Insensiblemente Juan había vencido la ruda pendiente del monte, y sin darse cuenta de ello se encontró á pocos pasos de la meseta.

—Alto! ¿Quién vive? gritó un centinela que guardaba la entrada, al divisarle.

—Artillería de D. Carlos, contestó Juan.

—Adelante, contestó el centinela.

Y Juan penetró en el fuerte.

El fuerte de Gárate situado en una eminencia de ciento sesenta metros sobre el nivel del mar, había sido construido, por decirlo así, con todas las reglas del arte. Su radio era de setenta metros por el exterior y de sesenta por el interior, trazado por un muro circular compuesto de grandes cestones de arena y estaba convenientemente aspillero y rodeado de un foso que lo hacía inexpugnable. A cada una de las cuatro aspilleras abiertas en el muro asomaba su boca una pieza Withworth larga, de siete centí-

metros, y en el centro había un mortero de gran calibre.

Tal era el aspecto de la fortificación en que Juan debía recibir el bautismo de fuego, la cual estaba defendida por el teniente don Próspero Cirujeda, hombre de setenta años, absolutista predestinado que después de una campaña realista con Fernando VII, carlista con Carlos V, miguelista con D. Miguel de Portugal y pontifical con los zuavos de Pío IX, venía á encontrarse en iguales condiciones y con las mismas esperanzas que tenía en sus más verdes primaveras.

Su constitucion privilegiada había resistido sin sofocarse un sueño de medio siglo.

A la voz del centinela, el teniente D. Próspero que acababa de mandar cargar una de las piezas, se dirigió á la entrada del reducto, y vió á Juan que se adelantaba en la misma direccion, después de atravesar el puente tendido sobre el foso.

— ¡Por cien mil bombas, perroto!, date prisa si no quieres que te levante la tapa de los sesos. ¿Te han dicho por ventura en Zarauz que subieses durmiendo esa cuesta, badulaque? Posible sería... El que se está en su casa muy á gusto, se olvida de los que pasan aquí la pena negra... Ea, vamos, entra ¿qué haces ahí á la puerta? Tu serás el artillero que estoy esperando hace tres dias...? Corriente. Aquí se trabaja mucho; no pasa lo que ahí abajo, en Zarauz, en donde todo el mundo se está mano sobre mano, pin-tando la moua, mientras los hombres de mérito como yo se sacrifican sin ningun provecho en este fuerte. ¡Qué dos dias llevo! Trescientas descargas en dos

días! Claro, ¿cómo he de tener fuerzas? ¿Cómo no ha de enfermar en esta fragua toda la guarnición? Pues, nada, no me queda un soldado, todos cayeron enfermos y yo me encuentro sólo, completamente sólo en frente de ese maldito pueblo que tiene más resistencia que una montaña.

Juan escuchó asombrado esta andanada de frases que le dirigía el teniente por vía de saludo, púsose á sus órdenes y esperó.

D. Próspero se internó en el fuerte, indicó á Juan que le siguiese, y cuando ambos se encontraron al lado de las baterías.

—Veamos, dijo D. Próspero, veamos que se puede esperar de tí. Conoces el alcance de estas baterías?

—Sí, señor, alcanzan á más de 4.000 metros.

—¿Puedes calcular la distancia que nos separa de ese pueblo que ves enfrente?

—Dos mil metros poco más ó ménos.

—Muy bien. Tienes buen golpe de vista. A ver, enfile ese cañon sobre aquel bulto que se destaca encima de la muralla.

Juan adelantó una de las piezas hasta colocarla dentro de la tronera del muro y apuntó.

—¿Está?

—Sí, señor.

—Pues... ¡fuego!

Juan dió mecha; una inmensa columna de humo levantóse al cielo y sonó una detonación vibrante, ronca, prolongada, que fué repetida por el eco de montaña en montaña hasta desvanecerse en el viento.

D. Próspero sacó de una cartera que llevaba col-

gada al hombro unos lentes de campaña y tendió una mirada hácia el punto que había servido de blanco.

—ah, ah, ah, exclamó riendo. Bien, hombre, bien. Lo hiciste añicos... ¡Dios de Dios! ¡Le quedaron las piernas colgadas en el muro!

Y luego guardando los anteojos continuó:

—Me parece que puedo descansar tranquilo un par de horas confiado en tu pericia. ¡Eres un gran artillero!

—Este es mi primer tiro, mi teniente.

—¡Como! No te habías fogueado hasta ahora?

—He tomado parte en los simulacros y hecho salvas en los ejercicios de instruccion. Nada más.

—Pues, chico, te portas como un héroe. Por de pronto acabas de descuartizar á un *guirri*, á un gallegazo de los de Moudoñedo. He ahí lo que se llama el primer tiro bien aprovechado. Me parece que entre tú y yo yamos á dar muy pronto cuenta de Guetaria.

Pero... oyes? oyes? .. acentuó Cirejeda sacando la cabeza por una de las aspilleras y en ademán de escuchar. Desde aquí se puede oír algo cuando el viento es favorable.., Ahora se conoce que recojen el muerto.. ¿No oyes?... Juraría que dicen: «pobre Lucas!»... Vaya, ya sabemos como se llamaba ese negro...

—¡Como! ¡Señor!... ¿Dicen eso? ¿Oyó V eso? ¿Ese pueblo es Guetaria? preguntó Juan sobresaltado con voz ahogada y temblorosa mientras llevaba sus manos á la cabeza pálido como un muerto.

—¿Qué es eso, muchacho? Te has puesto como un

cadáver... Bah! Ya sé; habrá dado el cañon alguna sacudida... Estaría mal emplazado... En cuanto á ese nombre, me atrevería á asegurar... aunque es posible que me equivoque... Pero á tí qué te importa que el muerto se llame Lúcas ó Perico de los Palotes, ni que sea ó deje de ser Guetaría ese pueblo?

Juan ya no oía nada.

Un temor siniestro se habia apoderado de su alma. Luchaba con la idea de una posibilidad terrible, y sus sienes latian, y sus ojos parecian saltar de sus órbitas.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio, murmuraba como perseguido por una vision saugrienta, ¿será verdad? ¿Habrá oido mal este hombre? ¡yo asesino!... ¡yo manchado con la sangre de mi hermano!... ¡del hermano que tanto quería! ¿Será posible? Oh, sin duda este hombre ha oido mal. No, no ha podido oír eso. Ha sido una ilusión... Ha sido un sueño...

D. Próspero que no podia comprender el estado de Juan, dió encargo á éste de continuar el ataque disparando un proyectil de cinco en cinco minutos y se retiró á descansar á una pequeña habitacion colocada debajo del reducto

Juan se quedó sólo en el fuerte con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho.

—————

XIII.

Como se habrá deducido por la anterior escena, el fuerte de Gárate estaba situado entre Guetaria y Zarauz, circunstancia que Juan desconocía, puesto que nadie le había enterado todavía de los nombres y situación que ocupaban los puntos sitiados.

Esta circunstancia y la revelación que falsa ó cierta le había hecho Cirujeda al pronunciar el nombre de su hermano, explican suficientemente su dolor y su sorpresa.

El quería entrañablemente á su hermano. Después de tres años de ausencia había tenido vagas noticias suyas, y si recordaba el nombre del pueblo en que se le suponía, estaba muy léjos de saber en qué dirección se hallaba ni á qué provincia del Norte pertenecía.

Quedábale el recurso de preguntar; pero, ¿cómo

PANIAGUA.

hacerse entender de gentes cuya lengua no comprendía? En los pueblos que había recorrido no se hablaba más que el vascuence. Era inútil por lo tanto recurrir á este medio. Por otra parte él había notado que los soldados carlistas que tenían familia y amigos en el campo liberal, eran mirados con cierta prevención por sus compañeros y jefes, temerosos de una delacion que diese al traste con sus planes de guerra ó revelase su estado de fuerza, y los medios con que contaban para realizar tal ó cual operacion que debia llevarse á cabo en el mayor sigilo; y ante esta consideracion veíase precisado á guardar la mayor reserva.

Había otra razon más poderosa todavía para no interesarse en averiguar la situacion de la plaza en que se hallaba su hermano. Dado el desfavorable concepto que justamente adquirido, había formado de sus jefes, cuya ferocidad tuvo ocasion de conocer tantas veces, ¿podía responder de que éstos no le enviasen á luchar contra su hermano, una vez enterados de que Lúcas formaba parte de la bizarra guarnicion de Guetaria?

Guetaria era la ciudad maldita de los fanáticos del Norte, porque era el punto más resistente de cuantos sufrían el bloqueo.

Muertos gran parte de sus habitantes, diezmada su guarnicion, aniquilada por el hambre y el frio: derruidos sus templos, sus calles, todos sus edificios, Guetaria se levantaba, sin embargo, como un fantasma amenazador en su vasto cementerio, para insultar á sus verdugos con aquella frase inculta sí, pero llena de furor y de sarcasmo que ha hecho cé-

lebre el nombre de la reserva de Mondoñedo: *Tirai, irai, jandulos! Por moito que tiredes, a praza non vos toca n' o fuciño.*

Ya, por fin, frente á Guetaria, Juan se estremeció, como hemos dicho, ante la idea de haber muerto á su hermano. Sin embargo, hizo un esfuerzo supremo, no quiso dar crédito á lo que acababa de oír, y meditó profundamente. Resultado de esta meditacion fué rechazar por absurdo el pensamiento que un instante le atormentára; porque si el corazón obedece á las primeras impresiones, éstas pocas veces resisten al sereno análisis del raciocinio.

Sucede con frecuencia cuando un pensamiento triste nos asalta, que otro pensamiento triste esencialmente distinto acude á nuestra imaginacion como para desvanecer ó templar el efecto que nos produjo el primero. Y es que nuestra alma, centro inteligente de atraccion, necesita establecer un paralelo entre dos términos contrarios ántes de recoger y fijar la imágen que ha de impresionarla.

Esto precisamente pasó en el alma de Juan.

Veía la inminencia de un peligro, veía realizado el más espantoso de los crímenes en el acto de obediencia que acababa de cumplir disparando un cañonazo sobre el bulto de la muralla; pero este crimen ¿podría, ni aún remotamente llevarlo á cabo él que tanto amaba á su hermano, precisamente cuando pensaba huir de las filas carlistas y siendo aquella la primera bala que le hacian disparar? ¿No sería este el más cruel sarcasmo del destino? ¿No sería esta la coincidencia más terrible, la desventura más grande que pudiera acontecerle? ¿Y por qué habia

de ser Lúcas y no otro el soldado muerto en la muralla? Lúcas, el buen Lúcas quizá estaría entonces contando sus hazañas de tres años á sus atónitos camaradas, ó acaso requiebrando á la gentil *neskacha* con aquellas sutilezas de la lengua gallega, dóciles solo á la pluma de Rosalía Castro, ó quizá....

No, no era posible una casualidad semejante.

Tales eran los pensamientos de Juan cuando se encontró solo sobre la plataforma del fuerte.

—Sin embargo, continuó, hay casualidades que espantan; casualidades que parecen que olfatean á los hombres desgraciados como yo, para hacerlos más desgraciados aún y rendirlos y triturarlos hasta no dejarles fibra con vida.

¿Será Lúcas el muerto? ¡No sé por qué tiemblo!

De esta suerte Juan apuraba todos los recursos de su lógica par desechar la desagradable impresión que había sentido; y llevado siempre de su innata bondad daba abrigo en su pecho á esperanzas ilusorias, que como hemos visto, se desvanecían en confusas y sombrías dudas.

Resuelto, por último, á salir de aquel estado de angustia, y en la imposibilidad de apelar á otros medios más seguros, meditó un plan de correspondencia entre él y Guetaria que le pudiese dar alguna luz respecto á la existencia de su hermano, y pronto su imaginación estrechada por las circunstancias y escitada por la fiebre y el natural interés de un resultado seguro, sugirióle un medio que no vaciló en poner en práctica.

—Ante todo, dijo, haré el segundo disparo para que no se crea que soy compasivo.... Oh; pero no le

haré sobre la plaza, no! Los proyectiles nadie los ve por el aire y los enviaré donde me acomode. La cuestión es que sueñen las detonaciones.

Habían pasado los cinco minutos marcados por el teniente D Próspero.

Juan colocó otro cañon en la tronera y disparó.

La bala pasó silbando sobre el abismo y se perdió en el mar, lejos de la plaza sitiada.

Enseguida se dirigió á uno de los ángulos del fuerte en que habia un pequeño libro destinado á anotar los disparos del dia, arrancó una de sus hojas y escribió en ella con gruesos caracteres estas palabras:

Juan Comba, artillero del fuerte de Gárate, suplica al que lea esta carta le indique por medio de la campana del pueblo si el soldado muerto en el muro de esa plaza hace diez minutos, era su hermano Lúcas del provincial de Mondoñedo.

Hecho esto, tomó una de las granadas para la carga, la quitó el fulminante, la destornilló y vació, y cuando no quedaba ninguna pólvora dentro, cojió el papel que acababa de escribir, le dobló, le adoptó al cuello del proyectil, le introdujo en él, volvió á atornillarle, cargó con él un cañon y disparó, no sin hacer ántes una detenida pultería á la torre de Guetaria. La bala perfectamente dirigida, dió contra la torre.

Pasaron algunos momentos.

Juan de pié sobre la plataforma, apoyado contra el bastion del fuerte, clavados los ojos á través del espacio en la plaza que se tendía á sus piés, dilatadas las pupilas, comprimida la respiracion, febre-

inquieto, lleno de ansiedad y de impaciencia, esperaba.

La campana no respondía.

Trascurridos cinco minutos, hizo otra descarga dirigida al mar, y volvió á su puesto.

La campana callaba, y la impaciencia de Juan crecía por momentos.

Estaba lívido.

Se ahogaba.

Su frente ardía como si encerrase un volcán, absorbiendo sedienta las gruesas gotas de sudor que se desprendían de su cabeza.

Su alma parecía agolparse á su rostro ávida de recorrer el espacio para sorprender algo, para arrebatar algo al sepulcral silencio de aquella plaza.

De pronto la campana dejó oír una vibración triste, lúgubre, seca, feroz, prolongada.

—Oh! ¡perdon! ¡perdon! hermano mio.... Ah!... ¡No me había engañado... Yo te di la muerte. ¡Yo! Me lo decía el corazón... ¡Perdóname!

Y Juan cayó desplomado en tierra. La campana continuó sonando tristemente.

.
Media hora después D. Próspero Círujeda subió azorado al fuerte.

—Calla! ya decía yo que este truhan no hacía fuego... ¿Cómo no había de despertarme este silencio? ¡Cien mil bombas! ¿que estás haciendo ahí, modrego, metido en ese rincón y encogido lo mismo que un sapo! ¡Centellas de Dios! ¡Pues no me mira y se ríe como un bobo? Eh, mocito, fuego á esos cañones, ó te doblo de un puntapié! Nada... no se me

nea.... ¡Y continúa sonriéndome como un condenado... ¿Será del placer que le causa el que yo no puedo dormir? ¡Ahora te daré la risita!

Y el viejo teniente se fué derecho á Juan con los puños crispados y le propinó una serie de puntapiés y bofetadas hasta que se causó.

Pero éste continuaba sonriendo y encogido en un rincon del baluarte.

XIV.

¿Qué había pasado en Guetaria á todo esto?

El teniente del fuerte no se había equivocado: la bala disparada por Juan había seccionado en dos pedazos á su hermano Lúcas, y la parte inferior de su tronco quedó oscilando sobre la muralla.

Un espantoso grito se levantó de entre los cinco individuos que componian el reten de la poterna.

¡Pobre Lúcas! exclamaron consternados, y esta palabra tiernisima debía ser llevada por el viento hasta la cumbre de la montaña enemiga, como un mensaje de muerte vengador del crimen que acababa de consumarse.

Lúcas había terminado la carta que dirigia á Juau con esta dulce palabra; «Recibe el corazon de tu hermano»... y en aquel momento mismo el artillero carlista, cegado por un poder infernal, destrozaba

el corazón que se le ofrecía y manchaba con sangre preciosa la carta de paz escrita desde la avanzada. ¡Resultado funesto, pero lógico de las guerras civiles!

Lúcas fué recibido en brazos de sus paisanos al caer del muro.

El sentimiento que su muerte causó dentro de la plaza donde se le conocía por sus excelentes condiciones puede sólo compararse al que sintieron todos los individuos de su batallón ante la pérdida de tan bizarro compañero.

Pero por grande que fuese este sentimiento á la sola noticia de su muerte, mayor debia ser aún, doblemente doloroso cuando se conociesen como se conocieron pronto las circunstancias que en ella habian concurrido.

Cuando se dió sepultura al cadáver, operacion que se hacia siempre con el mayor silencio, sin ruido y pompa de ninguna clase para evitar que la saña de los sitiadores profanase la magestad de un acto tan sublime, circunstancia que precisamente acababa de darse aquellos dias en Hernani, donde al ir á enterrar tambien una víctima del bombardeo, los fuertes enemigos hicieron fuego sobre los acompañantes y causaron algunos muertos más que quedaron insepultos, hasta que á merced de las sombras se enterraron; cuando se dió sepultura, repetimos, al cadáver de Lucas, se oyó un cañonazo, ocultáronse todos lo mejor que pudieron inmediatamente, y veinte segundos despues zumbó en el aire una bala que fué á chocar sin producir esplosion contra una de las paredes exteriores de la torre.

—Esa bala no ha reventado, prorrumpieron varios: es preciso recogerla y conservarla como recuerdo. Es la primera que no nos hace daño.

Disponíanse á realizar este propósito algunos soldados, cuando un muchacho apareció dando brincos de alegría con la bala en la mano.

—Aquí está, yo la coji, yo la coji. Cayó sobre la puerta de la iglesia, y aquí la traigo enterita. Si me dais una galleta os la cedo porque tengo mucha hambre.

Una nube de soldados rodeó al muchacho.

—Toma una galleta y dame la bala, dijo uno.

—Yo te doy dos, dijo otro.

—Yo dos y media, interrumpió un tercero, estableciéndose una verdadera puja.

El muchacho adjudicó la bala al mejor postor.

—Ahí va, repuso. Vengan mis galletas.

El soldado más rumboso de los tres tomó la bala de manos del chico y sacó media galleta del bolsillo.

—Toma. Lo ofrecido es deuda.

—Eh! Que me ofreciste dos galletas y media y solo me das media....

—De veras ¡Te ofrecí dos galletas y media!... ¿Como habrá sido esto? Te atreverías á jurarlo? Porque, la verdad, no sé como habré ofrecido dos galletas y media cuando de ayer á hoy no he podido llevar una entera al estómago.... En fin, coje este pedazo si quieres.

Yo no quiero ese pedazo. Venga la bala y se la daré al que me ha ofrecido dos galletas.

—Pues, chico, ese tiene menos que yo; para que veas. ...

—Venga mi bala.

—Toma este pedazo ó me lo guardo, ¿Qué te crees? De la mitad de esta galleta he sacado yo todo el rancho de ayer, y del resto sacaré todo el rancho de hoy. Y aún puede ser que me sobre algo para mañana...

—Quiero mi bala.

—Ya te he dicho que lo ofrecido es deuda.

—Pues páguemela Vd.

—Entónces ya no sería deuda. Te he ofrecido dos galletas y media. Pues bien, no quiero más tratos con chiquillos; toma media galleta. Ya no te debo más que dos.

El muchacho no tuvo más remedio que conformarse. Las circunstancias eran apremiantes y el pan andaba por las nubes. Cojió la media galleta y se fué.

La galleta desapareció en su boca.

A los tres pasos ya tenia tres veces hecha la digestion.

No tardaron en apiñarse en torno de los soldados gran número de curiosos.

Se trataba de una bala que no habia reventado, y ésto que suele ser un caso raro y excepcional en todo sitio era un acontecimiento en Guetaria.

Todos miraban aquel proyectil como un fenómeno inexplicable, como una aparicion maravillosa, y dijérase que en aquellas miradas habia algo de asombro y de cariño á la vez, mezcla confusa de terror y reconocimiento.

El soldado de la media galleta al adquirir la lean observó que pesaba poco; la hizo pasar de mano ba

mano y todos convinieron que en estaba descargada ó por lo ménos tenia muy poca metralla.

—Seria conveniente abrirla, indicaron algunos. Así podriamos aprovechar la pólvora, si la tiene.

El soldado no se hizo esperar.

Alejóse algunos pasos de los curiosos por vía de precaucion y aflojó el tornillo del proyectil que no tenia fulminante.

—¡Descargada! gritó, está descargada! Esta ave-llana les ha salido falsa. Pero dentro hay un papel... una carta muy arrolladita...

—A ver que dice! A ver que dice! interrumpieron todos.

En aquel momento el fuerte de Gárate hizo un nuevo disparo y los curiosos se dispersaron precipitadamente huyendo del peligro. Precaucion inútil, porque como sabemos, las balas irian á parar al mar.

El soldado aprovechó este momento para enterarse de la carta, que luego leyó en alta voz, profundamente conmovido.

Un general estupor sucedió á la lectura. Todos los circunstantes palidecieron, y algunos no podian contener sus lágrimas.

El drama aparecia claro. ¿Quién no habia de conmovirse ante aquel final tan inesperado, como sangriento? Dos hermanos que se quieren y se ven obligados á luhar en distintos bandos, que se buscan para abrazarse y se encuentran para herirse, que se miran y se desconocen, que se aman y se asesinan... ¿Cómo no sentir, cómo no llorar en presencia de tan grande infortunio? Aquel drama era el drama de

todos; aquella escena suscitaba recuerdos de escenas iguales. ¿Quién no estaba separado de su padre, de su hermano, de un amigo en aquella lucha? ¿Qué soldado de aquellos podría asegurar al cargar su fusil si la bala con que lo cargaba dejaría de acabar con la existencia de un ser querido, de una persona allegada?

Por eso á la dolorosa impresion recibida por el pueblo y la guarnicion de Guetaria con la muerte de Lucas, sucedió otra impresion más aguda despues de la lectura de la carta.

Ea cuanto el jefe del batallon de Mondoñedo tuvo noticia de ella, mandó tocar á muerto y ordenó al capellan que al siguiente dia celebrase misa por el eterno descanso de Lucas, á la cual asistieron de luto todos sus compañeros de armas.

Lo que despues de la señal dada por la campana ocurrió en el fuerte, ya lo sabemos.

Sin embargo, no hemos de pasar adelante sin hacer una observacion á aquellos de los lectores que no posean un completo conocimiento de las costumbres de la guerra.

El medio de que Juan se había valido para pouverse en relacion con Guetaria en la suprema crisis que atravesaba, no es inverosímil, y ántes por el contrario constituia en la época á que nos referimos la más segura vía de comunicacion entre las tropas rebeldes y las leales.

Nosotros, que en la última campaña hemos representado en el Norte á *El Imparcial*, más de una vez convertimos algunos de nuestros fuertes en salones de lectura, merced al disparo de proyectiles vacios

en que acomodábamos un número de nuestros periódicos, recibiendo en cambio á cuatro y seis kilómetros de distancia y en cuestion de segundos *El Cuartel Real* y otros órganos carlistas.

· La mision del periodismo es donde quiera un evangelio de paz.

Nosotros recordaremos siempre con orgullo aquellas horas de angustia en que confundidos con nuestros valientes soldados, tras larga y fatigosa marcha, sufriendo las privaciones de un país aniquilado por sus propios excesos y los crudos rigores de la intemperie, llegábamos á guarecernos en la tarde tempestuosa bajo el pavimento del reducto ó tras el muro de la trinchera levantados en el cerro como volcanes de erupcion perpétua. y desde allí podíamos enviar al enemigo dentro de la bala que no ha de herir á nadie el saludo del hermano, el consejo del amigo y la promesa de paz, de perdon y de esperanza diluidas como las tintas de una feliz alborada que viene á disipar las sombras de un cielo opaco, en la civilizadora noticia ó en el artículo de fondo inspirado en ideales puros de libertad y de justicia.

XV.

En tanto, en el corazón del carlismo se operaba una descomposición que de día en día y de momento en momento iba propagándose y extendiéndose á todos los miembros de su organización.

La defección de Cabrera, su manifiesto de 11 de Marzo, en que renegaba de la tradición absolutista y entregaba su bandera á D. Alfonso XII, los dualismos y las escisiones sordas surgidas entre el elemento clerical y el militar de que han dado suficientes muestras algunos de nuestros personajes, la conducta de Saballs y Dorregaray presos en Estella el uno por no haber acudido á tiempo en auxilio de los defensores de la Seo de Urgel y el otro por suponersele premeditación en el descalabro del ejército del Centro, la ambición de los grandes mirada con ojeriza por los pequeños; la mala gestión económica

encomendada á la ineptitud de un hombre sin instrucción de ningún género, algún mérito relegado como D. Próspero Cirujeda, algún obstáculo invencible como el muro de Guetaria, todo esto había influido desfavorablemente en el espíritu del carlismo, cuyas fuerzas se enervaban de tal modo que no era menester meditar mucho para dar el cálculo exacto de los días que le quedaban de existencia.

Concedor el gobierno de Madrid de este estado de cosas, decretó una quinta de 75.000 hombres, de los cuales tocó un cupo nada ménos que de 14.000 á Galicia; dividió este ejército en tres cuerpos y lo destinó á las montañas del Norte.

Todos conocemos la organización que se dió á aquellas fuerzas.

El general Moriones mandaba el cuerpo de la derecha y debía comenzar las operaciones desde San Sebastian, punto en que estableció el cuartel general.

Es decir, á Moriones le había sido reservada la parte más espinosa de aquel plan de campaña, porque en la provincia de Guipúzcoa era donde únicamente podía el enemigo jactarse de tener posiciones formidables.

Para iniciar su movimiento de avance el genio estratégico de Moriones necesitaba asociarse de otro genio tan poderoso como el suyo, aunque de distinto orden. Necesitaba un hombre excepcional, de un corazón tan enorme como las montañas que se presentaban á sus ojos, un hombre de gran prestigio para entusiasmar al soldado, de gran valor para marchar en vanguardia, de grandes virtudes para

no convertir el triunfo en venganza, de gran caridad para no humillar al vencido, un hombre en fin de cera y acero; un Marte humanizado, que fuese el ideal de la guerra moderna.

Este hombre lo encontró.

Era el brigadier Mariné.

Hijo de un héroe de la guerra de la independencia, hermano de un mártir cuya sangre se ofreció en holocausto por la libertad de nuestra patria en el calvario santo del Carral, padre de una preciosa víctima de nuestra última lucha civil, sacrificada en la acción de las Muñecas cuando el porvenir le deparaba la corona que reserva á los valientes, el brigadier Mariné, sobre cuyo pecho va escrito el poema épico de su vida en estrofas sublimes de plomo, reunía todas las condiciones apetecibles para la arriesgada empresa que se proyectaba y el general Moriones le encomendó la vanguardia, el lugar avanzado de su ejército, la descubierta, en una palabra, el puesto de peligro.

Mariné tiende al peligro, propende al peligro, marcha al peligro como los cuerpos al centro de gravedad, como el león al desierto. Es el guerrero imantado constantemente sujeto á esa secreta fuerza de atracción que se desprende de los abismos pavorosos de la guerra.

Mal avenido á los términos comunes de la vida ordinaria como el marino que se marea en tierra, él no respira sinó respira atmósferas de pólvora, desfallece sinó trepa la áspera cordillera ó la cuesta empinada y hecho el trasiego, habituado al estruendo de las guerras de nuestro siglo, creyérase al verle en la

PANIAGUA.

pelea que como Napoleón encuentra en el ruido de las armas las más armoniosas notas que deleitan el espíritu, y en el ejército que avanza á la carrera á tomar posiciones una humanidad infestada que camina en busca de su redención.

Y sin embargo—¡contraste incomprensible!—Mariné tiene más vellón que coraza, es más alma que corazón, más inteligencia que brazo.

La bala que penetra en su carne y desgarrá sus tejidos le hiere ménos que la que hiere á sus soldados: el dolor propio no le arrancaría un quejido: el dolor ajeno le arranca lágrimas. La al en la pelea, si mata al enemigo nó lo caza, ni convierte en escudo la presea del vencido.

Un día su brigada tras una reñida lucha en que el mismo salió contuso, se apoderó de una vasta extensión de terreno. Los soldados acababan de conquistar las posiciones enemigas y llegaban desfallecidos de cansancio: uno de ellos penetró en un caserío y tomó dos manzanas: el soldado era rencoroso y hubo de cecir á los dueños del caserío: «Estas manzanas no las pago; ya os las habeis cobrado de mi sudor, carlistones.» Súpolo Mariné, y el soldado sufrió cuatro días de arresto y dos de marcha á vanguardia.

La disciplina en la ciudad es fácil mantenerla, no así en el campo y mucho ménos en el campo conquistado.

Tal es á grandes rasgos una de las figuras militares que más contribuyeron á la pacificación de nuestro país y que á la hora en que escribimos, acaso para gloria suya comparte con su familia las penalidades de un destierro.

El 25 de Enero de 1876, día por cierto desapacible y lluvioso, el general Moriones de acuerdo con los jefes del ejército de la izquierda y centro inició un movimiento de avance sobre el enemigo, marchando hacia las posiciones que éste ocupaba enfrente de San Sebastian. El fuego comenzó á las ocho de la mañana, en una línea que se extendía desde Oriamendi á Igueldo, en dos leguas de extensión próximamente, auxiliado por los fuertes de Puyo, Lugaritz y Alzola que cargaban sobre los reductos facciosos de Arratsaju, Venta Ciquiñ y Mendizorrotz, únicos que sostenían vivo el bombardeo de la ciudad.

El ataque se llevó á cabo simultáneamente por el centro, derecha é izquierda de línea con tal lujo de rudeza y energía por nuestra parte, que sorprendido el enemigo tuvo que ceder terreno y mantenerse á la defensiva en las primeras horas.

Nuestras tropas continuaron avanzando y ocupando posiciones. A esta jornada asistía todo el ejército de la derecha diseminado en guerrillas que hacían elevar el total de las fuerzas á un número muy superior al que en realidad representaban.

Obedecía este alarde de medios á una idea preconcebida del general Moriones?

Al declinar la tarde pudo notarse por algunos con verdadero terror que los carlistas que hasta entónces no habían hecho otra cosa que defenderse, atacaban de una manera violenta y decisiva, como si sus fuerzas se hubiesen multiplicado.

Moriones, que presenciaba la operación desde uno de nuestros fuertes, ensayó entónces una sagaz son-

risa, y tendió una mirada sobre el horizonte, volvió á sonreír y mandó parar el fuego ordenando una retirada en silencio que no pudo ser notada á causa de las espesas sombras de la noche; retirada magnífica que no costó á sus tropas una sola gota de sangre.

¿Qué objeto, pues, había tenido esta jornada en que se abandonaba el terreno conquistado?

El enemigo no había sufrido descalabros, volvería á ocupar las posiciones perdidas, y el bombardeo de San Sebastian continuaría acaso con más furor que nunca.

Esto se creía generalmente, y no obstante, el ataque realizado de frente al enemigo, aquella retirada que los carlistas no pudieron notar, aquel avance á la carrera, aquel inusitado tiroteo, aquel escalonamiento de guerrillas, todo aquel aparato teatral que algunos creyeron un simulacro falto de todo interés y trascendencia, fué la batalla más grande que se dió en el Norte, el pedestal sobre que iba á levantarse la estatua de la paz, porque Moriones acababa de llamar la atención del enemigo hácia las innumerables posesiones que ocupaba y mientras la distraía por el frente se disponía á envolverle por los flancos y la espalda. Y de esta suerte un ataque simulado, el más estratégico sin duda de la historia militar contemporánea, allanaría cerros insuperables, montes inaccesibles, sierras elevadísimas que surtidas de viveres como estaban, erizadas de cañones y trincheras, bajo sus fuegos incesantes, todos los ejércitos reunidos serian como aristas arrebatadas por el si-

moum, como secas y dispersas hojas que el huracan azota y barre.

Cuando se escriba la historia de esta guerra por una pluma no mojada en la pálida tiuta de las pasiones políticas, la justicia exigirá que se consagre á este hecho de armas una de sus páginas mas limpias y gloriosas.

Hecha la retirada, Moriones llamó al brigadier Mariné y celebró con él una larga conferencia. Mariné habia formado parte de la expedicion, mandando el ala del centro de la linea.

Noche oscurísima habia sucedido á aquel dia de lluvia y viento, tan frecuentes en los paises del Norte. Grandes y espesas nubes encapotaban el cielo y á través de su sombría opacidad no podía distinguirse el más débil reflejo de los astros. Un viento fuerte y helado pugnaba por asaltar la costa como una fiera que encuentra obstáculos á su paso y retorciéndose en esquincez bramadoras trepaba desencadenado á las montañas ó se precipitaba en torbellinos desde los altos barrancos y despeñaderos hasta las dunas del llano sobre cuya arena fenecía.

A lo léjos el Cantábrico estrellaba sus irritadas olas contra sus paredes de granito con ese ritmo solemne de roncadas esplosiones que inspiró al poeta griego aquella imágen tan propia con que le presintia cuando le calificó de *arpa de los mares*.

Mentidas gotas de lluvia comenzaban á caer. Todo hacia presumir una de esas noches crudas y tormentosas, nada favorables para cierta clase de aventuras.

Sin embargo el que se trasladase á la ensenada de

Pasages, hermoso pueblecillo situado en un recodo de la concha de San Sebastian, comprendería desde luego que sinó una aventura, se proyectaba á favor de las sombras algo que se le parecia.

Y en efecto, el puerto de Pasages á las once de aquella noche presentaba un aspecto casi fantástico.

Varios buques de la escuadra, entre ellos los vapores *Pelicano*, *Fernando el Católico* y *Sirena*, con los fuegos encendidos y dispuestos á tomar rumbo, esperaban una señal de antemano convenida para alejarse del puerto. Estos buques conducian catorce compañías de tropa de los batallones de Estella, Miqueletes y las Navas, y jefes, oficiales y soldados, todos se mantenian de pié sobre las cubiertas, graves y silenciosos.

¡Cosa rara!...

El ejército español se ha distinguido siempre por su carácter alegre y decididor, por lo chocarrero y bullicioso. ¿Cómo se explica en él esa gravedad y ese silencio? Pues qué! ¿No tiene cuerdas la guitarra? De la trenza de la alpargata se sacará una prima. ¿No hay un cuento de trasgos? Hay un cuento de amores. No hay una carta de la novia? Hay un cantar picante. ¿No tiene vino la bota? La imaginación tiene una hipérbole. Está la noche triste? El corazón alegre. ¿El peligro acecha? Sonríe la esperanza.

¿Es que se ha falseado el carácter del soldado español? ¿Es que el soldado español ha roto con su pasado? ¡Jamás!

Es que el soldado español, primero que todo es soldado y ante la ordenanza, ante el superior, ante el

deber, sabe sacrificarse y deja de ser hombre para ser mártir ó héroe, nunca para ser esclavo.

Ya habían pasado algunos minutos desde que los buques encendieran sus calderas, cuando un hombre apareció en el embarcadero, descendió sus escalones y se hizo conducir en una lancha hasta el *Sirena*.

—Espérame, dijo al remero y trepó á la porta.

No tardó en bajar.

—Al *Pelicano*, volvió á decir al remero, —pronto bajaré.

El remero esperó y poco después condujo al desconocido por nueva indicación suya á bordo del *Fernando el Católico*.

Cuando se encontró en el puente despidió la barca y dirigió á las tropas que iban abordo estas palabras:

—Soldados, vamos á levantar el bloqueo de Guetaria y á tomar las fuertes posiciones del monte Gárate. Para ir hasta allí tenemos que pasar al alcance de los fuegos enemigos, bajo cuyos fuertes van á navegar nuestros buques. Una sola palabra, la lumbré de un cigarro bastaría para que nuestra empresa se desgraciase. Confío en vuestra prudencia para salvar los restos de un pueblo valeroso y de una guarnición heroica.

Aquel hombre calló y luego dirigiéndose á otro que parecía esperar sus órdenes dijo:

—En marcha, capitán.

Poco después los buques de la escuadra liberal abandonaron el puerto conduciendo con rumbo á Guetaria la brigada Maríné.

XVI.

Al día siguiente Guetaria era libre.

Las carlistas que habian sido atacados por la parte de San Sebastian y que esperaban una segunda carga, reconcentraron allí sus fuerzas y dejaron en Gárate, á la espalda, las estrictamente indispensables para su defensa.

Veamos como se salvó Guetaria.

Muy de noche aún llegaron á su destino los vapores *Fernando el Católico* y *Sirena*: el *Pelicano* venia á retaguardia. Como el ataque urgía, Mariné ordenó el desembarque y este se verificó en el mayor sigilo, reuniéndose cinco compañías de las Navas, una de Cazadores de Estella y dos de Miqueletes.

Una vez en este punto la expresada fuerza uni6se á ella una compañía del batallon de Mondoñedo que guarnecia la plaza y el brigadier Mariné mandó, en

vista de lo urgente que era efectuar la operacion, formar tres columnas de ataque llamadas de la derecha, centro é izquierda, á cargo ésta del comandante de Miqueletes Sr. Dugiols, el centro al del señor Rotea y la derecha al del coronel teniente coronel de las Navas D. Vicente Martitegui.

Dispuestas así las cosas, salieron del pueblo estas tres columnas por la poterna que conocemos, de un metro de ancho, frente al campo enemigo y en direccion al monte Gárate, que presentaba su primera serie de trincheras dispuestas en forma de anfiteatro, á 200 metros de las fuerzas.

Apercibido el enemigo de este inusitado movimiento, tan inusitado como que hacia un año que no eran hostilizados por esta parte, rompió el fuego de fusil y de cañon sobre la puerta, cayendo entónces mortalmente herido un capitán de Estella, que no ardó en fallecer.

Este incidente, aunque bastante doloroso, no bastó á desanimar al soldado, puesto que, léjos de cejar un punto en el entusiasmo de que iba poseido, continuó avanzando á la carrera, logrando apoderarse á la media hora de once trincheras combinadas y del reducto que las cubria.

Ya en esta altura, tomaron las tropas un pequeño descanso y continuaron apoderándose del terreno ocupado por el enemigo, que verificaba la retirada en relacion del avance de nuestras fuerzas.

Dueños ya de estas posiciones, faltaba conquistar la altura de Gárate, empresa tanto más difícil cuanto más escasa era la fuerza que iba á afrontar este peligro y cuanto mayor era el número de las contra-

rias, las cuales ascenderian á 1.200 hombres, entre ellos algunos que pertenecian al batallón de guías de D. Carlos. Pero nuestras tropas no podian ni sabian retroceder.

Antes de salir de Guetaria habian sido arengadas en la iglesia por el brigadier Mariné, que les habia dicho: «¡Soldados! La patria y nuestro general necesitan hoy de nosotros; se nos ha distinguido eligiéndonos para libertar á Guetaria y apoderarnos del monte Gárate y sus fuertes: á esta honra que se nos hace debemos nosotros corresponder dignamente. Si estais dispuestos, seguidme.» Y el eco de sus palabras enardecia el corazon de sus soldados que, gritando «¡al fuerte! ¡al fuerte!» se apoderaron pocas horas despues del elevado monte, del cual y de sus fuerte y reducto posesionáronse á un tiempo las tres columnas de ataque.

He ahí todo lo esencial é importante del movimiento llevado á cabo desde la noche del 25 hasta la madrugada del 26 de Enero.

Una de las cosas que contribuyeron más al brillante resultado que acababa de conseguirse en aquella jornada que costó al enemigo más de 80 bajas, fué la confianza hecha por el brigadier Mariné á su ayudante de campo el teniente coronel D. Manuel Martínez de Velasco, momentos ántes de comenzarse el ataque.

—Amigo mio—le dijo—si tengo la desgracia de caer herido, ántes de que se apoderen de mí los facciosos yo le ruego que no vacile en pegarme un tiro. Es necesario tomar ese monte; tal es mi deber; y

si para ello es preciso morir no vacilemos en aceptar la muerte.

Estas palabras, que fueron escuchadas por algun individuo, no tardaron en ser repetidas de soldado á soldado, siendo recordadas por algunos al terminarse la operacion entre verdaderos trasportes de alegría.

Aquel mismo dia, el general Moriones inspirado en la más alta idea del honor y del deber, enviaba al brigadier Mariné este oficio, que se hizo luego extensivo á todas sus tropas en la órden general:

«Interin reúno los datos para dar cuenta detallada al Gobierno de S. M. del acto y esclarecido hecho llevado á cabo por esas valientes tropas, y proponerlas para el premio que tanto han merecido, doy á V. E. y á todos los señores jefes, oficiales y soldados que han formado parte de la columna expedicionaria de ataque contra Gárste las gracias en nombre de la patria y del Rey por el acierto, decision y heroismo con que han arrebatado al enemigo una de sus más importantes posiciones, así como en mi nombre por la manera con que han sabido corresponder y llenar la confianza que en ellas deposité al encomendarles la ejecucion de esta arriesgada y difícil empresa.—*Moriones.*»

Tal ha sido el éxito de aquella operacion.

XVII.

Ahora bien, ¿qué ha sido del infortunado Juan, el artillero á quien hemos dejado en el fuerte mucho ántes de que nuestras tropas rompiesen la línea enemiga?

Al coronar éstas la altura de Gárate hallaron oculto detrás del baluarte un jóven de fisonomía simpática, extremadamente pálido, en cuya mirada vaga y errante se pintaba una infinita expresión de terror. Este jóven se encontraba en un completo estado de desnudez, sus miembros se estremecían de frío y no parecía inmutarse ante la presencia de los soldados leales.

—Hola, exclamaron sorprendidos los primeros que penetraron en el fuerte. He aquí lo que se llama un carlista en pelota. Y en verdad que no parece haber-

se dado buena vida. Está seco como un guijarro y tiembla como un junco. ¿Estás herido carlista?

—Dadme la manta y el capote, ladrones. No me dejéis desnudo para huir con mis ropas. Ah! ¿No veis como tiemblo? ¡Me voy á morir de frío!

—¡Cómo! Dices que te han quitado la ropa? ¿Quién ha sido ese infame? Ha sido de los nuestros? Eso no se hace con un enemigo sin armas. ¿Quién te despojó de las ropas? Responde. Se lo diremos al brigadier, y verás como le castiga.

—Quién me despojó de la ropa?... Pues no lo sabéis? Mis compañeros, mis amigos... Decían que estoy loco y que los locos no necesitan abrigo... Pero yo no estoy loco, ¿no es verdad? Vosotros me veis; decid si estoy loco. Ah! Me abandonaron porque estaba loco y se fueron... No sabían que desde aquí le veo... le veo sobre la muralla ántes de caer, ántes de que la bala lo deshiciese, ántes de que llegase á mis oídos la señal de la campana... Mirad como hacia, mirad con qué tristeza me hablaba de la muerte de Lucas: *¡dan, dín!,... ¡dan, dan, dín!*... Dadme la manta, ¡oh! dadme la manta. El frío me penetra los huesos...

Estas palabras pronunciadas por el jóven con febril exaltacion acusaban cierta incoherencia de ideas propia de una razon extraviada, que no pudo pasar desapercibida al sereno criterio de las tropas victoriosas. Fácil era, en efecto, adivinar por aquellas frases que el jóven prisionero, víctima de una enagenacion mental habia sido abandonado en los momentos de la lucha por sus compañeros de armas, y despojado de su uniforme para entregarlo como un

cadáver inútil al ciego encono del enemigo. Comprendiéndolo así nuestros soldados, deshiciéronse de algunas prendas de ropa, vistieron al pobre loco y en calidad de prisionero condujéronle á Guetaria, donde estaba ya establecido el cuartel general.

Presentado al general Moriones, hicieronle algunas preguntas relativas á la organizacion del ejército á que pertenecía, al abandono del fuerte y á la impresion producida en sus defensores por la inesperada sorpresa de que habian sido objeto: pero el loco á nada supo contestar.

Su estado requería auxilios facultativos, y desde allí se le envió al hospital con encargo de que se le prestasen todos los cuidados de la ciencia.

El hospital de Guetaria estaba situado en la planta principal de una casa bastante espaciosa que constaba de dos pisos, de los cuales el segundo habia sido reducido á escombros por las granadas enemigas.

La planta principal dividíase en tres departamentos: uno destinado á convalecientes, otro á heridos militares y otro á enfermos civiles y prisioneros procedentes del campo carlista; sistema previsor y oportuno como convenia en aquellas circunstancias para evitar dentro del edificio colisiones y disputas con frecuencia suscitadas por la pasion de partido en los hospitales de sangre.

El loco fué destinado á este último departamento.

Era una pequeña sala cuadrada con dos ventanas á la calle, que surtian de luz y ventilacion bastantes el recinto, cuyo espacio contenia seis camas, cinco de las cuales se hallaban vacías.

La restante parecía ocupada por algun enfermo,

aunque á juzgar por el escaso bulto que dibujaban sus ropas, fuera imposible adivinarlo, si una hermosa niña, inclinada á su cabecera no hiciese comprender en sus palabras entrecortadas por sollozos que el ángel de la muerte tendía su ala de cuervo obre aquel lecho, y se preparaba á romper el hilo de una existencia.

— ¡Padre mio! decía la niña estrechando entre sus brazos algo que semejaba una cabeza. — ¡Padre mio! ¡Un esfuerzo más por Dios! ¡Ay, que vá á ser de mí, si Vd. me deja sola en el mundo!..

No, no se muera Vd., no me desampare, no me abandone en una tierra que no es nuestra tierra, bajo un cielo que no es nuestro cielo!

Aquí los ríos llevan sangre, las yerbas crecen con la savia de los muertos, y en el aire no hay golondrinas sino corrientes de plomo y fuego. Padre, yo moriré si Vd. se muere; yo no me puedo quedar si V. se marcha. ¡Hemos sufrido tanto los dos ántes de llegar aquí! Pero hemos llegado, Señor! Dios ha oído nuestras súplicas, y los hombres no nos han abandonado del todo. Oh! Nos han socorrido! Desfallecidos en los caminos, hemos encontrado arrieros que nos ofrecieron sus mulos para caminar; perdidos en las poblaciones, nos arrojó su limosna el transeunte; olfateados por los lobos en las montañas, la Providencia nos deparó un auxilio inesperado en el forzado brazo del leñador. Las mujeres nos dieron trapos para vendas, los niños sus mendrugos, y los hombres sus ochavos. Así hemos podido soportar una peregrinación de medio año y llegar á San Sebastián. Allí hemos recibido esta mañana la noticia de que Guetaria era libre y un

pescador compadecido de mis lágrimas nos condujo en su barca. ¿Cómo había de faltar un marinero para un marinero? ¿Cómo había de faltarnos Dios, cómo había de tropezar nuestro carro en corazones de piedra, si en él iba un padre en busca de sus hijos? Y ahora que hemos llegado á Guetaria, ahora que está Vd. cerca de sus hijos, acaso entre sus hijos; cuando ya terminó el peligro para mis hermanos; cuando acaso mañana esté terminada la guerra porque todos lo dicen, y cuando todos lo dicen será cierto; ahora, padre mio, ¿me dejará Vd.? ¿Y no ha de volver Vd. conmigo á nuestra barraca? ¿Y no hemos de volver á pisar la tierra en que murió mi madre, y respirar las brisas del mar que Vd. ama tanto? ¡Morir! Yo no quiero que Vd. muera, y Vd. no morirá mientras yo sepa las oraciones que siempre escucha nuestra Virgen del Socorro! Verdad, padre mio, que Vd. no morirá!

—¡Hija, pobre hija mía, repuso entónces una voz semejante á un quejido profundo y subterráneo, débil como el eco que produce una burbuja de sangre que se deshace.—Oh! Con qué pena veo llegar mi última hora! Con qué dolor cuento los instantes que me separan de la eternidad! Dejarte á tí, María, dejarte á tí que has apurado las amarguras de los viejos en la edad en que solo se comprenden las sonrisas de la infancia! Dejarte á tí que has convertido en manos de hierro tus manos de niña para arrastrarme hasta estos montes donde solo trepan las fieras y las águilas! No, yo no quisiera morirme... Yo quisiera que hoy se redoblasen mis dolores, que el cáncer devorase lo que hasta ahora ha respetado,

estas entrañas, este pobre corazón... Así sufriría, pero viviría. Ah! ¡Vida, Dios mío, vida por solo unos momentos.... mientras pueda hablar con mis hijos.... mientras pueda decirles que se amen, que no se maten si se encuentran, que se respeten y no derramen su propia sangre, su sangre que es la mía, la que yo les di sacrificando mi existencia, batallando con las olas, hiriéndome contra las rocas y contra los hombres! Pero ya no puedo vivir porque ya no sufro... Ya no siento la comezon de mis llagas, María.. Las pocas fibras de mi carne se deshacen, y me cubren ya como cubre á los muertos su propia ceniza. Mi alma, que es lo único que aún vive, contempla con espanto como se agrieta y derrumba esta pobre casa de barro, ménos pobre que aquella de la playa en que tú y yo hemos nacido! Ay! No volveré á ella! ¡No volveré á ella, hija mía!... Oye, María, acércate mucho á mí. ¡No te me vayas! Que pueda mi alma cuando se remonte á Dios verte junto á mi cadáver, para que sonría desde los aires y se alegre de haber engendrado algo que no me abandonó en la tierra, algo que me respeta más allá de la tumba... Tu me has dicho que se acaba la guerra ¡Ojalá sea cierto! Si hoy se terminase, se harían dos paces: mi paz y la de España. Pero la mía no se hará y la de España tampoco mientras haya infames que engañen á nuestros hijos.. Mira, cuando yo me haya muerto, busca á tus hermanos y diles, si es que viven, que amen la paz como yo la he amado, que vivan el uno para el otro, como yo he vivido para ellos, y que sólo se sacrifiquen, y que sólo mueran cuando la patria

y la libertad les llamen bajo su bandera santa, á una sola voz, á un solo grito.

De pronto aquella voz se interrumpió, dejando oír un resuello áspero como un bostezo.

El loco penetró en la estancia, y se sentó en el lecho inmediato al en que ocurría esta escena.

La niña volvió la cabeza para fijarse en el que había entrado, y su corazón se estremeció de alegría. Acababa de reconocer á su hermano Juan.

— ¡Padre, padre! Aquí tenemos á Juan. Sin duda nos ha visto entrar en el hospital y quiso sorprendernos. Juan, el que creíamos en Berneo, está con nosotros. Ahora iré á buscar á Lucas y todos estaremos juntos. Ah, qué dicha, padre mío!

Pero en vano María se esforzaba por hacerse oír. Ignacio Comba ya no existía.

— ¡Muerto! ¡mi padre muerto! Dios mío! exclamó la niña inundada en lágrimas corriendo hácia su hermano, despues de haber adquirido la certidumbre de la inmensa pérdida que acababa de sufrir.

Juan no pudo reconocerla y la miró un momento impasible. Luego, dejando ver en sus ojos aquella eterna expresion de terror que tanto hacia resaltar la profunda palidez de su rostro.

Aún le veo, murmuró, aún veo al pobre Lucas destrozado sobre el muro... sí, destrozado por mi hálal...

Y, ahuecando la voz y en esa actitud sombría y recogida con que parecen evocar recuerdos los alienados, continuó:

— ¡Y yo no queria creerlo! .. ¿Estaba loco?... La

campana me lo dijo: ¡*dan... din!... ¡dan...; dan...; din!*...

No tardó María en comprender el terrible significado de estas palabras.

Ya no era su padre el único á quien debía llorar. Debía llorar también á sus hermanos.

Huérfana cuando más necesitaba de la sombra paternal, desvalida cuando se acercaba para ella la hora terrible de la pubertad, ¿que haría?

Lucas muerto, Juan loco ¿quien la salvaría en la crisis suprema, en la imponente borrasca que surge á esa hora solemne en el mar de la vida, amenazando las naves de los pobres?

Ah! ¡Ni un timonel, ni una vela para sacar á flote la nave del honor, el tesoro del cielo! ¡Esto es horrible! Es necesario arrebatarse la infancia á la mendiguez; redimir del crimen y de la miseria á los niños... Es necesario que el Estado se declare padre de los huérfanos. Es necesario que la patria les cobije bajo su bandera para que nunca noten la falta de una madre. ¡Una casa de amparo y un taller en cada aldea! La prostitucion y el crimen no son propensiones de la materia; son la herencia de la muerte.

Preguntad á la muger desgraciada por qué es desgraciada: al hombre infame por qué es infame. Todos veréis que os dicen: ¡hemos sido huérfanos!

No abandonemos á esos infelices á la caridad privada. La caridad privada es mil veces peor que la miseria; sonroja, denigra, insulta, pero no socorre. El huérfano de un marinero no es menos ciudadano, no es menos criatura que el huérfano del general. A

ambos exigiréis honradez. Enseñad, pues, á ser honrados á ambos.

Los niños en nuestra patria caen en el vicio, como las hojas del árbol seco sobre la arena. Perdieron el calor maternal, que como el jugo en el tronco se reconcentró en la tumba. ¡Que no caigan esas hojas que pueden florecer! ¡Que no se hundan, que no se arrastren y vayan precipitadas por el torbellino á fermentar en los estercoleros del seusualismo, ó á alfombrar las gradas del cadalso!

¿Estará reservada á Maria la suerte de casi todas las huérfanas de los pobres?

.
El mismo día de la muerte de Ignacio, el batallón reserva de Mondoñedo se desquitaba de sus pasadas privaciones comiendo un espléndido rancho compuesto de arroz, garbanzos, un chorizo, dos postas de bacalao y un cuartillo de vino por cabeza.

Un inmenso júbilo se pintaba en todos los semblantes, y á juzgar por las carcajadas que aquí y allí sonaban, por los cantares y la barahunda que se percibían desde la puerta del cuartel, creeríase que más que de los soldados que acababan de batirse como leones, se trataba de fuerzas sedentarias ajenas á toda pesadumbre y olvidadas ya, si por ventura lo habían desempeñado, de las amarguras del servicio de campaña.

La animación crecía por grados, convenientemente garantida por la repleta bota y el oloroso chorizo que por cierto no hubiera dejado nada que desear, si algunos no hubieran notado y hecho notar á sus compañeros la particularidad de que las tripas de los

embutidos estaban todas rotas, sin que por eso apareciese en el arroz ese color sonrosado que le presta el pimenton y la grasa de la morcilla.

—Este e o demo ou qué? decia á propósito de este raro fenómeno un soldado que se jactaba y con razon, de no poder hablar más que en gallego—Xuncas me leve e centellas me coman s' eiquí non ande o diañol...

—Por qué?, preguntó otro en la lengua de Castilla, y hasta con cierta entonacion andaluza que le habia hecho objeto de más de una burla sangrienta.

—Pois non o ves, reconcho? O chourizo está furado e o rancho non ten prebe.

—Bah!, repuso el gallego culto, eso ya se sabe lo que *yes*...

—E pois que é, hom, tu que o sabes!

—Es que el furriel de *cucina* le *furtó* la *tona* para el *quefe*.

—*Tona!* No estás tu mala *tona!* objetó un tercero. Lo que hay aquí es que los chorizos tienen tanta grasa como la suela de mi zapato. Y donde no lo hay.....

—¡Eso me digas!.. *Xa* decia eu que esto non podia ser, por que a grasa, sempre dá grasa...

—*Luejo* quien tiene la culpa de esto es la *Administracion militar* que nos da *jato* por liebre?

—Téngala quien la tenga, los chorizos están para comerse y nadie debe echar el muerto al furriel, ¡ojol, porque yo saco por él la cara aquí y en todas partes.

Este incidente pasó sin más resultado. El festin continuó en crescendo, las libaciones que se suce-

dian y los gritos de la muchedumbre que se agolpaba á las puertas del cuartel prorumpiendo en ¡vivas! al bizarro batallón de Mondoñedo, conmovieron de tal modo á los valientes gallegos que no cabían en sí de satisfechos.

Pasa con el soldado gallego una cosa que le hace excepcional entre todos los del mundo: la victoria no le embriaga, la gloria no le desvanece. Semejante á esos génius superiores que brotan espontáneos y sublimes para dar colorido á un siglo y marcar un progreso como un surco de luz en el cielo de la ciencia ó del arte, el soldado gallego conquista la corona del héroe y la ciñe á su frente con la indiferencia del que posee el mérito y espera el galardón.

El transporte del orgullo, la hinchazón del que vence, toda esa pompa de que se rodea el amor propio cuando se siente halagado, es pueril y baladí, pura nimiedad para ese hombrecillo colorado, vivaz, achaparrado, de formas angulosas, pero duro como un peñasco, sufrido como un yunque; impenetrable como un diamante; magnífico diseño de aquella raza sueva cuyo sepulcro es la cuna de nuestra independencia y sobre cuyo esqueleto se alza la sibila que ha de revelar á los pueblos la misteriosa palabra de sus destinos.

Cuando el soldado gallego gana una batalla, en el primer momento se parece á todos los soldados, porque se regocija. Pero ¿quién se le parece en el segundo? El momento segundo del soldado gallego es fatal. Se opera en él una reacción y se entristece. ¿Por qué? Quien lo sabe. Pero, nosotros lo hemos visto: después del triunfo, llora.

Tal vez esto obedezca á una inclinacion natural, tal vez esto acuse en él más fuerza de penetracion, más pensamiento que en ningun otro soldado. Sea lo que fuere, nosotros lo hemos observado.

Próxima á terminarse la fiesta gastronómica del batallon de Mondoñedo, vióse romper por entre la turba de curiosos que obstruia la calle al jefe de las fuerzas y penetrar en el cuartel conduciendo de la mano á Maria y seguido de Juan.

—A formar todo el mundo por compañías exclamo al encontrarse entre la fuerza.

A esta orden, todos se pusieron en movimiento, abandonaron los platos y comenzaron á formar.

El jefe reunió á la oficialidad del batallon y recorrió las filas. Todos estaban formados.

Entónces dirigiéndose en alta voz á los soldados,

—Muchachos!, dijo presentándoles á Maria y señalando á Juan, estos chicos que os presento, son hermanos del valiente Lucas que salvó la vida á treinta de vosotros echándose sobre una bomba en el momento de ir á reventar; hermanos de aquel soldado noble, muerto gloriosamente sobre la maralla de este pueblo por una bala enemiga! ¡He aquí su asesino! Militaba en el bando contrario, su destino le trajo al monte de Gárate y desde allí dirigió la granada que habia de matar á su hermano querido, sin conciencia de lo que hacia. Dios, á quien nada se oculta, le ha castigado yá. Vedle! Está loco: no sabe más que remedar las campanas que tocan á muerto. Pero no es esto todo. El padre de estos muchachos que sabia que sus dos hijos iban á combatir, un pobre hombre inválido, vino desde Galicia

á esta tierra en un carro tirado por esta niña con objeto de evitar lo que no ha podido impedir: que sus hijos se matasen. ¡Muchachos! Esta niña y este loco no podrán volver á Galicia, no podrán volver á su casa si nosotros que somos gallegos no les tendemos nuestra mano. ¿Quereis adoptar á estos desgraciados?

Una general aclamacion sucedió á estas palabras.

—¡Vivan los hijos del batallon de Mondoñedo! ¡Viva Lúcas! ¡Viva nuestro comandante! prorumpieron todos á una voz.

—Muy bien, soldados, así me gusta, sois generosos. En nombre de Galicia, gracias; ¡gracias muchachos, gracias por el acto que acabais de realizar en el primer día de vuestra libertad y despues de conseguir el mayor de los triunfos! Mañana saldrán estos infelices para la Coruña donde tienen su casa. Nosotros velaremos por ellos. Nada les faltará en el camino ni en la ciudad. Por todas partes les cubrirá nuestra bandera.

Así que el jefe terminó esta especie de arenga los soldados de Mondoñedo, llorando como niños, se acercaron á Maria, la besaron y abrazaron cariñosamente á su hermano.

Al día siguiente los dos hermanos se embarcaron en un buque con rumbo á la Coruña. El batallon de Mondoñedo les habia pagado el pasaje.

XVIII.

Se había hecho la paz.

Las tropas victoriosas habían penetrado en Madrid.

Los carlistas han sido vencidos: ya no hay carlistas, se decía.

La paz se ha hecho, la paz reina en España. ¡Bendita sea la paz! ¡Ojalá no la perturben nunca los ecos que se escapan de la sima de Iguzquiza, las cataratas de sangre que ocultan en vapores rojos el pavoroso peñasco de Mendizorrotz!

¡Saludemos la paz los que no amamos la guerra!

Si el olvido cura llagas, olvidemos.

Si el perdón no es injusto, perdonemos.

Pero vivamos prevenidos. El absolutismo alienta. Se le machacó la cabeza, pero le queda vida. La ca-

beza del monstruo hundida, contiene entre la ceniza la hemorragia y comienza á cicatrizarse.

La libertad debe echarle con la maza levantada y el cuchillo al lado.

Por qué? He aquí por qué.

Algunos meses despues de haber tenido lugar las escenas descritas en el capítulo anterior, un hombre grueso, lampiño, de baja estatura y ojos pequeños y redondos deteníase en la calle de la Montera, en Madrid, frente á una casa sobre cuya puerta de entrada, se leía este rótulo: *Colegio de Niñas*.

Serian las cinco de la tarde.

Las niñas comenzaban á salir del colegio, y aquel hombre parecia embelesado en mirarlas. Parado en la acera de enfrente, no apartaba sus ojos de la puerta y de vez en cuando sus facciones se contraían, dilataba sus labios una sonrisa horrible y sus ojos fulguraban como el brillo acerado de un puñal recién bruñido.

Se hallaba en esta situacion cuando otro hombre alto, de grandes bigotes, cuyo traje acusaba el mal estado de sus fondos, subiendo precipitadamente por la misma calle en direccion á la de Hortaleza, tropezó con el primero haciéndole vacilar y causándose á la vez una violenta contusion en la cabeza; á consecuencia de lo cual fué rodando gran trecho su sombrero.

—¡Animal! Bien podia V. dejar el paso libre, tío borrego, y no ponerse ahí como una estaca. ¡Por vida del... dijo el herido llevándose la mano á la cabeza y dirigiendo una mirada de ira á su antagonista.

—Eso de animal,, lo será V., caballero,,. Yo estaba en mi puesto y...

—¡Calla! ¡calla! ¡Pater! Tú aquí, bandido? ¡Tú habías de ser, miserable! Ah, pillor! Lo que es ahora no te me escapas. ¿Dónde echaste tu sotana, granuja? ¿Qué estás haciendo aquí? Ah! ya sé, ya lo veo... Acechando tu presa... trazando tu plan de ataque. Bien, hombre, bien, ¡hablaremos! ¡Oh! Hace tres días que no cómo y se me presenta la mejor ocasión de comerte la figura.

El *Pater* reconoció á su antiguo consocio Panagua y tembló; tembló acaso por la primera vez de su vida. Siu embargo, á la emocion de terror que acababa de sentir sucedió en su espíritu una calma inalterable.

Ambrosio! Mi querido Ambrosio! Qué momento tan feliz, hombre, que coincidencia tan rara! Precisamente estaba pensando en tí. ¡Como! Has tomado por lo serio aquella broma de la Corona? No lo creo. En fin, has dicho que tenias hambre. Pues bien, vamos á comer. Yo tambien tengo un si es no es de apetito. En los *Leones de Oro* sirven un riquísimo *Champagne* y unas ostras de piston. Ea, voy á darte mil satisfacciones. Recoge tu sombrero y vamos.

—Si ¡vamos! vamos léjos de aquí: á donde quieras. Lo mismo dá que sea á los *Leones de Oro* que á los leones de hierro. ¡Lo que yo quiero es vengarme! ¡Infame! Robarme de aquella manera ...

D. Ambrosio recogió su sombrero, lo limpió con la manga, se cubrió, y él y el *Pater* se encaminaron hácia la calle del Cármen.

—Conque, dime qué ha sido de tu vida, hombre. ¡Tanto tiempo sin vernos! exclamó el *Pater* tomando posesion de una mesa de la fonda y llamando al mozo. Siéntate, Paniagua, siéntate.

Paniagua tomó asiento despues de una ligera vacilacion.

—Dos cubiertós de cinco duros con las correspondientes baterias de *Champagne* y *Bordeaux*.

—Mi vida no te importa nada. En cambio á mi me importa la tuya.

—Sabes, chico, que estás inaguantable? Tienes hoy un humor de los demonios. ¿Te hace falta dinero?

—El que me robaste.

—¿Quién se acuerda de lo pasado? Te pregunto si necesitas dinero.

—Y te parece á tí que hubiera pasado cuarenta y ocho horas en ayunas si tuviese dinero? Hay preguntas que son estúpidas. ¿No me ves sin camisa?

—No habia reparado...

—¡A este extremo me han traído tus picardías!

—Pero, vamos á ver, de qué vives tú en Madrid? Tengo sumo interés en saberlo. Hoy dispongo de grandes influencias y puedo hacer mucho por tu porvenir.

—¿De veras?... Permíteme que no te crea. ¡Estoy escamado!!

En esto, el mozo de la fonda comenzó á servir una suculenta y espléndida comida.

—Estás escamado, eh? repuso el *Pater* luego que el mozo se hubo alejado.—Pues pruebas cantan.

Esto diciédodo, sacó del bolsillo una cartera, des-

dobló un papel que en ella tenia y se lo alargó á D. Ambrosio.

—¡Diablo! Un nombramiento de canónigo de la santa iglesia catedral de....

—Ya lo ves, interrumpió el *Pater*, el que consigue eso, consigue lo que quiere. Con que, sé franco y cuéntame tu historia.

Paniagua estaba asombrado.

No podia dar crédito á lo que veía.

—¿Será posible? pensaba. Este salteador hecho canónigo de la noche á la mañana? A este paso dentro de poco tiempo es obispo... ¡Qué escándalo! Pero aquí no hay trampa. El nombramiento está en regla! ¿Cuánto apostamos á que al fin y á la postre salimos amigos este perillan y yo? Forzosamente... Lo que es como él pueda conseguir... ¡Bah! Transijamos. Le hablaré con franqueza.... Me decido.

Mi historia es muy sencilla y muy breve—continuó alzando la voz y devorando un trozo de pavo trufado. Delatado por tí al gobierno de la Coruña, al dia siguiente fui detenido por dos polizontes, y conducido ante el gobernador se me formó sumaria. Esta no arrojó luz ninguna para hacerme acreedor á un castigo severo, y el gobernador se contentó con desterrarme de Galicia. Vine á Madrid, estuve viviendo cuatro meses á salto de mata, siendo el terror de las patronas de huéspedes y sobrevino la paz. Entónces supe que algunos amigos que tenia en las filas del Pretendiente solicitaban del Gobierno el reconocimiento de grados, previo el juramento de fidelidad á la monarquía, y quise hacer lo mismo, pero no

me atreví temiendo que resucitase mi expediente.
Esta es mi historia y esta mi situación.

—Corriente. ¿Ves? Hablando se entienden los hombres! De suerte que tú quieres que te se reconozca...

—El grado de teniente coronel del ejército carlista; ó en defecto el de capitán de coraceros, empleo que tenía ántes de pasarme á la facción.

—Mañana serás teniente coronel reconocido y pasarás á Cuba, con una condicion: la de estar dispuesto á servirme cuando necesite de tí ó de tus tropas. ¿Te acomoda?

---Al infierno iría yo con tal de salir de este estado de penuria. Y en cuanto á lo demás... haré cuanto me mandes.

D. Ambrosio apuró una copa de *champagne*. El chacal se había vuelto cordero.

---Rico vino! Va para siete meses que no lo pruebo... ¿Y tu vida, *Pater*, qué ha sido de tí despues de tú?...

---Si, de mi calaverada.

---Bueno, ¡seal... Y á propósito, ántes de que se me olvide, tú me has indicado si necesitaba dinero. Me puedes dejar alguno?

---El que quieras.

---Tengo un piquillo...

---Pide por esa boca. Comprendo que debe serte insoportable la vida sin el aliciente de la ruleta.

---Casi tanto como á tí un...

---Cuánto dinero quieres?

---Hombre, si quedases en arreglar el asunto del empleo...

---¡Mi palabra de honor!

---Entonces... Vamos, yo necesito unos trescientos duros...

El *Pater* sacó otra cartera y arrojó sobre la mesa un puñado de billetes de Banco.

---Ah! Ah! Estás hecho un potentado....

---Si necesitas más....

---No, por ahora, no. Esto me basta para esperar unos días la resolución del asunto que vas á gestionar.

---Te he dicho que ese asunto estará zanjado mañana mismo. Ahora voy á revelarte algo que ignoras. Aquí donde me ves, soy todo un personaje. Lo mismo entro en el gabinete de un señor ministro que Perico por su casa. Todos los grandes de España son mis amigos, y no hay un gentil hombre con quien no me codee. Es que tengo en Madrid una comisión apostólica. Estoy encargado de fomentar en España las peregrinaciones, magnífica especulación con la cual hemos de ganar sumas soberbias los que estamos en el ajo. Figúrate que al salir de la Coruña con los fondos destinados á la propaganda carlista, me fuí á Roma. Yo tenía noticias de que allí se preparaba un negocio gordo. Me presenté, pues, con carácter grave, austero, comedido; fingíme gran partidario del poder temporal, entusiasta del absolutismo y hombre de altas influencias entre las filas de D. Carlos, de cuyos progresos dí grandes noticias á la curia romana, y con esto conseguí captarme la confianza y simpatías de todos. No tardó en revelármese el proyecto en cuestión. Tratábase, de acuerdo con el comercio de Roma, de organizar una romería anual de todos los pueblos católicos al Vaticano. Esto, como

comprenderás es todo un negocio bajo el punto de vista económico. Las fondas, los paradores, las librerías, todos los establecimientos, las manufacturas y las fábricas de objetos religiosos, deben abonar á los iniciadores de este pensamiento el tanto por ciento de sus ganancias durante la estancia de los romeros en la ciudad eterna. Propusieronme el fomento y propaganda de esta idea en España y acepté, pero acepté mediante una asignacion de 12,000 duros anuales, que debo cobrar en una casa de Madrid por trimestres adelantados. He cobrado ya el primero y uno de estos días cobraré el segundo.

Las peregrinaciones tienen dos objetos: el primero es esencialmente ultramontano y se dirige á disponer el ánimo de la Europa católica á la restauracion de los poderes de derecho divino y al afianzamiento de la unidad de cultos, y el segundo, que para mí es el principal, sacar el dinero al prójimo, de la manera ménos escandalosa posible. ¿Qué te parece? Pues no para aquí todo. Comprendiendo que cuánto más se farsantee en estos asuntos más provecho se saca, propuse al centro organizador la fundacion en España de un periódico que sea órgano de nuestra divina especulacion; y hème aquí debidamente autorizado y decidido á publicar un diario titulado *El Peregrino* para el cual espero me proporcionarás siquiera cuatrocientas suscripciones.

---Hombre.....

---Bah! ¿Por ventura no tienes cuatrocientos amigos particulares?

---Haré todo lo que pueda. ¡Eres admirable! ¡su-

blime! No he visto hombre de más recursos que tú.

—Después de esto, dime que cosa habrá que yo no pueda conseguir si se me antoja. En fin, con decirte que se me metió en la cabeza ser cardenal y que llegaré á serlo dentro de muy poco tiempo, está dicho todo.

Terminada la comida, el *Pater* y D. Ambrosio salieron reconciliados de la fonda, prometiendo verse al día siguiente.

Pocos días después, un periódico de la corte publicaba esta noticia:

«Le ha sido reconocido el empleo de teniente coronel que desempeñaba en las filas carlistas al Sr. don Ambrosio Paniagua, quien pasa destinado al ejército de Cuba.»

María y su hermano habían en tanto llegado á la Coruña, y gracias á las recomendaciones que traían de los jefes del provincial de Mondoñedo para algunas personas de la capital, la niña fué admitida en un colegio de enseñanza fundado recientemente por un ex-ministro revolucionario que dedica á su sostenimiento los treinta mil reales de cesantía, y Juan recojido en casa de una distinguida familia que le prodiga toda clase de cuidados, no perdonando medio que pueda contribuir á devolverle el uso de sus facultades. Con este objeto celebráronse algunas juntas de médicos en las cuales opinaron todos que si bien no podía abrigarse esperanza alguna de restablecimiento para el pobre loco, podría sin embargo conseguirse mucho proporcionándole una existencia tranquila y procurándole distracciones sencillas y

espectáculos que distraigan agradablemente su espíritu.

Terminada la guerra, el batallón reserva de Monjoedo ha sido disuelto y los soldados que lo componían fueron enviados a sus casas sin que de su paso por el Norte quede más memoria que la que nosotros hemos hecho en estas páginas, porque después de una campaña en que se premiaron méritos tan problemáticos y se decantaron hechos de armas que debieran ser nuestro oprobio, nadie se acordó siquiera de conmemorar en una medalla los sufrimientos de Gnetaria y de su valerosa guararnición.



FIN.

VICENTE ABAD, EDITOR.

PLAZA DE MARIA PITA.-CORUÑA.

OBRAS EN VENTA.

MARÍA PITA

Drama en tres actos y en verso original de *D. Antonio Mally de Brignole*, representada con extraordinario éxito por primera vez en el Teatro principal de la Coruña el 10 de Julio de 1876. Precio 4 rs.

LAS TRES FASES DEL AMOR

novela por *D. Benito Vicetto*, un tomo de 270 páginas 6 rs.

GALERÍA DE MÚSICOS GALLEGOS

por *José M. Varela Silvani*, precio 2 rs.

MORALEJAS AGRI-DULCES

coleccion de Fábuls por *Eduardo Vesco Chean*, con un prólogo de *D. José Maria Montes*, precio 2 rs.

CARIDAD Y ORGULLO

Y

UN AMOR EVAPORADO

Dos novelitas en un tomo por *D. J. F. Abascal*, precio 3 rs.

UNA MUJER DE HISTORIA

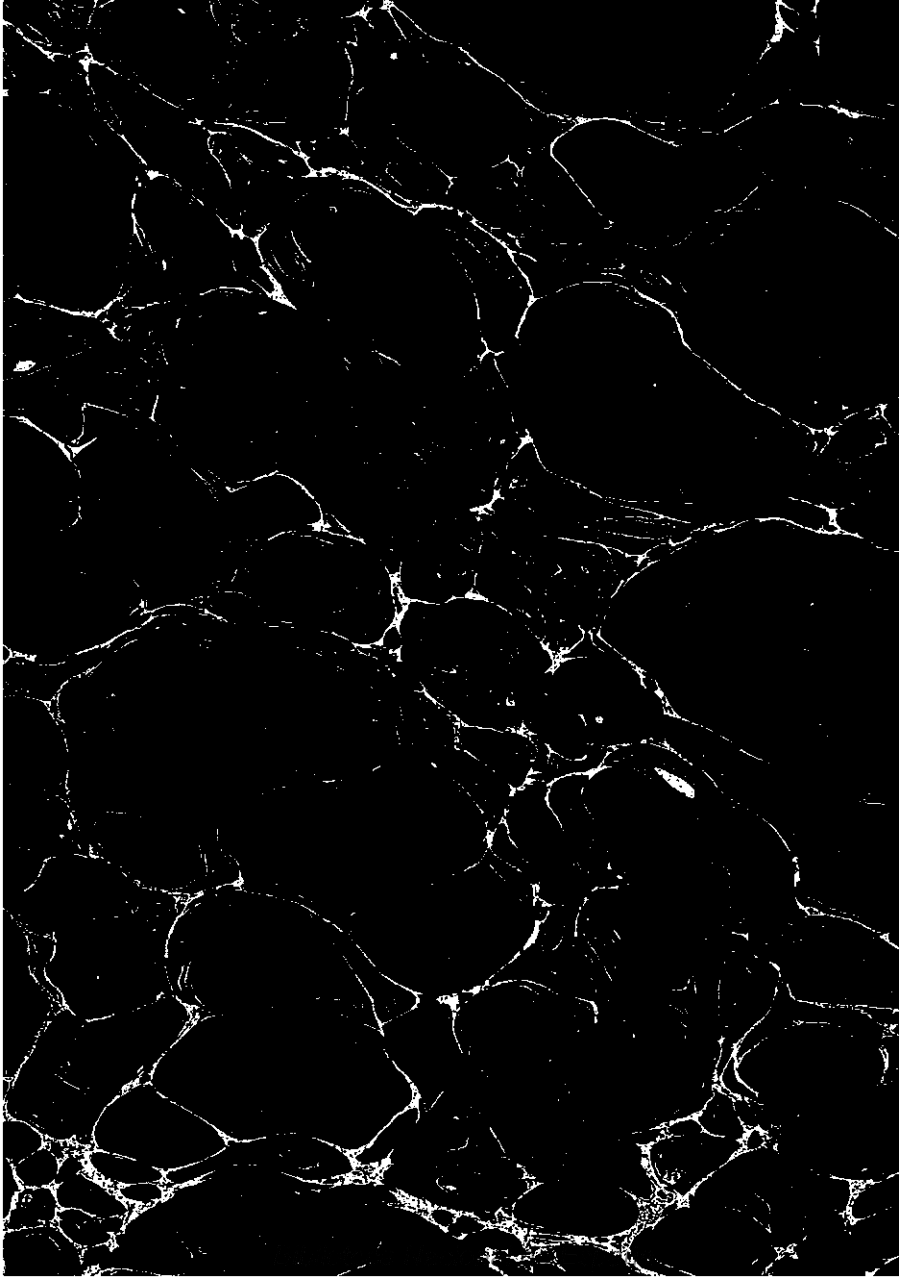
novela de costumbres, original de *D. Antonio de San Martín*, precio 1 peseta.

EL CAZADOR DE FANTASMAS

por *D. Benito Vicetto*, precio 1 peseta.

NI QUITO NI FONGO REY

novela original histórica por *idem*, precio 1 peseta.



BIBLIOTECA
NACIONAL


BN



1103524763

86805385608

